
LA CÁPSULA
del tiempo
ALINA COVALSCHI

# LA CÁPSULA
## del tiempo

ALINA COVALSCHI

©Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de autor. Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constructiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Titulo*:* La cápsula del tiempo
Autora*:* Alina Covalschi
Corrección: Beatriz Gutierrez
Foto de portada: Pixabay

# Índice

Agradecimientos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo

# Agradecimientos

*Esta historia es lo que es gracias a mi amiga y correctora Beatriz Gutierrez. Gracias por tu amabilidad, tu paciencia y las horas que has dedicado a mi trabajo. Te estaré eternamente agradecida por lo que has hecho. Tu amistad es uno de los regalos más bonitos que la vida me ha dado. Gracias por ser mi amiga. Te has ganado todo mi respeto y si necesitas algo sin dudarlo, buscaré la manera de apoyarte. Gracias por que con personas como tú, puedo crecer como persona, puede sonar egoísta, pero eres una persona llena de cariño, inteligencia y que jamás dejará de apreciarme. Quiero darte las gracias por escucharme en los momentos más tristes y ser parte de mi vida en todo momento. Nuestras experiencias juntos, conviviendo, aprendiendo de cada aventura y risa, me han permitido estar cerca de ti, mil gracias por todo lo que me das.*

*A mi marido Daniel.*
*Gracias por tu paciencia, por apoyarme en mis proyectos y por los buenos momentos que hemos vivido juntos.*

*También quiero agradecer a todos ustedes que invierten su tiempo en leer esta novela y a todas mis lectoras de Facebook. Siempre estáis allí pendientes de mis novelas para leerlas. Sois personas maravillosas quienes sin esperar nada a cambio compartieron su conocimiento y alegrías, logrando que mi sueño se haga realidad. Vuestros hermosos comentarios me ayudan a seguir escribiendo. Os quiero mucho.  Agradezco a*:

Ale Osuna, Marimar Pintor, Paqui Lopez Nuñez, Amparo Pastor, Yohana Tellez, Maria Jose Valiente Garcia, Raquel Álvarez Ribagorda,

Chari Marines, Izaskun Brujita, Silvia Segovia, Arancha Eseverri Barrau, Silvia Fernandez, Marga Romera Ocaña, Elisa Gomez, Maria Vidal Parada, Kika DZ, Maria Angeles Talavera Lopez, Cristina Blanco, Eva Rodriguez, Loli Zamora, Marisol Perez, Cristina Asenjo, Rosi García, Carmencita Valenzuela, Juani Martinez Moreno, Ines Murillo Dominguez, Frella Lucia, Viguesa Lago Carballo, Luci Carrillo Ordoñez, Katty Fernandez Vidal, Maria Victoria Alcobendas Canadilla, Maria Jimenez Paez, Silvia Adarau, Oana Simona, Rosslyn Gomlin, Chari Rodriguez Morales, Garbiñe Valera Murillo, Encarna Prieto, Alina Stoenescu, Maripaz Garrido Gutierrez, Isabel Rubio, Maria Angeles Garcia Muñoz, Elena De Torres, Isabel Gomez, Marisol Cardenas, Yanira Soto, Conchi Rivas Guerrero, Beatriz Ortiz, Lily Zarzosa, Vanessa Lopez Sarmiento, Jovir Yol LoGar, Elena Carvajal, Silvia Flores, Sandra Martín Márquez, Kuki Pontis Sarmiento, Carmen Marin Varela, Pilar Gomez, Silvana Borgese, Vanessa Velarde, Gabriela Vargas Renteria, Keka Sariego, Cristina Garcia Mira, Almudena Valera, Jaqueline Ramirez, Rossana Carnevali, Flor Salazar, Ana Belen Galan Gonzalez, Grizeldy Centurion, Adriana Pacheco Hernandez, Britos Angy Beltrán, Maria Jesús Cadilla Tuñez, May Fg, Lourdes Andrés Garcia, Angustias Martin Gamboa, MrsSveta Cherry, Maria Rosa Guardiola, Andrea Caro, Angela Perez Abad, Fontcalda Alcoverro Castel, Elisa Gomez, Ana Maria Padilla Rodriguez, Carolina Soledad Concha Ibañez, Dolores Soler Martinez, Maria Angeles Alameda, Nadine Arzola Almenara, Carmen Castillo G., Terry Mabelle, Geli Wittmann, Vanessa Trujillo Rodriguez, Patii Loro Pérez, Herminia Almeida Flores, Nelia Mf, Paqui Galera, Verónica L., Arancha, Silvia Martín Fernandez, Carmen Marin Varela, Enri Verdu, Stephanie Fernández Vega, Marisol Zaragoza, Prados Blazquez, Ester Prieto Navarro, Diana Prados Pardo, Judith Valverde, Pepi Arzola, Ana Flores Gil, Victora Alonso, Gael Obrayan, Rosa Arias Nuñez, Paula Permuy Fernandez, Lissy Garay, Dora Baena, Maria Constanza Marceli, Anna Margalef Gallisa, Inmaculada Camino Romero, Martina Bensusan Rodríguez, Alicia Marcos Luis, Carmen Lorente Muñoz, Evelyn Bizuela, Maria A. Garcia, Mariam Ruiz, Lidia Avellaneda, Manoli Angel, Ana Moraño Dieguez, Majo Martinez, Jacqueline Ramirez, Pilar Nm, Beatriz Maldonado Perona, Maria Constanza

Quintana Marceli, Vanesa Diaz de Castro Urdiales, Adelaida López, Maria Pérez Cordero, Gema Maria Párraga de las Morenas, Pili Ramos, María Del Mar Gonzalez Obregon, Isabel Roca, Yudis de Avila Villalba, Laura Niño, Paola Muñoz, Ana Martín Tejedor, Annie Pagan Santos, Montse Suarez, Karin Almonacid Villarroel, Malu Fernandez, Carmen Castillo, StarSea, Toñi Grance Rodriguez, Gema Maria Párraga de las Morenas, Julieta Dominguez, Mary Rz Ga, Aradia Maria Curbelo Vega, Solanger Crocker Schaffner, Catherinne Johanna UsCátegui, Rosa Gonzalez Moncayo, Ascension Sanchez Pelegrin, Martina Bensusan Rodríguez.

*Vuestra amistad para mí no tiene precio.*

# Prólogo

*Manhattan, 1980*

Era un día festivo y glamuroso para la familia de Megan. Su hermana mayor se había casado con un importante dirigente de hoteles de Manhattan y la lista de invitados a la fiesta estaba compuesta por grandes políticos y jefes del mundo empresarial.

En la mansión había un hervidero de gente, empleados, músicos y familiares, que entraban y salían constantemente. Todo brillaba con un lujo deslumbrante y había jarrones con flores en todos los rincones. La puerta que daba al jardín estaba abierta y se veía una carpa blanca, sillas del mismo color colocadas en filas delante de un escenario, un pequeño bar y tres mesas largas decoradas con manteles y ramos de orquídeas naranjas. Había gente por todas partes, ultimando detalles y dando ideas para que la fiesta fuera todo un éxito.

Megan odiaba vivir con sus padres y sus hermanos pequeños, no tenía la privacidad ni la tranquilidad que necesitaba para estudiar. Se estaba sacando un máster en *marketing* y publicidad, y los exámenes finales se estaban acercando.

Miró el vestido que estaba tendido encima de la cama y soltó un bufido. Su hermana Ana tenía una obsesión con el color naranja, y las damas de honor tenían que ir vestidas igual. Pero, como no quería estropear la ceremonia le había dicho que no le importaría llevarlo puesto.

Echó una última mirada al espejo para comprobar su maquillaje y se quitó el pijama. Se puso el vestido y los zapatos de tacón, cogió el pequeño bolso de mano y abandonó la habitación.

Los invitados estaban al llegar y quería recibirlos como era debido; con una copa bien fría de champán. Salió al pasillo y escuchó las risas de sus primas Tina y Chelsea, que provenían del dormitorio de sus padres y sintió la tentación de entrar y averiguar

qué estaban tramando. Pero no quería entretenerse y llegar tarde a la fiesta.

Se aferró a la barandilla y bajó las escaleras despacio y con cuidado para no resbalar, no se le daba muy bien andar con tacones. Cuando llegó abajo respiró hondo para relajar el cuerpo.

—Megan, qué bien te queda el vestido —dijo su padre, mirándola de arriba abajo—. Deberías vestirte así más a menudo. Esos chándales que te pones…

—Papá, por favor. No quiero discutir contigo hoy.

—Tienes razón. No es un buen momento. —Miró a su alrededor a la vez que se ajustaba la pajarita en el cuello.

Llevaba puesto un traje negro hecho a medida y unos zapatos italianos. El dinero abundaba en la familia y el hombre siempre había tenido la mejor ropa y complementos.

—Voy a recibir a los invitados.

—Me parece bien, hija. Las demás damas de honor están frente a la puerta.

Se miraron un segundo y luego cada uno se fue por su camino.

La relación entre ellos se había enfriado cuando Megan decidió estudiar *marketing* en lugar de medicina. Una carrera larga y difícil que no le llamaba la atención.

—Hija… Estás preciosa —dijo su madre a la vez que la agarraba por el brazo para detenerla.

—Gracias, mamá. Tú también. El vestido es muy bonito.

Ginger deslizó las palmas abiertas por su cintura, tocando con las puntas de los dedos la suave tela de seda de color dorado. A sus cincuenta y cinco años era una mujer muy hermosa de tez morena, ojos castaños enormes y una postura elegante a causa de tantos años de *ballet*. Tenía una academia de danza clásica dónde enseñaba con pasión a niños, mostrándose cercana y cariñosa.

—Lo es. —Sonrió, mirándola a la cara—. ¿Estás bien? Te noto un poco tensa.

—Sí… —suspiró—. Sabes que no me gustan las fiestas.

—Ya, a mí tampoco. Odio tener que sonreírle a todo el mundo.

—Lo hacemos por Ana, se lo merece.

—Sí, hija. Quiero que este día sea perfecto para ella.

—Yo también.

—Ven aquí.

Ginger abrazó a su hija y le dio un beso en la frente.

—Venga, ve a la entrada. Los invitados están al llegar.

—Sí, mamá.

Megan cruzó rápidamente la sala de estar, mirando por encima los ramos de lilas que había en cada rincón, y se paró en el umbral. Tocó el hombro de Sarah y esbozó una ligera sonrisa.

—Ah, hola, amiga —dijo ella a la vez que le devolvía el gesto—. Llegas justo a tiempo.

—Mhm…

Miró la fila de coches lujosos y torció el gesto. Sabía que todas esas personas que estaban a punto de bajar pertenecían al Círculo Dorado, una organización de multimillonarios creada por su padre. Tenían clubes privados de golf, dos hipódromos, accesos gratuitos a casinos de lujo, un avión privado y mansiones en varios países. Para entrar al club era necesario contar con un patrimonio neto bastante alto.

El primero en bajarse fue el alcalde, junto con su mujer y su hijo Brian.

Megan apretó los puños con fuerza y respiró hondo un par de veces; sabía que aquel encuentro iba a ser incómodo. Después llenó dos vasos con champán y forzó una sonrisa que no llegó a los ojos.

—Bienvenidos. —Su voz sonó trémula.

—Megan, estás preciosa —dijo Valeria, la mujer del alcalde —. ¿Verdad, hijo?

El joven clavó la mirada en los ojos de Megan durante un largo momento antes de contestar.

—Sí. ¿Entramos?

—Ay, no seas maleducado. —Lo agarró por el brazo—. Ven, saluda a Megan como es debido.

—Mamá —gruñó.

—Por favor, hijo. No montes una escena, avergonzarás a tu padre. —Esbozó una sonrisa forzada.

Brian puso los ojos en blanco y dio un paso hacia adelante. Le dio un beso en cada mejilla a Megan y le susurró al oído:

—Lo siento.

—Tranquilo. Tenemos que cumplir con nuestras obligaciones. Por ahora… —Le entregó una copa a Valeria y otra al alcalde—. Pasad y tomad asiento.

Ellos entraron y Sarah enseguida se acercó para hablarle al oído.

—¿Qué ha sido eso? No me digas que vuestros padres insisten en casaros? Eres muy joven y…

—Siguen empeñados en que tengamos una cita. Hasta ahora he conseguido darles largas, pero no me quedan más excusas. Lo bueno es que Brian tampoco quiere salir conmigo. Creo que es gay.

—Ohhh, ¿qué? —chilló, llamando la atención.

—Shhhh. No se lo digas a nadie.

Megan le tapó la boca para impedirle hablar más. Su amiga asintió con la cabeza y ella retiró la mano.

—Son suposiciones mías. No quiero crear rumores inciertos —explicó en voz baja.

—Entiendo. Guardaré el secreto. —Hizo el gesto de cerrar una cremallera en su boca—. Ah, mierda. El pintalabios.

—Ay, no.

Megan enseguida bajó la mirada a la palma de su mano y vio que estaba manchada de rojo. Corrió hacia el carrito de bebidas y se agachó para coger un par de servilletas de papel.

Escuchó pasos y voces, así que se limpió la mano y se puso de pie tan rápido como pudo. La punta de su zapato chocó contra una pata del carrito y la botella de champán y las copas cayeron al suelo con un estruendo. El líquido espumoso salió disparado hacia adelante, empapando de lleno los pantalones de un joven alto, moreno, con unos ojos negros muy profundos.

Unos ojos tan familiares para ella que enseguida le atravesaron el alma. Tragó saliva y se preparó para aquel encuentro

tan inesperado como imposible.

# Capítulo 1

## Hace diez años

*Manhattan, 1970*

Megan guardó la carta que escribió para la cápsula del tiempo dentro de un sobre de color celeste y se puso de pie. Se acercó al armario y sacó una cajita dorada de metal. La vació por completo y la limpió con una servilleta de algodón. Después escribió con rotulador negro el nombre de Aiden y luego el suyo.

Miró por el cristal de la ventana y soltó un suspiro tembloroso. Jamás se había imaginado que su padre sentía ese rechazo hacia los pobres. Siempre había tratado bien a los empleados.

Las duras palabras que le dirigió a la cocinera, la mamá de Aiden, aún rondaban en su cabeza.

«*—Quiero que os vayáis a la puta calle. Sois de esos inútiles que no aportan nada a la sociedad* —había gritado él fuera de sí».

Se puso de pie y cogió la mochila. Era el último día de clases y muchos de sus compañeros ya se habían ido de vacaciones, pero ella quería aprovechar la oportunidad para salir de casa y ver a Aiden, para disculparse con él por el comportamiento salvaje de su padre. No eran novios, pero tenían una relación muy especial. Él no tenía la actitud estirada de todos los chicos ricos que iban al colegio y la trataba con mucho cariño. Le llevaba regalos hechos a mano como marcapáginas con flores prensadas reales, collares artesanales con adornos de barro y conchas, pulseras de hilos y tela…

Salió de la habitación dando pequeños saltitos hasta que llegó frente al espejo del pasillo. Se pasó una mano por su larga cabellera rubia y parpadeó sus ojos verdes para despegar las pestañas. Otra vez se había puesto demasiado rímel.

Escuchó la voz enfadada de su padre proveniente desde la planta baja y enseguida se acercó al pie de la escalera para escuchar lo que él decía.

—¿Por qué siguen aquí las pertenencias de esa cocinera? La despedí hace una semana —gritó enloquecido—. No quiero ver a esa gentuza por aquí.

—Lo siento, señor. Ahora mismo las llevo a la parte trasera…

—Tíralas a la basura.

—Pero Lily dijo que…

—Ahora mismo, si no te despido.

—Sí, señor.

Megan esperó a que su padre se fuera para bajar las escaleras y alcanzar a John, el mayordomo.

—Espera —susurró—. No tires nada, por favor.

—Lo siento, señorita. No puedo desobedecer a su padre —contestó en voz baja y mirando por encima de su hombro.

—Las llevaré al desván.

—Si su padre se entera…

—No lo hará. Te lo prometo.

Megan le cogió la mano derecha y le dio un fuerte apretón.

—Ay, señorita… Espero no tener problemas.

—Llevas mucho tiempo trabajando para esta familia y sabes cómo van las cosas. Mi padre casi nunca está en casa, mi madre pasa las tardes en la academia y mis hermanos siempre juegan juntos en el jardín. Soy la única que estoy presente, la única que conoce bien a los empleados y los problemas que pueden surgir.

—Así es —murmuró el hombre. Se relamió los labios y soltó un breve suspiro—. Pero tu padre es quien manda.

Megan no dijo nada, se quedó en silencio un rato, pensando. Luego miró a John y prosiguió:

—Ayúdame a llevarlas a la casita de madera que hay al lado del lago. Nadie va a ese lugar.

—Buena idea.

La joven sonrió y él le devolvió el gesto.

—Vamos rápido, no quiero llegar tarde al colegio.

—Sí, sí… Abraham estará esperándola.

—No voy a ir en el coche. Iré andando.

—¿Su padre lo sabe?

—No. No se lo digas.

—Ay, señorita. Podría perder mi trabajo y en mi estado nadie querrá contratarme.

Megan lo miró unos instantes antes de contestarle. John tenía cincuenta y cuatro años y era cojo. Su padre lo había contratado porque lo conocía desde hacía muchos años, pero era verdad que aquel hecho podría ser un impedimento a la hora de encontrar empleo como mayordomo.

—Bueno, quédate aquí. Llevaré yo sola las cosas de Lily a la casa de madera.

—Algunas bolsas pesan mucho.

—No te preocupes, lo conseguiré.

Se dio la vuelta y regresó al salón dónde estaban las pertenencias de la cocinera. En cierta manera se sentía culpable por la situación que estaba viviendo la mujer. Había insistido en que su hijo subiera con ella al desván para que jugaran a las cartas y su padre interpretó ese encuentro de otra manera. Le gustaba su hijo Aiden, era un chico muy guapo, enérgico y la hacía reír a menudo. Era como un rayo de luz resplandeciente en su vida monótona. Era verdad que él siempre se metía en problemas, pero tenía buen corazón y la trataba muy bien. Se podría decir que era como su guardaespaldas; pues la acompañaba al instituto todas las mañanas y durante los recreos la vigilaba desde las vallas, la esperaba cuando salía e iban juntos a casa. Muchas veces se preguntaba si él iba al instituto o se quedaba frente al suyo durante toda la mañana.

Cogió las cuatro bolsas en las manos y las cargó fuera de la casa. No podía dejar que su padre las tirara a la basura, allí dentro podría haber documentos importantes, fotografías y recuerdos.

Las llevó rápidamente a la casita de madera y luego salió a la carretera que llevaba a la ciudad por la puerta de atrás. Ajustó su mochila y metió las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones vaqueros.

Hacía una mañana fresca, poblada de cantos de pájaros y un intenso aroma de las flores de los árboles que había a lo largo del camino. Había pasado una semana desde que Aiden y su madre se fueron y ya lo echaba de menos. Se sentía muy sola y se frustraba por ser la única adulta a cargo de las diferentes tareas de la casa. Sus padres casi nunca estaban y los empleados, aunque ya sabían muy bien cuáles eran sus obligaciones, la buscaban constantemente para pedirle consejos relacionados con las comidas, las cenas, los horarios de los campamentos de sus hermanos, las compras...

Por una parte, estaba contenta. No tenía que enfrentarse a su padre ni verlo todos los días. Aprovechaba que él no estaba para entrar en la biblioteca y leer todos los libros que le apetecía.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que apenas se dio cuenta de que había alguien caminando detrás de ella. Se dio la vuelta y su mirada se encontró con la de Aiden, el hijo de la cocinera. El corazón se detuvo en su pecho al encontrarse con aquellos ojos tan familiares y una sensación de nervios se intensificó en su estómago. No podía creer que estuviera frente a ella. No podía moverse, ni tampoco apartar la mirada de él.

El momento se alargó tanto que el joven dijo al fin:

—Ven conmigo.

La agarró de la mano y la llevó a la parte trasera de una pastelería abandonada. El suelo estaba cubierto de cristales rotos que crujían bajo sus pasos y había cascotes de cemento por todas partes. Alguien había roto ventanas y paredes del edificio, dejando a la vista una superficie metálica.

—¿A dónde vamos?

—Es aquí mismo —contestó Aiden a la vez que señalaba con la mano un cerezo en flor.

Se sentaron en el suelo, con las espaldas apoyadas en el grueso tronco y se quedaron en silencio un buen rato.

—Megan… Las cosas se han torcido un poco.

—Lo siento mucho. Mi padre fue injusto…

—No hablemos de eso ahora —soltó un suspiro tembloroso—. Hoy decidí faltar a las clases porque quería verte. Una última vez.

—¿Qué dices? —Se giró para mirarlo—. ¿Cómo que última vez?

Aquella mañana vestía un poco diferente, con ropa de calidad, unos pantalones negros y una camisa azul de manga larga. Su cabello negro medio largo estaba peinado hacia atrás y sus ojos oscuros brillaban con más intensidad que nunca. Una intensidad que hacía que Megan se sintiera nerviosa.

—Mi madre encontró otro trabajo, pero está muy lejos. Son unas tres horas de viaje en el autobús. Además, yo también tengo que trabajar para ayudar con los gastos.

—¿Y los estudios?

—Tendré que abandonarlos. Iba a suspender de todos modos.

—Sí, pero… ¿Esto qué significa?

—Que no vamos a vernos más.

—Aiden…

—Va a ser imposible. La distancia, tu padre… —suspiró.

Megan se quedó en silencio durante un momento, procesando las palabras de su amigo. ¿Qué iba a hacer sin él? Era muy independiente y muchas veces se ponía a hacer cosas que le gustaban, sin echar de menos la presencia de Aiden en la casa. Pero… ¿Estaba preparada para no volver a verlo? Se había acostumbrado a sus bromas, sus regalos peculiares, sus ocurrencias, sus manías que la ponían de los nervios…

—No quiero que esto pase. Has sido una buena amiga y no quiero perderte —volvió a hablar Aiden.

—Yo tampoco.

Hurgó en su mochila y sacó la caja de metal. La movió entre sus dedos durante un breve rato y prosiguió:

—Se me ha ocurrido algo.

—¿Mmmm?

Aiden la miró y suspiró para sus adentros. Odiaba tener que separarse de ella justo cuando se estaba enamorando, justo cuando se había decidido a pedirle que fuera su novia.

—Pensé que sería un bonito recuerdo enterrar juntos esta caja.

—Ah…

—Y meter dentro algún objeto personal con una carta escrita por los dos. —Sacó los sobres y le entregó el que estaba vacío—. Yo ya escribí la mía.

El joven accedió y después de sacar un bolígrafo de su mochila, rompió una hoja del cuaderno de matemáticas.

Se tomó su tiempo para escribir la carta, eligiendo con mucho cuidado las palabras. Miraba de vez en cuando a Megan, como si quisiera asegurarse de que ella seguía estando a su lado. Estaba un poco triste porque la iba a echar mucho de menos.

Cuando terminó de escribir la carta, la firmó con su nombre y se la entregó doblada para que la guardara en el sobre. Se quitó la pulsera de madera de olivo que él mismo había elaborado y la metió en la caja.

—Ya está.

Megan colocó al lado de la pulsera su colgante y encima puso las cartas. Cerró la caja y se puso de pie.

—Tenemos que cavar un agujero.

—Yo me encargo.

El chico sacó una navaja de su mochila y eligió un buen lugar al lado del tronco.

—Tiene que ser hondo, hay muchos perros sueltos por aquí —dijo, mirándolo. La idea de que no volverían a verse le revolvía el estómago.

Aiden terminó de cavar y metió la caja dentro. Después la cubrió con tierra e intentó dejar el lugar como estaba para que no se notase nada.

—¿Y ahora qué? —preguntó él con aire pensativo.

—No lo sé, supongo que tenemos que despedirnos.

Los dos se quedaron callados un rato. Se sentaron en el suelo y estuvieron varios minutos mirando el cielo mientras la tristeza los embargaba.

—Prométeme algo —declaró Megan con la voz entrecortada—. Prométeme que este no es un adiós definitivo.

—Megan…

—Por favor. Promételo —susurró.

Se giró para poder mirarlo a los ojos. No quería llorar, pero las lágrimas comenzaron a asomarse.

—Te lo prometo, pero no llores. —Tomó su mano, entrelazando sus dedos con suavidad, como si intentara transmitirle todo el consuelo que podía en ese instante.

—Me quedan tres años para cumplir dieciocho. Podré tomar decisiones sin tener miedo a lo que podría hacer mi padre —murmuró—. Vamos a encontrarnos entonces de nuevo. El día doce de junio, a las once de la mañana, frente al Empire State Building. ¿Quieres?

—Sí, quiero.

—¿Lo prometes? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Lo prometo.

Ella asintió, intentando aferrarse a esas palabras. El viento acarició sus rostros, llevando consigo sus susurros y promesas.

Con un último abrazo, se aferraron el uno al otro, sintiendo el latido de sus corazones.

—Volveremos a reencontrarnos —aseguró Aiden mientras se separaban lentamente.

Se puso de pie y le dedicó una leve sonrisa.

—Contaré los días.

La joven echó el cuerpo hacia atrás, apoyándolo en el tronco del árbol. Sus ojos no dejaron de observar cómo el chico que le gustaba se alejaba, se alejaba de ella y de su corazón. Cada paso que daba se sentía como una despedida, un eco de momentos compartidos que ahora se sentían lejanos.

Con cada paso, él giró la cabeza una vez más, como si quisiera llevarse un último recuerdo de ella. Sus ojos se encontraron otra vez, y en ese breve instante un torrente de emociones fluyó entre ellos. La tristeza, la esperanza, el amor; todo se mezcló en un silencio que resonaba más fuerte que cualquier palabra.

Ella levantó la mano en un gesto de despedida, y aunque el dolor la atravesaba, también sintió una chispa de determinación.

«Esto no es un adiós para siempre», se dijo.

Mientras él se alejaba, su corazón latía con la certeza de que, aunque separados por el destino, el cariño que se tenían el uno al

otro siempre encontraría el camino de regreso.

Se quedó ahí, sentada en el suelo, rodeada por el eco de sus risas y los recuerdos de momentos compartidos. A su alrededor, el paisaje parecía cambiar, el sol comenzaba a ocultarse, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y morados, reflejando su melancolía.

«¿Cómo se puede extrañar a alguien que aún está tan presente en mi vida?», pensó mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano.

Con una respiración profunda, decidió levantarse. Miró hacia el horizonte, por donde él había desaparecido, y en su corazón encontró una mezcla de tristeza y esperanza. Luego miró el suelo, donde enterraron la cápsula del tiempo como un símbolo de ese cariño y amistad que compartieron, y sonrió.

Sabía que el tiempo y la distancia eran crueles, pero su conexión era más fuerte que cualquier separación.

Tragó saliva y se mojó los labios antes de susurrar unas últimas palabras.

—Esto es por tu culpa, papá.

# Capítulo 2

## Presente

Manhattan, 1980

Aiden sacudió los pantalones mojados con movimientos bastante bruscos. Sentía cierta irritación por lo que hizo Megan, pero lo que más le molestaba era que su corazón enloqueció nada más volver a verla. Era tan guapa como hacía diez años, incluso más.

Levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de ella, y no se atrevió a parpadear ni una sola vez. Podía sentir de nuevo la conexión entre ellos, aquella inocente conexión que llenaba su corazón de emociones. El vínculo seguía siendo fuerte a pesar de los años que pasaron como si nada y dejó una marca imborrable en su corazón.

De pronto, una fina capa de sudor cubrió su frente y luchó por respirar, pero no lo consiguió. No hasta que sintió una mano en su cintura, apretando y sosteniéndolo con fuerza.

—No te vengas abajo, maridito. Aguanta, tienes que hacerlo.

Aiden respiró hondo y miró el suelo. Porque si volvía a conectar sus ojos con los de Megan su corazón colapsaría. Y no metafóricamente hablando.

—Sí.

Dio un paso hacia adelante y la mano de Amy dejó de sostenerlo. Alzó la mirada con determinación y dijo en un tono de voz más autoritario y seco que de costumbre:

—Consígueme otros pantalones iguales. Ahora mismo.

Megan parpadeó con incredulidad, no podía creer que él le estuviera hablando de esa manera. Con el corazón desbocado, observó sus ojos furiosos.

—¿Has escuchado a mi marido? Tráele unos pantalones.

La voz y las palabras de la joven que acompañaba a Aiden desconcertaron a Megan aún más. ¿Cómo se atrevían a hablarle así? ¿Había dicho que era su marido? ¿Estaban casados?

Se tomó un tiempo para observar de reojo a la joven, o mejor dicho, la mujer de Aiden. Era bajita, tenía la cara redonda y el pelo moreno y corto. Llevaba puesto un vestido de noche color rojo y zapatos del mismo color.

Bastante consternada y enfadada por su atrevimiento, encontró valor para contestarle:

—No soy una empleada, así que trágate tus palabras ahora mismo —dijo, evitando la mirada de Aiden.

Habían pasado diez años, pero sus ojos aún tenían el poder de acelerar el latido de su corazón y borrar cualquier otro pensamiento de su cabeza.

—No me importa quién seas. Has manchado los pantalones de mi marido, así que arregla este desastre antes de que…

—¿Antes de qué? —se apresuró a preguntar.

Estaba deseando terminar con aquella conversación y entrar en la mansión para tranquilizarse. Le temblaban las piernas y no conseguía mantenerse en pie con naturalidad. Además, su amiga y las otras damas de honor la miraban con mucha curiosidad.

—Amy, no le hables así. Es la hermana de la novia —murmuró Aiden.

—Ahhh... Pensé que… Bueno, no me hagas caso. —Movió la mano en el aire, quitándole importancia al asunto—. ¿Hay algún empleado que pueda solucionar este problema?

—Hablaré con John —espetó Megan, mirando de reojo a Aiden—. ¿Qué talla de pantalón usas?

Para disimular un poco la incomodidad de aquel reencuentro utilizó un tono de voz frío, distante.

—No te molestes… Hablaré yo con él —dijo soltando un suspiro sonoro.

Estaba molesto, con su corazón martilleando en su pecho a toda marcha mientras trataba de asimilar el encuentro. Pensó que

estaba preparado para volver a verla, pero se equivocó. Habían pasado diez años desde que la vio por última vez, pero parecía que había sido el día anterior. Era más hermosa de lo que recordaba y seguía pareciéndole un ángel.

—Pero…

—He dicho que lo dejes. No seas un engorro.

—No lo soy… —Respiró hondo para tranquilizarse y no montar otra escena delante de sus amigas—. Como quieras. Ahora quítate de mi vista para poder atender a los demás invitados.

—¿Con qué? ¿No me has tirado encima todo el champán?

—Aiden…

—Megan…

Se quedaron mirándose fijamente hasta que Amy se interpuso entre ellos. Parpadeó con expresión seria y penetrante y le dijo a Aiden:

—Vamos a entrar. Mi padre está detrás y no querrás que vea este numerito que estáis montando. Sabes que puede ser muy duro contigo.

El joven accedió y la siguió hacia la mansión con un cierto sabor amargo en la boca. La última vez que había estado allí, el padre de Megan había humillado a su madre, una mujer trabajadora y honrada que no merecía su trato déspota. Aún recordaba ese día con la misma impotencia y rabia. Se sentía culpable por no haber podido defenderla y plantarle cara a Hans. Odiaba a ese hombre con todas sus fuerzas y deseaba hacer lo posible para hundirle en la miseria. Su oportunidad de venganza apareció después de haberse casado con Amy, cuando su suegro lo hizo miembro del Círculo Dorado. Al principio no le dio mucha importancia, ni se molestaba en ir a las reuniones de ese club, hasta que un día el nombre de Hans llegó a sus oídos. No sabía que ese ser despreciable era su fundador. Se sorprendió mucho, pero enseguida vio aquello como una oportunidad de oro.

La oportunidad de descubrir sus trapos sucios y destruir el imperio que había construido ese maldito hombre.

No solo estaba animado, sino que tenía la sensación de que el nuevo corazón que tenía en el pecho podría darle unos

buenos años de vida.

Caminó de la mano de su mujer hasta que llegó frente a la escalera de caracol donde estaban los empleados colocados en fila, esperando órdenes. Se acercó a John y el mayordomo enseguida lo reconoció.

—¿Aiden? Que alegría verte. Han pasado muchos años… —Tomó una breve pausa para aclararse la garganta y hablar un poco más alto. La música de fondo superaba su voz—. ¿Cómo está tu madre?

—Está bien. Gracias.

—Me alegro…

—Necesito un favor. —Dio un paso hacia adelante para hablarle con más privacidad.

—Diga, señor.

—Nada más llegar me encontré con una situación un poco embarazosa. Verá, nuestra Megan me empapó los pantalones con champán…

—Ay, no. No puede ser.

—Sí, puede ser. Así que necesito cambiarme. Si se puede, quiero unos pantalones iguales. ¿Me haría el favor de ir a comprarlos?

—Por supuesto. —Lo miró a los ojos con detenimiento—. Has cambiado, has cambiado mucho.

—Eh, bueno… Supongo.

—Voy a por los pantalones. No tardaré.

Aiden le dio todos los detalles y le entregó su billetera para que pudiera pagar.

Ahora tenía dinero y no le faltaba nada, pero no era feliz. Se sentía desmoronado por dentro y lleno de cicatrices que aún lo traumatizaban.

Sintió la mano de Amy en su brazo y enseguida volvió a la realidad. Miró hacia la multitud de gente rica que estaba a su alrededor, bailando, conversando y pasándolo bien, y sintió un asco profundo. Quería marcharse de allí cuanto antes. Pero no podía hacerlo, su suegro lo estaba vigilando. Desde que se casó con Amy, el hombre no paraba de exigirle cosas y una de ellas era aparentar

un matrimonio feliz. Ese era el precio que estaba pagando por el corazón que latía en su pecho, un precio justo porque nada era gratis en la vida. Estaba vivo gracias a ese trasplante, gracias a la insistencia de su madre, gracias a la decisión que había tomado el gobernador mientras estaba presenciando la muerte de su hijo.

No se quejaba, pero sentía que no estaba viviendo su vida, sino la del dueño del corazón.

Escuchó una voz familiar a sus espaldas y enseguida se dio la vuelta. Quedó cara a cara con el hombre que más odiaba en el mundo. Todos sus sentidos se pusieron en alerta y en lo único que pensaba era en asaltarlo a golpes y decirle en la cara todo lo que pensaba de él. Pero se contuvo a duras penas, más porque tenía que dejar de lado todos esos sentimientos si quería que su venganza tuviera éxito.

Tenía que ser sumiso y amable si quería ganarse la confianza de ese monstruo. Mantuvo la mirada fija en el rostro de Hans, con la certeza de que él lo iba a reconocer, pero el hombre no mostraba ningún tipo de reacción. No sabía si sentirse furioso o aliviado.

—Bienvenidos a la fiesta. Podéis pasar al salón. Enseguida llegará mi hija con su marido —dijo el padre de Megan, inexpresivo.

—Gracias señor, lo haremos —contestó Amy—. Vamos, maridito.

Aiden se dio la vuelta de inmediato porque no le aparecía seguir viéndole el semblante a ese ser tan despreciable.

Odiaba cómo había tratado a su madre y cómo les echaron de su casa. Ese hombre, a pesar de ser rico, era un monstruo que se creía superior a todos por su fortuna. Aiden recordaba vívidamente cómo su madre, con esfuerzo y dedicación, cocinaba para él siempre sonriendo, a pesar de las circunstancias. Pero aquel hombre no veía más allá de su propio egoísmo; para él, su madre era solo una empleada, un recurso desechable. Esa injusticia caló hondo en Aiden, alimentando su deseo de hacer justicia y demostrar que la verdadera riqueza no se medía en dinero, sino en el respeto y el amor que se brindaba a los demás.

—Tu cara me suena. ¿Nos conocemos? —preguntó Hans a sus espaldas.

—No lo creo —contestó Aiden con los dientes apretados.

No quería dar pie a ninguna conversación, no merecía la pena gastar saliva en ello. Agarró la mano de Amy y la guio entre la multitud hasta que llegaron frente a la puerta que daba a la terraza. Salieron al exterior y caminaron juntos hacia la mesa de los aperitivos.

Aiden agarró una copa de champán y la llevó a la boca con urgencia.

—Sabes que no puedes beber.

—Solo un trago.

—Tienes que cuidarte, tienes que cuidar el corazón de mi hermano.

—Deja de decir eso, Amy. Me molesta.

—Pero es suyo.

—Ya no.

—Odio estar atada a ti. Eres insufrible y no te aguanto.

—En cualquier momento puedes pedirme el divorcio.

—Sabes que no puedo hacerlo.

—Te has casado conmigo para complacer y obedecer a tu padre. —Bajó el tono de voz—. ¿Vas a dejar que controle tu vida de esta manera?

—Tengo miedo, sabes que puede dejarme sin nada.

—El dinero… —suspiró—. Todos quieren tener dinero.

—¿Y tú no? —Lo miró con incredulidad—. ¿Entonces por qué aceptaste casarte conmigo? ¿No fue por el estatus y el dinero?

Aiden volvió a suspirar, pero no le contestó. No le apetecía contar sus planes a una chiquilla malcriada. Además, quería mantener el secreto y decirle a ella las razones por las que aceptó ese matrimonio podría dejarlo al descubierto.

Miró hacia los jardines y no pudo evitar recordar momentos de su vivencia en esa mansión, especialmente los encuentros y las quedadas que tuvo con Megan. Le gustaba pasar el tiempo con ella, era diferente a todas las chicas de su instituto y no por su condición económica, sino por su sencillez y dulzura. Le

encantaba la sensación que despertaba en él cuando sonreía y si hubiera podido, habría parado el tiempo para que aquellos momentos se eternizaran.

—Bueno, voy a dar una vuelta por la mansión. Es una fiesta y hemos venido a divertirnos —dijo Amy antes de irse y dejarlo solo.

—Está bien.

Se sentó en una silla y estiró las piernas hacia adelante. Se llevó la mano derecha al pecho, donde estaba latiendo su corazón, si lo podía llamar suyo. Desde el trasplante, la familia del donante había estado recordándole todos los días que ese corazón era de Zain, el hermano pequeño de Amy. Estaba agradecido por estar vivo, pero vivía agobiado.

Su plan de venganza marchaba bien, pero el encuentro con Megan lo había trastornado. Ella también odiaba a su padre, así que no debería preocuparse, pero sentía cierto reparo. Era como si en cierta manera le estuviera haciendo daño a ella.

Escuchó pasos y voces, y se puso de pie. En unos instantes el lugar se llenó de gente y tuvo que serpentear hasta llegar a la puerta.

Nada más entrar en la mansión se encontró con John, el mayordomo.

—Aquí tiene. —Le entregó una bolsa de papel con el nombre de la tienda.

—Gracias, te debo una.

—No me las des, era lo que debía hacer para arreglar el desastre de Megan. No sé qué le pasa últimamente, pero está muy torpe con todo.

—¿Cómo le va? ¿Tiene novio?

—No, pero a su padre le gustaría. No para de insistir en que salga con el hijo del alcalde. —Se llevó una mano a la boca y miró en todas direcciones, alarmado—. Estoy hablando de más.

—Entonces no voy a preguntar nada más. —Le dedicó una leve sonrisa.

—Disfruta de la fiesta.

Aiden gruñó y dio media vuelta para irse. Conocía muy bien la casa y sabía que si quería tener privacidad para cambiarse los pantalones, tenía que subir a la primera planta. Allí al fondo había un pequeño cuarto que servía de almacén para las cosas de los empleados.

Justo cuando pasó por debajo de la escalera de caracol vio a Megan subiendo los escalones corriendo. Titubeó un instante antes de ir detrás de ella. Era la primera vez que subía aquellas escaleras sin miedo, sin miedo a que alguien le viera. Cuando vivía en la casa con su madre se veía a escondidas con Megan en el desván. Era un lugar secreto que solo ellos compartían.

Llegó al pasillo y la vio entrando en su habitación. Recorrió con determinación el lugar y cuando llegó frente a la puerta cambió de opinión. Dio la vuelta para irse y la puerta se abrió a sus espaldas.

—¿Aiden? ¿Qué haces aquí?

# Capítulo 3

Aiden se dio la vuelta y quedó cara a cara con el rostro de Megan, con su eterna expresión serena, a tan solo unos centímetros de distancia.

Se quedó inmóvil, literalmente paralizado, con el corazón martilleando en su pecho a toda marcha mientras la observaba. Y al parecer ella se había quedado igual de impactada que él, porque había dejado de hablar y lo miraba sin parpadear.

Habían pasado diez años desde que la vio por última vez, pero parecía que había sido el día anterior. Era más hermosa de lo que recordaba, tenía el cabello más largo y sus preciosos ojos verdes estaban velados por unas largas pestañas ayudadas por el maquillaje.

Pensó rápidamente en una excusa y dijo con voz débil, en la que se revelaba algo de apuro:

—Iba… Iba al cuarto del fondo para cambiarme los pantalones.

—Ah, bien. No te entretengo más.

Cerró la puerta de la habitación y dio un paso hacia adelante, pasando por su lado.

—Espera, creo que deberíamos hablar —dijo Aiden a la vez que la agarraba por el brazo para detenerla.

—No tenemos nada de qué hablar. No has cumplido tu promesa y… y… apareces aquí después de diez años casado. Pensé… No sé ni qué pensé. —Se zafó de su agarre con un gesto brusco y se apartó.

—Hay una explicación...

—No quiero saberla, no quiero saber nada. —Achicó los ojos—. Mírate, vestido como un rico y comportándote como tal. ¿Eso andabas buscando mientras vivías aquí con tu madre? ¿Riqueza? ¿Título? No conseguiste conmigo y…

—Será mejor que te calles si no quieres arrepentirte. —Volvió a agarrarla por el brazo y tiró con fuerza para acercarla a él—. No es lo que tú piensas.

—Has cambiado, y mucho. No te reconozco.

—No hace falta que lo hagas. Ya no somos críos.

—No, ya no. Solo quedan unos vagos recuerdos de una adolescencia compartida —dijo con voz trémula.

Estaban tan cerca que Megan podía sentir su aliento en el cabello.

—Yo creo que ni eso.

La joven tragó con dificultad cuando escuchó sus palabras, pero consiguió disimular su decepción. Estaba claro que se había olvidado de ella, de todos los buenos momentos que compartieron y de la cápsula que enterraron juntos con la ilusión de volver a reencontrarse.

—Ya que estamos hablando, dime por qué no cumpliste tu promesa. Te esperé durante horas…

—Ese día… —Tomó una profunda respiración y soltó su brazo. No estaba preparado para hablarle de aquello, los recuerdos aún le atormentaban. Y deseaba olvidarlo.

—¿Sí?

—Hablaremos en otro momento.

—No habrá otro momento. No volveremos a vernos.

—No estés tan segura. Nos movemos en los mismos círculos.

—Estás casado y si me ven hablando contigo, saldrían rumores que mancharán mi reputación.

—¡¿Tu reputación?! ¿Desde cuándo te importa lo que piensan los demás?

—Desde… —Dejó escapar un suspiro entre hastiada e irritada—. No tengo que darte explicaciones.

—No me las des, pero si dices que te importa la opinión de la gente, es que tú también has cambiado.

Megan no contestó, pero aprovechó ese momento de acercamiento para estudiarlo con atención. No veía mucho del chico que conoció diez años atrás. Era diferente, más alto de lo que

recordaba y mucho más musculoso. Tenía el pelo un poco más largo y la mirada de un hombre que no esperaba nada del mundo. El chico amable que llevaba siempre una sonrisa en los labios se había convertido en un hombre terriblemente atractivo y frío.

—Me estás mirando demasiado, Megan. ¿Me echaste de menos? —replicó y se acercó aún más a ella.

Megan casi podía jurar que el calor de su cuerpo se le traspasaba. Trató de controlar sus reacciones, pero falló. Solo era consciente de la cercanía y de su corazón latiendo con fuerza en su pecho.

—Debería volver a la fiesta —murmuró—. Se preguntarán dónde estoy.

—Sí, vuelve. Pero antes quiero comprobar algo.

La sujetó con firmeza por la cintura y la atrajo hacia sí. Ella no se revolvió ni protestó. Aiden podía sentir su corazón galopante y trató de resistirse a no perder el control. Pero no funcionó. Hundió la nariz en su cuello para olerle la piel y respiró con brusquedad.

—Hace demasiado tiempo que no abrazo a alguien —admitió.

—Tienes… Tienes a tu mujer. Abrázala a ella. —Se alejó para poner un poco de distancia entre ellos—. No puedes soltarme todo esto ahora,  como si nada hubiera pasado. Como si no me hubieras decepcionado…

—Estoy muy solo, Megan. Muy solo. —Su voz sonó tan triste que Megan sintió que el corazón se le partía.

—Aiden… —Respiró hondo y dio un paso hacia atrás—. Yo no soy tu amiga, de hecho no somos nada. Si tienes problemas, deberías hablarlo con tu mujer o con tu madre.

—Mi madre trabaja mucho, apenas la veo.

—Lo siento, pero yo no puedo hacer nada por ti.

—No te pido que hagas nada, sería un hipócrita si lo hiciera. Pero no me ignores, por favor. Me hace daño ver que apartas tu mirada cuando se cruza con la mía. Lo único que hice mal fue no cumplir con mi promesa. Una promesa que hicimos sin saber lo que nos deparaba el futuro. Créeme que hay una buena razón para ello,

pero este no es ni el momento ni el lugar para contártela. Ten un poco de paciencia…

—Aiden, para. —Levantó una mano en el aire—. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué es todo esto? ¿Tan poco respeto tienes hacia tu mujer?

—No es lo que tú piensas. Mi vida no es tan perfecta como parece.

—Creo que deberíamos volver a la fiesta. —Pasó por su lado y prosiguió: —Esta conversación no tiene ni pies ni cabeza.

—Ahora puede que no, pero más adelante sí. Nos volveremos a ver, Megan, te guste o no. Este es solo el principio.

Dio la vuelta y caminó dando grandes zancadas hacia la habitación del fondo. Entró, se cambió los pantalones y regresó a la fiesta.

Dejó la bolsa con los pantalones sucios en un rincón apartado del salón y se reunió con Amy y su familia. En su cabeza aún rondaba la conversación que había tenido con Megan y en cierta manera se arrepentía de haberle dicho tantas cosas. No se habían visto durante diez años y le había confesado cosas que jamás había confesado a nadie.

Sintió las uñas de Amy clavándose con fuerza en su brazo y volvió a la realidad.

—Me haces daño.

—Te estoy llamando la atención. La gente nos está mirando, sonríe.

—¿Qué?

—Mis padres les han dicho a todos lo felices que estamos casados…

—¿Y te parece bien seguirle el rollo? Nuestro matrimonio es una farsa.

—Nadie lo sabe y es mejor si se queda así. Por lo menos durante un tiempo.

—No te entiendo. —Chasqueó la lengua y prosiguió: —Me dijiste que ibas a confesar la verdad si tu padre no acaba aceptando tu situación después del matrimonio.

—Sí, pero… Ahora no es el momento.

—No me digas que te estás tomando en serio la amenaza de tu padre. Ahora eres hija única y la herencia es para ti.

—No, bueno… Sí…

—Aquí está el marido de mi hija —dijo el gobernador, señalando a Aiden.

Él estaba acompañado por dos hombres altos que se parecían mucho.

—Mi nombre es Damian —dijo uno de ellos a la vez que le estrechaba la mano—. Ministro de exteriores.

—Encantado de conocerle, señor.

—Tutéame, somos miembros del mismo círculo. —Le guiñó el ojo—. Nos veremos a menudo.

—Entendido, Damian —contestó el joven.

—Me dijo tu suegro que has terminado la carrera diplomática de ciencias políticas hace poco. ¿Estás trabajando? —preguntó el otro hombre.

—Aún no, pero espero empezar pronto.

—Por cierto, me llamo Adrián. No tengo ningún cargo importante, pero sí una fortuna como si fuera un árabe.

Él y el gobernador se echaron a reír.

—Eres joven. Encontrarás trabajo enseguida —agregó con una sonrisa en sus labios finos—. Además, tu suegro es el gobernador.

—Sí, sí… —declaró el mencionado con otra sonrisa.

Aiden miró a los hombres que lo rodeaban y empezó a sentir una fuerte presión en el pecho. No se sentía muy a gusto en ese ambiente, pero poco podía hacer ya para cambiar la situación.

Desde que había aceptado el trasplante de corazón, perdió las riendas de su vida.

Desde que se había casado con Amy, las decisiones que tomaba tenían que ser revisadas por los abogados de la familia. Se convirtió en el centro de atención de los periodistas y su privacidad se vio comprometida.

Se había metido en un nido de víboras y estaba atrapado por serpientes como el gobernador, que lo tenía con la soga al cuello. No veía salida de su situación, pero podía llevar a cabo su

venganza. Jamás volvería a ser libre, pero podría vivir una vida plena y satisfactoria.

Giró la cabeza y justo entonces vio a Megan entrando en el salón. Todos sus sentidos se pusieron en alerta y se le formó un nudo en el estómago. La estudió en silencio mientras intentaba no mirarla directamente. La expresión de su cara era tan serena e inocente que denotaba un carácter tranquilo. Aquello lo desarmó por completo porque rebosaba una paz que nunca hubiese imaginado, una paz que necesita desesperadamente en su vida. Le llegó directamente al corazón y la odió por ser capaz de ablandarlo de esa manera. Ellos ya no tenían ninguna oportunidad, no solo la había fallado por no cumplir con su promesa, también se había casado.

Además, no podía distraerse, tenía que seguir con su plan. Agarró la mano de Amy y la llevó a la pista de baile. Cuanto más se tuviese que esforzar en ser un verdadero noble, más grande sería su venganza.

# Capítulo 4

## Hace 7 años

Manhattan,1973

Aiden bajó corriendo las escaleras del edificio donde vivía con su madre y salió a la calle rumbo hacia la parada del autobús.

Después de haber abandonado la mansión de Hans a toda prisa, como si fueran unos ladrones, encontraron alojamiento en un barrio bastante tranquilo, casi desierto. Había solo un par de comercios humildes, parques, espacios verdes y una fábrica de zapatos. Aquel lugar idílico proporcionaba la escapada del ajetreo y el bullicio de la ciudad que necesitaban para establecerse, para encontrar la paz y olvidar el mal trago que pasaron cuando se fueron de la mansión.

A menudo, se sentaba en uno de los bancos que había frente al río Hudson y contemplaba la Estatua de la libertad a lo lejos. Eran sus momentos de paz y de reflexión, en los que la vida pasaba despacio y su mente se sumergía en un descanso reparador.

Salía con su madre todos los días a buscar trabajo, recorrían las calles a pie y preguntaban en los restaurantes, las tiendas y supermercados.

Pasando los meses, encontraron trabajo los dos, y no tardaron en llegar a tener un círculo de amistades bastante amplio. Su madre quedaba con algunas compañeras del restaurante a comer los fines de semana y él pasaba el tiempo libre con su jefe Kevin y su hermano Brian. Trabajaba en una pequeña ferretería familiar y estaba bastante contento. Tenía tardes libres y podía estudiar para graduarse, para terminar el instituto y tener un diploma para matricularse en la universidad. Quería estudiar ciencias políticas y luego encontrar una oportunidad de acercarse a Hans. Su sed de

venganza controlaba todos sus pensamientos y hasta que no lograse acabar con aquel miserable, no se quedaría tranquilo.

Estaba obsesionado con aquella idea, pero deseaba aplastarlo con todo su ser. Todos lo veían como un hombre ejemplar, cariñoso con su familia y honrado, todo lo contrario a lo que era. Y el mal trato que recibió su madre exigía una compensación.

Miró la hora en su reloj de pulsera y comprobó que llegaba tarde. Empezó a correr y correr salpicando arena detrás de él. La parada del autobús quedaba bastante lejos.

Estaba ansioso, no había visto a Megan desde que se separaron aquel día. Quería cumplir su promesa porque la había echado mucho de menos. También quería confesarle sus sentimientos y pedirle que saliera con él.

Sus pasos se hicieron más fuertes y su respiración más profunda. Su vista se nubló y su cuerpo pareció ceder. De pronto, su cuello se empapó de sudor y notó una presión insoportable en el pecho. El dolor se intensificó, como si una pesada losa se estuviera aplastando sobre su corazón. Cada latido resonaba en sus oídos, un tamborileo frenético que contrastaba con la calma de su entorno. Su mente luchaba por mantenerse alerta, pero la confusión comenzaba a apoderarse de él. Las manos se le entumecieron, y una oleada de pánico lo envolvió. Intentó gritar, pedir ayuda, pero las palabras se ahogaron en su garganta. El mundo a su alrededor se desvanecía lentamente, dejando solo la sensación de un abismo oscuro que se acercaba. Sabía que algo estaba terriblemente mal, y el tiempo parecía haberse detenido en esa lucha desesperada por la vida. Cayó de rodillas al suelo y respiró hondo un par de veces antes de desmayarse.

Cuando se despertó, la luz del sol se filtraba a través de las cortinas, bañando la habitación en un cálido resplandor. La sensación de confusión lo invadió momentáneamente, pero pronto se dio cuenta de que estaba en una cama de hospital. El pitido constante de la monitorización cardiaca le recordó la gravedad de lo que había vivido.

A su alrededor, el aroma a desinfectante y el murmullo de enfermeras en el pasillo crearon una atmósfera extraña y empezó a

sentir miedo. Se movió lentamente, sintiendo la suavidad de las sábanas y la fragilidad de su propio cuerpo. Cada pequeño movimiento le recordaba la batalla que había librado.

Su madre estaba a su lado, con el rostro iluminado por una mezcla de alivio y preocupación.

—Mamá… —susurró con voz ronca.

—Hijo, estás despierto. Ay, hijo. Estaba tan asustada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero su sonrisa era genuina, reflejando la alegría de tenerlo de regreso.

—¿Qué…? ¿Qué ha pasado? Estoy en el hospital…

La puerta de la habitación se abrió en ese mismo instante y Aiden dejó de hablar. Miró al médico que se acercaba a la camilla y se relamió los labios secos con nerviosismo.

—Ya estás despierto. Muy bien —dijo él con su rostro ligeramente preocupado. Metió las manos dentro de los bolsillos de su bata blanca y prosiguió: —Necesitamos tu autorización.

—¿Para qué? ¿Qué pasa? —preguntó y trató de incorporarse. Al ver que no lo conseguía, se rindió y echó la cabeza hacia atrás.

—Para un trasplante de corazón —contestó—. Te vamos a poner en la lista de espera.

—Pero no entiendo. ¿Por qué…? ¿Un corazón?

—Te has desmayado porque has sufrido un infarto. Tu corazón no bombea suficiente sangre para satisfacer las necesidades del cuerpo —explicó.

—Oh…

—La lista de espera es muy estricta y hay prioridades que seguir. Pero tu caso es muy urgente. Tu cuerpo no va a sobrevivir mucho tiempo, ya que tu corazón tiene problemas de ritmo. Hay riesgo de muerte súbita.

El diagnóstico resonó en la habitación como un eco perturbador y las palabras se deslizaron lentamente en su mente. El peso de la realidad se hizo palpable. Su corazón, que había latido con tanto vigor, ahora era insuficiente para bombear la sangre necesaria para satisfacer las demandas de su cuerpo.

—No, mi hijo… —dijo la madre llorando—. No, por favor. ¿Por qué? Es lo único que me queda, lo que me mantiene con vida… Mi hijo.

—Entiendo —fue lo único que pudo decir. Cerró los ojos y tragó con dificultad. Era joven y tenía toda una vida por delante. Tenía que vivir, tenía que hacerlo por su madre. Ella había sacrificado todo para que él tuviera comida, ropa y un techo donde vivir.

La idea de una cirugía mayor, de depender de otro órgano y de un donante, era abrumadora. Pero en el fondo de su ser también había una chispa de esperanza. Sabía que aquello podía ser una segunda oportunidad, una posibilidad de vivir de nuevo.

El médico le explicó el proceso: la lista de espera, la evaluación de posibles donantes, y los riesgos asociados con la cirugía. Cada palabra era un recordatorio de la fragilidad de la vida. Sin embargo, también hablaban de avances en la medicina, de historias de personas que habían recibido un nuevo corazón y que habían regresado a sus vidas con renovada energía y pasión.

Miró a su madre y le cogió las manos temblorosas. Estaba igual de asustada que él y solo suspiraba como si fuera a quedarse sin aliento.

—No te preocupes, saldremos de esta también.

—Sí, pero…

—No voy a dejarte sola, mamá —dijo y miró al médico. Tomó una profunda respiración y notó una punzada aguda y una especie de golpe en el pecho—. ¿Dónde tengo que firmar?

Sabía que, sin importar lo que sucediera, estaba listo para luchar por su vida y por los momentos que aún le quedaban por vivir.

# Capítulo 5

## Presente

Manhattan, 1980

Megan cruzó la pista de baile y observó a su hermana, radiante con su vestido de novia, abrazando a familiares y amigos. La alegría en su rostro era contagiosa, y en ese momento la joven sintió una mezcla de orgullo y amor. Recordó las largas noches de planes, las pruebas de vestido y las charlas sobre sueños y esperanzas.

Todo había salido perfectamente y se alegraba por ello, porque sabía que era el día más importante para Ana.

Detrás había un grupo de músicos que tocaba melodías alegres que llenaban el aire con un ambiente festivo. Las luces brillaban con colores vibrantes, reflejándose en los rostros sonrientes de los invitados que se movían al ritmo de la música. Los niños corrían y reían, mientras los adultos brindaban con copas de champán, celebrando el amor de los recién casados. En un rincón, un grupo de amigos compartía anécdotas y risas, mientras que otros se acercaban a la mesa de dulces, repleta de exquisiteces y pasteles decorados con delicadeza. La felicidad era palpable, y cada rincón de la celebración estaba impregnado de alegría y emoción.

No obstante, apretó los labios y tomó asiento al lado de su hermana. Cuando se cruzó de brazos Ana enseguida se dio cuenta de que algo le pasaba, así que dejó el tenedor encima de la mesa y dijo:

—Escúpelo, ¿qué te pasa?

—Nada, no quiero estropearte el día.

—Venga, dilo. La fiesta está a punto de acabarse. —Empezó a girar la alianza alrededor de su dedo anular.

—Aiden está aquí.

—¿Quién? —Dejó de mover el anillo y la miró: —Ahhhh, el hijo de esa cocinera, ¿verdad? —Se pasó una mano por la frente con algo de cuidado para no tocar la diadema que sujetaba el velo. Llevaba un recogido delicado y a ambos lados de las orejas le caían unos cuantos rizos. Tenía un maquillaje natural, pero llevaba demasiado color en las mejillas.

—Sí.

—¿Y qué? Han pasado muchos años y si es un empleado…

—Ha venido como invitado.

—¿Mmmm?

—Como invitado y miembro del Círculo Dorado.

—¿Qué dices? Eso no es verdad. —Miró a su alrededor—. Es pobre, solo los ricos pueden pertenecer al club de papá.

—Al parecer ya no es pobre —murmuró con voz ronca.

—Si es verdad lo que dices, me parece sospechoso. Recuerdo que su madre no tenía ahorros, se gastaba todo el sueldo en mantenerlo en el instituto. ¿Te dijo algo? ¿Dónde está? Quiero verlo. ¿Ha cambiado? Recuerdo que era muy guapo.

Megan se mordió el labio superior con fuerza para no soltar todo lo que sentía y pensaba en aquel momento. No podía decirle a su hermana que lo vio más guapo que antes, que su corazón enloqueció nada más encontrarse de nuevo con su mirada. Esa mirada que más de una vez había hecho que se sonrojara y se sintiera una tonta enamorada.

—Está… Está por allí, con su mujer.

—¿Su mujer? ¿Está casado?

—Mhmm…

—Pues eso lo explica todo. Se casó con ella porque es rica.

—No puedes saberlo…

—Un pobre no se hace rico de la noche a la mañana.

—No creo…

—¿Quién es su mujer?

—No lo sé.

—Lo averiguaré. —Se puso de pie y le susurró algo a su marido al oído—. Vamos.

Agarró a su hermana de la mano y se mezclaron con los invitados, saludando y repartiendo sonrisas. Recorrieron todo el salón y cuando Megan vio a Aiden, le dio un fuerte apretón en el brazo a su hermana para llamarle la atención.

—Allí está. Es el que va de la mano con la chica vestida de rojo.

—Vaya, aquel muchacho inquieto y rebelde que sacaba de quicio a mi padre se ha convertido en un hombre atractivo —dijo Ana—. Vamos a saludarlos.

—Eh, no. Yo ya lo hice. No hace falta. —Tiró de su brazo para soltarse.

—No seas cobarde.

—No lo soy, solo que no me apetece volver a verlo.

—Vamos.

Por un instante, sus ojos se cruzaron con los de Aiden y sintió un nudo de pudor en la garganta. Cada vez que la miraba o le hablaba, el mundo a su alrededor dejaba de existir. Había algo atrayente en su rostro y en su airada mirada, algo que la ponía muy nerviosa. Frunció el ceño y parpadeó para volver a controlar sus sentidos.

Ana la llevó hasta allí y el joven les ofreció una amplia sonrisa al verlas, que inevitablemente se contagió en los labios de Megan.

—Aiden, ¿verdad? —preguntó Ana.

—Sí…

—Megan me dijo que estabas aquí y quería saludarte. También darte las gracias por haber venido…

—Las gracias hay que dárselas a mi padre —intervino Amy—. Fue él quien compró el regalo de boda.

Aquellas palabras hicieron que Megan volviera a la tierra y que dejara de sentir cierta esperanza otra vez. Se irguió subiendo el mentón y puso cara seria.

—Ahhh… ¿Y quién es tu padre? —inquirió la novia.

—Es el gobernador.

Aquellas palabras cayeron como un balde de agua fría sobre Megan y su hermana. El gobernador era la persona más influyente y adinerada de Manhattan.

—Entiendo… —murmuró Ana y forzó una sonrisa para ocultar su sorpresa—. Pues cuando lo vea, le daré las gracias. Vamos.

La novia agarró a su hermana por el brazo y se alejaron del lugar de inmediato.

—Espera, ve más despacio. Llevo tacones —se quejó.

Ana no dijo nada y llevó a Megan a la cocina. Se excusó con la mirada hacia los empleados y se sentó en uno de los taburetes que había al lado de la mesa del centro.

—¿Qué pasa? —inquirió Megan.

—Aiden se casó con la hija del gobernador.

—Sí, ¿y qué problema hay?

—El fundador del Círculo Dorado es nuestro padre, pero quién más dinero invierte en ese club es el gobernador. Me parece sospechoso que Aiden se haya casado con su hija. Recuerdo escucharlo más de una vez diciendo que odia a los ricos, que jamás en la vida se convertiría en uno.

—Se habrán enamorado —dijo con cierta amargura.

—Si no frecuentan los mismos círculos. ¿Cómo se conocieron? Ay, qué raro, ¿verdad?

—Mhm…

—No vuelvas a hablar con él. No sabemos qué está tramando.

—Había olvidado lo exagerada que puedes ser a veces.

—¿Se lo digo a papá?

—Ana, no le des tanta importancia. Es la fiesta de tu boda, ve y disfruta del día con tu marido.

—Pero…

—Pero nada. Anda, ve… —La ayudó a ponerse de pie y la arrastró hacia la puerta—. Ve con los invitados.

Ana se fue y Megan soltó un suspiro sonoro que llamó la atención de los empleados.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó una de las cocineras.

—Estoy bien, gracias.

Forzó una sonrisa y salió de la cocina por la puerta de atrás. Cruzó el jardín y se paró junto a las vallas. Miró hacia el cielo con un sentimiento muy extraño en el corazón y se preguntó si debería hacer caso a su hermana. ¿Aiden se había casado con la hija del gobernador por interés? Parecían estar bastante cómodos juntos, como una pareja normal.

Lo que sí le resultaba extraño era que había ido a la boda de su hermana, que había pisado el mismo suelo que su padre. El hombre que lo había humillado y echado a la calle de una manera muy cruel.

Soltó un breve suspiro y sus pensamientos se disiparon un poco. Volvió a la fiesta y fingió serenidad y valentía durante toda la tarde.



Tres horas más tarde, los invitados se despidieron de la novia y el lugar se llenó de empleados que recogieron y limpiaron, dejando la casa tan pulcra como siempre.

Megan se despidió de su hermana, que también se fue, y se sentó un rato en las escaleras de la entrada. Se quitó los tacones y movió los dedos en el aire muy lentamente. Estaban adormecidos y algo doloridos.

Tenía la boca seca, el día había sido largo y agotador, pero había sobrevivido a la fiesta aparentando la normalidad que le había exigido su padre. Había sonreído y aparentando estar en una situación que nunca hubiera deseado vivir.

Escuchó pasos a su espalda y volvió a ponerse tensa.

—Hija, tengo que viajar esta noche —dijo su padre con tono de voz serio—. Tu madre está muy cansada, se tomó las pastillas para dormir y se ha ido a la cama. Asegúrate de que tus hermanos se duchen y cenen en condiciones.

—¿Te vas a ir ahora? Pero…

—Mañana tengo que firmar un contrato muy importante. No me hagas perder el tiempo.

Dio la vuelta y entró en la casa tan rápido que no le dio tiempo a decirle nada más.

—Estoy harta de esta vida y esta familia —gruñó—. Parece que mis hermanos son mis hijos. Toda la vida cuidándolos y ni siquiera me respetan.

Se quedó un rato más, viendo cómo su padre se subía en un taxi en plena medianoche. Estaba cansada y le dolían los pies, pero no tenía sueño.

La fiesta había sido un éxito para su hermana, pero para ella fue un verdadero calvario. Tuvo que sonreír a todo el mundo y llevar puesta ropa demasiado elegante para su gusto.

Entró en la casa y después de apagar todas las luces del salón, recorrió el pasillo en silencio. Se paró frente a la puerta de la biblioteca y dudó un instante antes de abrirla. Su padre no la dejaba entrar cuando él no estaba, decía que esa habitación era su espacio privado.

Giró el pomo y entró. Un fuerte olor a tabaco llegó a sus fosas nasales, obligándola a toser. Corrió para abrir las ventanas y luego se sentó en el sillón negro de cuero que había frente a un escritorio de madera maciza. Bajó la vista al montón de papeles que había encima y vio por el rabillo del ojo que el segundo cajón estaba abierto. Estiró la mano para cerrarlo, pero no lo consiguió. Parecía que algo lo bloqueaba. Así que se agachó y miró en el interior.

Movió las carpetas para colocarlas mejor y volvió a intentar cerrar el cajón. Se atascó de nuevo. Metió la mano dentro y tiró con fuerza de las carpetas. Un montón de papeles salieron volando y se esparcieron por el suelo. Empezó a recogerlos y fue entonces cuando vio una lista con nombres. No quería darle importancia, pero su nombre aparecía apuntado.

Cogió el papel y le dio la vuelta, pero no había nada escrito, solo diez nombres entre los cuales estaba el suyo. Le pareció raro, así que volvió a mirar en el cajón y encontró una agenda de cuero marrón. No le resultaba familiar, pero la abrió de todos modos.

En la primera página estaba escrito el nombre del Círculo Dorado y en la segunda una frase que, nada más leerla, le hizo sentir escalofríos.

*Las cucarachas no dejan de reproducirse, son un peligro para la sociedad y una plaga. Y las plagas hay que exterminarlas.*

Tragó saliva y pasó la página, pero apenas pudo prestar atención a las anotaciones que había. No podía dejar de pensar en aquella frase. Hasta ese momento jamás se había interesado por el Círculo Dorado, había dado por hecho que era un club exclusivo solo para los ricos.

Y no quería tener nada que ver con aquello, pero su nombre estaba apuntado en la lista.

Lo que había leído le puso los pelos de punta e hizo que se preguntara si conocía realmente a su padre.

Decidió copiar los nombres de la lista y la frase en un trozo de papel y guardó la agenda en el cajón. Se puso de pie y caminó hacia las estanterías con libros y cogió uno al azar. Apagó las luces y salió de la biblioteca apresurada, con la cabeza cargada de pensamientos.

Las mujeres de los miembros del Círculo Dorado no iban a las reuniones, pero sí podían asistir a las carreras de caballos y algunos partidos de golf. Iba a ser difícil convencer a su madre de que fuera a esos eventos, pero lo intentaría. Así podría acompañarla y vigilar un poco a su padre. ¿Qué estaban tramando dentro de ese club? ¿Por qué tenían una lista con nombres? ¿Por qué el suyo estaba apuntado?

Tantas preguntas y ninguna respuesta. Subió las escaleras y se paró frente a la puerta de sus hermanos. La abrió y vio que

estaban sentados en la alfombra y jugando con el tren de madera.

—¿Habéis cenado? —preguntó.

Fue William quien giró la cabeza para mirarla y contestarle.

—Sí, hemos comido huevos fritos con filetes de pollo.

—Bien, os tenéis que duchar.

Los dos pusieron una mueca al instante.

—No quiero —protestó Matt, el hermano pequeño—. Estoy cansado.

—Está bien. Ha sido un día largo para todos —accedió—. Pero mañana sin falta.

—Sí.

—Buenas noches.

Cerró la puerta y se fue a su habitación. Enseguida se cambió de ropa y se metió en la cama. El papelito con los nombres que había copiado de la agenda de su padre descansaba a buen recaudo en su mochila de estudios.

Estaba deseando hacer el examen final y empezar a trabajar. Necesitaba pasar tiempo fuera de casa. Últimamente se sentía atrapada, como un canario encerrado en una jaula, bien cuidado pero privado de libertad.

Cerró los ojos y la imagen del rostro de Aiden invadió su mente. Le embargó un sentimiento de anhelo, de algo que le faltaba. Él había sido su primer amor, un enamoramiento adolescente que le dejó ciertas cicatrices. Cicatrices que no la dejaban desarrollar sentimientos por otro chico.

La vida sin amor era triste, rodeada de soledad y menos emocionante. Una vida que no tenía sentido, llena de días grises y monótonos.

¿Volverá a encontrar el amor y esa conexión única que había entre dos personas? ¿O se convertirá en una marioneta sin corazón?

# Capítulo 6

## Presente

Manhattan, 1980

Aiden abrió los ojos, que aún le pesaban por el sueño, y miró a su alrededor. Un manojo de rayos del sol entraba por la ventana y bañaba la habitación en tonos dorados y brillantes. Era una estancia grande con muebles blancos y negros lacados. Tenía pocos objetos personales, algunas fotografías con su madre enmarcadas y unos recuerdos que había comprado durante las excursiones que hizo con los compañeros de universidad.

Se bajó de la cama y sintió sus músculos doloridos. Las horas de pie durante la fiesta hacían mella en su cuerpo. Se quitó el pijama y se vistió con una camiseta blanca y un pantalón de chándal. Necesitaba hacer un poco de ejercicio, pero debía tener cuidado de que no le vieran entrando en la sala del gimnasio. Los padres de Amy cuidaban de su corazón como si fuera una jarra de porcelana antigua y frágil. No les culpaba, era lo único que les quedaba de su hijo, Zain, pero él ya no estaba y el dueño de ese corazón era él. Esa era su pesadilla diaria: lidiar con una familia obsesionada con el cuidado del corazón que latía en su pecho.

Salió al pasillo y vio que la puerta de Amy estaba abierta, pero no entró. Estaban casados, pero nada más. Ni siquiera eran amigos. Accedió a vivir en la misma casa con ella y su familia para no dar pie a rumores. El gobernador era un hombre muy respetado en la sociedad y muy exigente con el cuidado de la imagen de familia perfecta.

Bajó a la cocina y cogió una botella de agua del frigorífico. Después de tomar unos cuantos tragos, volvió a guardarla y se aseguró de que no hubiera nadie cerca. Caminó hacia el gimnasio y

después de cerrar la puerta detrás de sí, se subió en la cinta de correr. Corrió una hora a lo máximo que le daba el corazón. Sintió que le latía frenéticamente dentro del pecho, pero aguantó sin parar a descansar.

Apagó la cinta y se bajó. Cogió una toalla limpia del armario y se secó la cara y el cuello. Miró la hora en su reloj de pulsera y se dio cuenta de que llegaba tarde. Había quedado para comer con su madre. Subió corriendo a la habitación, se duchó y se cambió de ropa. Cogió su cartera y las llaves de casa y salió al pasillo. Se encontró cara a cara con Amy, quien también se disponía a recorrer el pasillo.

—¿A dónde vas, maridito?

Lo agarró por el brazo y empezó a caminar a su lado. Aquella mañana llevaba puesto un pantalón negro y una camiseta roja, de manga larga, que hacía que pareciera una adulta. Amy tenía veintiocho años, pero era muy bajita y la mayoría la confundía con una adolescente. Su pelo corto estaba peinado en mechones ondulados y llevaba demasiado maquillaje en la cara.

—He quedado con mi madre para comer.

—Recuerda que esta noche tenemos que ir a la ópera. Presencia obligatoria.

—Mhm… —gruñó.

—Sabes que a mí tampoco me gusta ir.

—Llegaré a tiempo.

—Te dejaré el traje en la habitación.

Bajaron las escaleras y Aiden se despidió de ella con una leve inclinación de cabeza. Salió de la casa apurado y fue hacia la parte de atrás, dónde estaban los coches aparcados. Tenía permiso de conducir, pero no se atrevía a utilizar ninguno de ellos. Eran demasiado lujosos y caros para su bolsillo, y no podía permitirse tener ningún golpe o accidente.

Vio al chófer salir del garaje y le hizo señas. El hombre enseguida se acercó a él.

—Hola, señor. ¿Me necesita?

—Sí, voy a ir a ver a mi madre.

—Ahora mismo le llevaré —contestó a la vez que le abría la puerta.

—Gracias.

Una vez dentro, Aiden echó la cabeza hacia atrás y se mantuvo en silencio durante todo el trayecto. Aprovechó para repasar en su mente todas las posibles consecuencias que ese reencuentro con Megan podría traer y terminó por decirse a sí mismo que acabaría con el corazón herido de nuevo. La insensata atracción que sentía por ella podría jugarle una mala pasada y no sabía si estaba preparado para sufrir de nuevo. Porque si algo había aprendido de aquella despedida tan repentina, fue que el dolor era difícil de afrontar.

—Hemos llegado.

Se enderezó, desabrochó el cinturón de seguridad y luego se despidió del chófer antes de bajarse.

Frente a él estaba la pequeña casa de su madre, casa que alquiló cuando cobró el primer sueldo como cocinera para el restaurante que tenía el gobernador.

—¿Quieres que venga a recogerte?

—No, gracias. Cogeré el autobús.

Se despidió del chófer y subió los dos peldaños frente a la casa, apurado. Abrió la puerta con su llave y se dirigió a la cocina.

El interior estaba limpio y decorado con buen gusto. Las paredes estaban pintadas en tonos cálidos que invitaban a la tranquilidad del hogar, y en cada rincón se podían ver pequeños detalles que reflejaban la personalidad humilde de su madre. Fotografías enmarcadas de momentos familiares que pasaron juntos adornaban las estanterías, mientras que algunas plantas verdes aportaban vida al ambiente.

Un sofá de tela suave ocupaba el centro de la sala, rodeado de cojines que daban un toque acogedor. Una mesa de café de madera, bien cuidada, estaba decorada con un jarrón que contenía flores, un detalle que añadía frescura al espacio.

A pesar de su modestia, la casa emanaba una sensación de amor y calidez. Era un hogar donde la felicidad y la sencillez coexistían armoniosamente, recordándoles que lo más importante no

eran las posesiones materiales, sino el amor y la conexión que se compartían entre las personas.

Empujó la puerta de la cocina y entró. Su madre ya había terminado de cocinar y colocado la mesa para dos.

—Hijo, has llegado. Vamos, siéntate a comer.

—Hola, mamá.

Se acercó y le dio un beso largo en la mejilla. La miró a los ojos, agradecido de tenerla en su vida aportándole confianza, paz y alegría.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó, preocupada—. Tu corazón…

—Estoy bien —aseguró.

—Pues no lo parece. Algo te pasa. Siéntate y desembucha.

—Mamá…

—Aiden, nunca hemos tenido secretos.

—Está bien. Pero no te va a gustar.

—Si se trata de la venganza que estás preparando, no quiero saber nada.

—Ese desgraciado se lo merece.

—Debes olvidarlo ya, Aiden. No es bueno para tu salud.

—Sabes que no descansaré hasta verlo en la miseria.

—Por favor. Olvídalo.

—Nos echó a la calle como si fuéramos basura.

—Hijo, han pasado muchos años.

—Por fin tengo la oportunidad de hacerlo pagar. No voy a parar hasta conseguirlo.

—Ay, hijo. Tienes que cuidar tu salud…

—Y lo hago, deja de preocuparte.

—Bueno, vamos a comer.

Se sentaron a la mesa frente a dos boles humeantes de sopa de pollo y su madre comenzó con la bendición que nunca faltaba antes de cada comida.

Después comieron con mucha alegría, disfrutando de cada minuto que estaban juntos. Desde que Aiden se había mudado a la mansión del gobernador, se veían muy poco. La vida de aquella

familia tan pública y conocida en toda la ciudad era bastante intensa y ajetreada. Todos los días tenían que acudir a eventos públicos, mostrar vínculos políticos y ejercer caridad a través de las instituciones que poseían.

—Mamá, tengo que decirte algo.

—Dime, hijo. ¿Qué pasa?

—Fui a la boda de la hermana de Megan.

La mujer se puso de pie de un salto y lo miró con el ceño fruncido.

—¡¿Qué dices?!

—El gobernador es amigo de Hans y…

—¿Entraste en esa maldita casa?

—Sí, pero no estaba solo. Amy estaba conmigo.

—Amy… Sabes qué opino de esa muchacha.

—Estamos casados. Tenemos que ir juntos a este tipo de eventos.

—¿Viste a…?

—Vi a Megan —contestó rápidamente—. Sigue igual… Hermosa e inocente.

—Ay, hijo —suspiró, mirándolo con intensidad—. Ese brillo en tus ojos, llevo mucho tiempo sin verlo. Pero yo quería preguntar si viste a Hans.

—Ah, sí —gruñó.

—¿Y te reconoció? ¿Te dijo algo?

—No me reconoció, y no sé si sentirme aliviado o no.

—Aliviado, hijo. No quiero pensar lo que hubiera hecho…

—Nada, no habría hecho nada. Estábamos rodeados de gente que lo diviniza.

—Estaba tranquila hasta ahora. —Se sentó en la silla y resopló.

La mujer llevaba en su rostro las huellas de una vida llena de desafíos, pero nunca dejó que esas arrugas se convirtieran en un lamento. Cada línea era una historia, una lección aprendida, un sacrificio hecho por amor, por la familia. A pesar de las adversidades, mantenía una sonrisa cálida y una mirada vivaracha.

Su fortaleza era un ejemplo para Aiden, quien admiraba la forma en que su madre enfrentaba la vida con dignidad y gracia. En la cocina, mientras preparaba las comidas, ella solía compartir con él sabiduría en forma de recetas, convirtiendo cada ingrediente en una metáfora de la vida: la sal para los momentos difíciles, el azúcar para las alegrías, y el fuego para los retos que había que superar. El reto de su madre fue reencontrar la ilusión de vivir después de la pérdida súbita de su marido, de volver a reencontrar la ilusión para cocinar ya que era chef en un restaurante bastante exclusivo.

Aiden aprendió que el sufrimiento podía ser parte de la existencia, pero que también había belleza en la resiliencia y la capacidad de seguir adelante. Esa lección se convirtió en la base de su propia vida cuando se marcharon de aquella maldita mansión.

—No te preocupes, mamá. Sé cuidarme bien.

# Capítulo 7

Megan bajó a la cocina para pedirle al cocinero que les preparara el desayuno y luego fue al salón para revisar el correo. Había facturas de luz, de gas, peticiones para recaudar fondos, propagandas, catálogos de muebles, revistas de moda y un sobre negro que tenía escritas unas letras doradas muy bonitas.

La joven enseguida supo lo que era y esbozó una sonrisa que iluminó su rostro. Cogió la carta y subió los escalones corriendo. Recorrió el pasillo a toda prisa y cuando llegó frente al dormitorio de sus padres, llamó a la puerta apurada.

—Mamá, ¿estás despierta? ¿Puedo entrar?

Volvió a llamar hasta que escuchó la voz ronca de la mujer, contestándole.

—Ahora estoy despierta.

La joven entró y caminó hacia la cama y como no se atrevió a quitar la sábana que la cubría, se quedó parada en su lugar, esperando.

—Habla, ¿qué quieres ahora?

—Ha llegado una invitación. De la ópera…

—¿Y para eso me molestas? Sabes que odio ir a ese lugar.

—Pero yo quiero ir. Por favor.

—Vete si quieres. —Apartó la sábana que cubría su rostro —. Pero no llegues tarde, hay que hacer las tareas con tus hermanos. Sabes que este fin de semana tu padre no está.

La mujer tenía el rostro cansado y bajo sus ojos castaños enormes se podían percibir unas ligeras ojeras.

—Pueden hacerlos solos, ya no son unos niños.

—Quiero dormir, Megan. —Volvió a taparse la cara con la sábana—. No me molestes más.

La joven soltó un suspiro tembloroso y dio un paso hacia atrás. Su madre siempre la había tratado de esa manera, con distancia y frialdad, como si no la hubiera deseado. Volvió a suspirar y abandonó la habitación.

Recorrió el pasillo y después de avisar a sus hermanos de que podían bajar a desayunar, entró en el vestidor. Necesitaba encontrar un vestido elegante para aquella noche, para sentir que encajaba con el ambiente sofisticado que se respiraba en el Metropolitan Opera House, un edificio que impresionaba de igual manera por dentro que por fuera.

Revisó el armario, sumergiéndose entre las telas y colores, recordando cada evento al que había asistido. La ópera era su escape, un momento en el que podía sumergirse en historias de amor y tragedia mientras la música la envolvía. Era el único lugar en el que no sentía rechazo hacia la ropa elegante.

Finalmente, sus ojos se posaron en un vestido negro largo, con detalles de encaje en las mangas y una silueta que acentuaba elegantemente su figura. Era perfecto. Al probárselo, se sintió transformada, como si la prenda la conectara con el *glamour* de la ópera. Se miró en el espejo, imaginando cómo se vería bajo las luces del escenario, rodeada de otros amantes de la música.

Con una sonrisa satisfecha, decidió complementarlo con unos pendientes brillantes y unos tacones elegantes. Esa noche no solo asistiría a la ópera, sino que también se convertiría en parte de la magia que tanto adoraba. Con el vestido elegido, estaba lista para disfrutar de una velada inolvidable.



La tarde pasó volando y sobre las ocho de la noche, Megan, vestida elegante y muy impaciente, se subió en el coche familiar rumbo a la ópera. Le indicó la dirección al chófer y se reclinó en el asiento. Colocó su pequeño bolso negro de terciopelo encima de sus rodillas y miró por la ventana. Desde hacía unos años el barrio donde vivía siempre estaba desierto y la calle poco transitada. Era un lugar demasiado tranquilo. Una tranquilidad que Megan encontraba aburrida. Echaba de menos las alegrías, las charlas y las risas que se echaba con sus compañeros de instituto y Aiden… No quería pensar en él, pero no podía evitarlo. Sus mejores recuerdos estaban vinculados a él.

El viaje fue corto y no tardaron en llegar al Metropolitan Opera House. Tuvieron que esperar un rato, la fila de coches lujosos que se alineaban frente a la entrada parecía no tener fin.

Las luces brillantes del cartel anunciaban la función de la noche, y el murmullo de la gente que llegaba creaba una atmósfera vibrante. Megan sintió una oleada de emoción recorriéndola por dentro; cada vez que estaba allí, el aire parecía impregnarse de arte y cultura.

Mientras subía los escalones hacia la entrada, observó a las parejas elegantemente vestidas, las mujeres con vestidos deslumbrantes y los hombres con trajes impecables. Se sintió un poco nerviosa, pero también emocionada por ser parte de ese

mundo. Al entrar, el vestíbulo la envolvió con su esplendor: candelabros brillantes, mármol pulido y una decoración que hablaba de historia y elegancia.

Siguió a la multitud en silencio y después de enseñar su entrada VIP al personal, caminó por la alfombra de color rojo saludando con una inclinación de cabeza a los conocidos. Tenía amigos, pero a ninguno le gustaba la música clásica, así pues siempre acudía a los eventos sola. Su padre la acompañó un par de veces, pero más para cumplir con sus obligaciones financieras.

Mientras subía al balcón, recordaba la última vez que había estado allí. Fue hacía unos meses, cuando aprobó un examen muy difícil y estaba tan contenta que ni siquiera fue consciente de lo que había pasado a su alrededor. Al día siguiente se enteró de que uno de los espectadores se había desnudado por completo y corrió desnudo por toda la sala.

Apartó la cortina y tomó asiento en una de las cuatro sillas que había. Sacó un binocular dorado de su bolso para observar con mayor detalle el espectáculo y el escenario, y se reclinó en el asiento.

La música no tardó en envolver el aire y las notas vibrantes resonaron en su corazón. El murmullo de los asistentes se desvaneció a medida que las luces comenzaron a atenuarse, y el telón se levantó, revelando un escenario mágico. En ese momento se sintió libre, como si el mundo exterior se disipase. La historia la atrapó, y cada área la transportó a un lugar donde los sueños y la realidad se entrelazaban. Con una sonrisa en el rostro, sabía que aunque estaba sola, la magia de la ópera la acompañaba, llenando su alma de emoción y esperanza.

De repente, escuchó unos fuertes gritos detrás de la cortina del balcón y toda la magia que estaba sintiendo en ese momento se esfumó de golpe.

—¿Qué pasa ahora? —gruñó a la vez que se ponía de pie, furiosa.

Apartó la cortina y agrandó los ojos cuando vio a dos mujeres vestidas elegantes, peleándose y tirándose de los pelos con violencia.

—No hagáis esto, no aquí. ¿Qué os pasa?

Megan enseguida se metió entre ellas para separarlas, pero fue empujada hacia atrás con tanta fuerza que cerró los ojos esperando el doloroso impacto contra el suelo.

Pero nunca llegó. En su lugar, sintió unos fuertes brazos agarrándola por la cintura, envolviéndola con su calor. Era una sensación tan agradable que no quería abrir los ojos, pero los gritos de las dos mujeres la hicieron volver a la realidad. Parpadeó despacio y miró a su alrededor. Ellas seguían peleándose, como si nadie más estuviera allí, como si nadie la estuviera abrazando…

Enseguida se enderezó y trató de apartar los brazos que rodeaban su cintura, pero no lo consiguió. Volvió a intentarlo hasta que escuchó una voz familiar susurrándole al oído:

—¿Estás bien? ¿Te han hecho daño, Megan?

# Capítulo 8

La joven dio un paso hacia adelante, alejándose de Aiden, y durante unos segundos olvidó respirar. ¿Qué hacía él allí? Mejor dicho: ¿Qué hacía él allí abrazándola?

Giró sobre los talones y sus miradas se encontraron de manera fija. Sintió que las rodillas le temblaban. Aspiró con fuerza el aire, frustrada ante su momentánea debilidad. La expresión de Aiden era ceñuda, sin embargo podía distinguir en ella parte de la dulzura que había recibido en el pasado, cuando él vivía en la mansión. Recordar aquellos momentos la hacía darse cuenta de que nunca había dejado de quererlo. Se había enamorado de él nada más verlo y a una edad temprana, pero nunca lo había olvidado. Aiden era su primer amor, su primera ilusión y la persona en la que más había confiado. Con él aprendió a amar y a hacer estupideces por amor, con él sintió por primera vez las mariposas en el estómago, con él se había imaginado la vida entera. Pero también experimentó lo que era estar sola y echar de menos a alguien cuando él y su madre se fueron.

—¿Te encuentras bien? —volvió a preguntar él, mirándola con inseguridad, como si se sintiera culpable de algo.

—Estoy bien —respondió intentando infundir valor a sus palabras.

—No lo parece, estás temblando.

La voz de Aiden sonó más suave, pero no menos firme.

—Es que… Estoy sorprendida, nada más. No me esperaba verte aquí.

—¿En la ópera o en la zona VIP?

—Las dos cosas. —Giró la cabeza para mirar a las mujeres y vio que ellas habían dejado de pelear.

No obstante se miraban fijamente y jadeantes, como si quisieran matarse. Parecían de la misma edad, las dos altas y rubias, con una silueta esbelta. Cualquiera podría decir que eran hermanas.

Llevaban puestos vestidos largos y escotados, y tacones de aguja negros.

—No es la primera vez que vengo —dijo Aiden, pero ella no le hizo caso.

Se acercó a ellas y puso una cara seria antes de hablar.

—Debería avisar a seguridad. Estáis montando un espectáculo vergonzoso.

—Esto no es asunto tuyo —escupió una de ellas, sin siquiera mirarla—. Vete y déjanos resolver esto como es debido.

—¿Peleando como si fuerais gatas en celo?

—¡Oye! Cuida esa boca, muchacha, que te traerá problemas —gruñó la otra. Se acercó a ella y la agarró por el brazo con fuerza—. No te metas o…

—¿O qué? ¿Vas a agarrarme por los pelos también? Inténtalo, vamos.

—¿Os queréis tranquilizar? —Aiden dio un paso hacia adelante y atrajo a Megan hacia él—. Si tenéis problemas, resolvedlos en otra parte sin molestar a los que estamos aquí, tratando de disfrutar de un buen espectáculo. Por favor, salir fuera.

—Hemos pagado las entradas.

—Por favor, no me hagáis llamar a seguridad. Os aseguro que no volveréis a pisar este lugar.

—Está bien, me voy. —Accedió a la vez que alzaba la barbilla, desafiante—. Que sepas que es tu marido quien me busca. Así que deberías pelearte con él, no conmigo.

—Eso no es verdad —contestó la otra indignada—. He visto con mis propios ojos cómo lo esperabas a la salida del trabajo.

—¿Yo? Creo que no ves bien.

—Señoras, os pido que salgáis. No lo voy a repetir más veces —espetó Aiden, levantando el tono de voz.

Se miraron mal una vez más y luego se fueron, dejándolos solos.

La música aún sonaba, envolviendo el ambiente en un aura de emoción y dramatismo. Las notas flotaban en el aire, evocando pasiones intensas y relatos conmovedores. Megan se dio

la vuelta y caminó hacia la cortina del balcón, deseando seguir disfrutando del espectáculo.

—¿Te vas así sin más?

—No tenemos nada de qué hablar.

—Estás muy guapa. Te ves hermosa con este vestido.

—¿En serio? —Se giró hacia él—. ¿No tienes vergüenza?

—Depende…

Cerró la distancia que los separaba y la miró con fijeza a los ojos, tratando de leer su expresión. Siempre había sido capaz de hacerlo, pero en ese momento no sabía lo que pasaba por su cabeza. Habían pasado muchos años y al parecer había perdido aquella habilidad.

Megan sintió un vuelco en el estómago, pero le mantuvo la mirada a pesar de que sentía un calor que le recorría el cuerpo. La sangre le palpitaba, las mejillas le ardían y la tensión alcanzó su punto máximo.

—Depende de la situación, de la persona… Ahora mismo me siento tentado de cometer una locura.

—Locura…

—Besarte. Quiero besarte, Megan. —Bajó la mirada a sus labios.

—¿Qué? —preguntó atónita por su descaro—. No estás en tus cabales. Eres… Dios, ¿qué pasa contigo? —jadeó.

Dio dos pasos hacia atrás y su espalda chocó contra la pared haciendo un ruido hueco. No tenía escapatoria.

—Me he dado cuenta de que la vida puede acabar en cualquier momento y no quiero quedarme con cosas por decir o hacer.

—Eres joven, ¿por qué piensas que vas a morir?

—Porque… —Alargó una mano y la colocó en su hombro —. Porque he tenido la desgracia de toparme con la muerte.

—¿Eh?

Alzó la mirada y sus ojos volvieron a conectarse con los de él. El pulso se aceleró y sintió una mezcla de tristeza y desconcierto, algo que no estaba acostumbrada a sentir por alguien. Quería

abrazarlo y a la vez abofetearlo. ¿Qué demonios le estaba pasando? Aiden era un hombre casado.

—Deberías irte. Vuelve con tu mujer.

—Megan… Hay tantas cosas que quiero decirte.

—Has tardado diez años —susurró—. Diez años… y solo éramos amigos. Nada más.

—Lo sé y lo siento.

—Vete, por favor. No necesito tus disculpas. Me estás haciendo daño. Vete.

Aiden soltó un suspiro tembloroso, incapaz de hacer nada que no fuera asentir con la cabeza. Lo último que quería era lastimarla más. Además, su mente solo pensaba en la venganza que estaba preparando. Ese desgraciado no solo había humillado a su madre, también le arrebató a Megan. Eran amigos, pero se había enamorado de ella. Su primer amor… Aún recordaba cómo se sentía cuando estaban juntos, cada roce inocente, cada mirada y cada sonrisa. Aquel entonces era feliz.

Megan fue la única persona que lo hizo sentirse diferente, único. Quería que ella supiera todo aquello, pero tal vez era demasiado pronto. Tal vez debería esperar un poco más.

—Nos volveremos a ver y espero que entonces quieras escuchar lo que tengo que decir.

La joven no contestó. Se dio la vuelta y apartó la cortina con las manos temblorosas. Se sentó en una de las sillas y miró hacia el escenario.

Los personajes, vestidos con trajes elaborados, se movían con gracia y sus voces resonaban con poder y claridad. Cada aria y cada coro contaban historias de amor, traición y redención, cautivando a todos los presentes. La iluminación tenue acentuaba la belleza de la escena, mientras el público, absorto, se dejaba llevar por la magia de la música y la narrativa. Quería dejarse llevar también, pero su corazón latía tan fuerte que le nublaba la vista. Colocó una mano en el pecho y respiró hondo un par de veces para tranquilizarse.

El atrevimiento de Aiden la había acalorado del todo. ¿Por qué se comportaba de esa manera con ella? No era justo, despertaba todos

esos sentimientos que había tratado de mitigar con esmero, sentimientos peligrosos que solo hacían daño. No, no podía volver a encontrarse con él. Debía mantener cierta distancia para proteger su corazón. Solo ella sabía cuánto dolor sintió cuando se separaron.

Se puso de pie y cogió su bolso. Echó una última mirada al escenario antes de abandonar el balcón y suspiró. Estaba huyendo, pero era lo que necesitaba en ese momento. El encuentro con Aiden le había alterado el sentido común y necesitaba ordenar sus pensamientos.

Además, el destino ya había decidido que no estaban hechos para estar juntos.

# Capítulo 9

Aiden miró hacia el balcón de Megan y al ver que estaba vacío, sintió cierta tristeza y una sensación de pérdida. Le había gustado volver a verla. No solo era preciosa, sino terriblemente atractiva. Disfrutó de las vistas y también deseó tocarla, tomarla entre sus brazos y besarla. ¿Besarla? Sí, con una pasión profunda y casi desesperada.

Se prometió a sí mismo que trataría de contenerse hasta que encontrara la manera de librarse de Amy. Divorciarse no era una buena idea, necesitaba estar casado con ella para llevar a cabo su venganza. Además, eso iba a ser algo difícil de lograr. Pero le resultaba imposible resistirse al fervor que la presencia de Megan ejercía sobre él.

Intentó anular el tormento que sentía centrándose en el espectáculo. A su derecha estaba Amy sentada y aunque contemplaba absorta el escenario, lo vigilaba de reojo. Sus suegros estaban sentados atrás y conversaban de vez en cuando susurrándose al oído.

Se reclinó en el asiento y durante una hora disfrutó de la excelente música y una representación escénica impecable.



Abandonaron el balcón y nada más llegar al vestíbulo principal se encontraron con varios miembros del Círculo Dorado. Amy y su madre se despidieron, dejando a Aiden rodeado de hombres ricos y poderosos vestidos con trajes impecables.

—Vamos al club. Esta noche hay una ceremonia.

—Ah, entonces démonos prisa —contestó el gobernador —. A Hans no le gusta esperar.

Aiden les siguió en silencio y se montó en el coche del gobernador bastante inquieto. Era la primera vez que iba al club y no quería cometer ninguna imprudencia y que el padre de Megan descubriera quién era en realidad.

Habían mencionado una ceremonia y aquello lo intrigaba. Sabía que ocurrían cosas raras dentro de la organización, pero nunca había tenido la oportunidad de averiguar algo más.

—Tu primera vez, ¿eh?

—Sí, señor.

—No tienes que decir ni hacer nada. Nos encargaremos nosotros de todo —habló su suegro.

—¿Vamos a asistir a una ceremonia?

—Sí, pero no te asustes. Lo que vamos a hacer esta noche es para nuestro propio bien. Es una tradición que la familia de Hans sigue desde hace muchos años.

Abrió la boca para preguntar más, pero la cerró de inmediato. No quería dar la impresión de que estaba demasiado interesado en lo que iba a ocurrir. Nadie podía saber cuáles eran sus verdaderas intenciones, nadie podía saber que había accedido a casarse con la hija del gobernador solo para llevar a cabo una venganza contra Hans.

El viaje fue corto y no tardaron en llegar frente a un lujoso edificio. Para Aiden aquel lugar era desconocido, y mientras se bajaba del coche trataba de encontrar valor para afrontar ese nuevo desafío.

Los otros vehículos llegaron también y luego entraron todos en el interior. Les recibió una atmósfera de opulencia, un tanto exagerada para Aiden que odiaba el lujo y el *glamour*. Había dos guardias de seguridad que les llevaron a un amplio estudio que tenía en el centro una mesa grande de madera maciza para más de quince personas. Frente a los ventanales había dos carritos con bebidas y vasos de cristal.

Todos tomaron asiento y empezaron a conversar, solo Aiden se había quedado de pie porque no sabía dónde sentarse.

—Ven aquí —indicó el gobernador a la vez que señalaba el asiento vacío que estaba frente a él.

—Sí, señor.

De pronto la puerta se abrió y entró Hans, vestido con un traje blanco y corbata roja brillante bien colocada. Se acercó a la mesa y levantó en el aire una carpeta de cuero que tenía en la mano.

—Ya sabéis lo que es esto.

Todos asintieron con la cabeza, solemnes.

—Veo caras nuevas. —Miró a Aiden.

—Sí, es mi yerno —dijo rápidamente el gobernador.

—Ah, bienvenido, joven. Aquí somos una gran familia y nadie es más que el otro.

Sus ojos se encontraron por un instante.

—Gracias.

—Esta noche es especial —prosiguió—. El futuro del país está en nuestras manos, señores, no podemos descuidar el ritual.

Abrió la carpeta y repartió una hoja a cada uno, luego dejó un bolígrafo negro en el centro de la mesa.

Los hombres empezaron a firmar en las hojas mientras Aiden se preguntaba qué iba a pasar. Echó una mirada rápida a lo que ponía en el papel y vio que era un acuerdo de confidencialidad. ¿Para qué necesitaba Hans aquello?

—Tienes que firmarlo.

Su suegro le entregó el bolígrafo y no tuvo más remedio que obedecer, trazando cada letra de su nombre y luego una línea corta debajo.

Hans recogió las hojas y las guardó en su carpeta, luego informó:

—Bueno, vamos a salir. Ya está todo preparado junto al lago. El médico está de camino.

Se pusieron todos de pie y siguieron a Hans por un largo pasillo iluminado con antorchas. Cuando llegaron al final se pararon frente a un perchero grande donde había colgadas túnicas blancas y capirotes, capuchas puntiagudas.

Aiden sintió que el aire se volvía denso cuando vio aquello, mientras sus pensamientos se agolpaban en su mente. La imagen de las túnicas y capirotes lo llevó a recordar historias de un pasado oscuro, de rituales y secretos. Pero en su interior, la ira y el deseo de venganza lo mantenían firme. Con el corazón latiendo con fuerza, se vistió, pero no se puso el capirote.

Salieron al exterior y cruzaron un jardín pobremente iluminado, y las plantas y los árboles a su alrededor no eran más que sombras y oscuridad. Caminaron en silencio hasta que llegaron frente a una estructura de madera, cubierta de ramos de flores y enredaderas marchitas. La edificación parecía antigua, como si hubiese sido olvidada por el tiempo.

Hans se detuvo y con un gesto de mano les indicó que la rodearan. Aiden sintió un escalofrío recorrer su espalda al acercarse, como si el aire dentro estuviese cargado de secretos y presagios. Miró con atención aquella estructura, deteniéndose en los símbolos extraños y el altar que se alzaba en el centro, cubierto de objetos que evocaban un sinfín de rituales. Parecía que cada rincón respiraba historia y peligro.

El padre de Megan, con voz grave, comenzó a explicar como de costumbre el propósito de su reunión. Habló de un antiguo pacto, de una fuerza que necesitaban invocar y de sacrificios que tendrían que realizar para lograr su objetivo. Aiden, aunque lleno de dudas, sabía que no había vuelta atrás. Su mente estaba centrada en la venganza y en la posibilidad de encontrar pruebas que hundirían el destino de Hans para siempre.

Todos llevaban puestos los capirotes y con las antorchas en las manos parecían miembros de Ku Klux-Klan. Se le pusieron los pelos de punta mientras pensaba en aquello y en la historia que esos trajes evocaban. La imagen lo perturbaba, recordándole los horrores del odio y la violencia. Sin embargo, a medida que se adentraban en la ceremonia, Aiden trató de apartar esos pensamientos. La urgencia de su misión lo empujaba hacia adelante, y el deseo de desatar su venganza era más fuerte que cualquier inquietud.

El grupo se alineó ante el altar, y Hans comenzó a recitar palabras en un idioma antiguo mientras las llamas de las antorchas danzaban en la penumbra. Aiden sintió que el ambiente se cargaba de energía, una mezcla de anticipación y temor. El aire olía a cera derretida y hierbas desconocidas, y la atmósfera se volvía cada vez más tensa.

En ese instante se escuchó el llanto de un bebé y todos se quedaron en silencio. Aiden giró la cabeza y vio a un hombre vestido solo con la túnica blanca acercándose a ellos. En sus brazos tenía un bebé, un bebé tan pequeñito que parecía recién nacido. No daba crédito a lo que veía y dudó un instante sobre si decir algo o no. Pero finalmente cerró los labios con fuerza y volvió la mirada. No le convenía levantar sospechas.

# Capítulo 10

Megan llegó a casa y lo primero que hizo fue entrar en la biblioteca. Necesitaba leer, distraerse de algún modo para no pensar en Aiden. Sabía que su padre no estaba, siempre faltaba el primer fin de semana de agosto.

Eligió un libro al azar de la segunda estantería y al pasar por el lado derecho del escritorio vio que el primer cajón estaba entreabierto.

La vez anterior tuvo que cerrar el segundo cajón. Últimamente su padre parecía despistado y perdía el control sobre pequeños detalles. Megan sintió una punzada de curiosidad y, sin pensarlo demasiado, se acercó al escritorio.

Con un movimiento rápido, abrió el cajón y se encontró con una serie de cartas desordenadas. La mayoría estaban dirigidas a su padre, pero una en particular llamó su atención. Tenía un sello que no reconocía, pero una caligrafía elegante que le pareció familiar.

Decidida a descubrir lo que había en el interior, se sentó en el suelo, con el libro olvidado a su lado, y sacó el papel. Nada más desdoblarlo supo que algo andaba mal. Aquello era un certificado de nacimiento.

Sintió que su corazón se detenía por un momento. El certificado de nacimiento, con su nombre claramente escrito, confirmaba que era suyo, pero los nombres de los padres eran completamente desconocidos. Se quedó mirando la carta, intentando procesar lo que estaba viendo.

La escritura estaba algo desgastada, como si hubiera sido leída muchas veces y cada palabra pareciera cargar un peso significativo. ¿Por qué su padre nunca había mencionado aquello? ¿La habían adoptado?

Tuvo la sensación de que había abierto una puerta a una parte de su vida que nunca había conocido. Decidida a descubrir la

verdad, comenzó a recopilar todas las cartas, buscando pistas que la llevaran a entender no solo a su padre, sino su propia identidad. Fue entonces cuando se dio cuenta de que su búsqueda apenas comenzaba.

Cerró el cajón y abandonó la biblioteca de inmediato. Pasó por la cocina para coger una botella de agua y subió a la habitación. Guardó todo lo que había cogido debajo de la cama y entró en el cuarto de baño para quitarse el vestido y ducharse. La esperaba una noche larga y llena de preguntas.

Mientras el agua caía sobre su piel, sentía cómo cada gota la purificaba de las dudas y miedos que habían comenzado a aflorar. Su mente no podía dejar de pensar en las cartas; cada una era un susurro del pasado, una ventana a secretos que su padre había decidido mantener cerrada.

Después de la ducha se vistió con una camiseta cómoda y unos pantalones de pijama. Se sentó en el borde de la cama con la botella de agua en una mano y con el libro en la otra. La luz de la lámpara iluminaba tenuemente la habitación, creando un ambiente propicio para la reflexión. Recordaba fragmentos de conversaciones con su padre, momentos que ahora parecían cargados de un significado diferente. ¿Cuántas veces había sonreído él al hablar de su infancia sin revelar más? ¿Quién era realmente su padre y qué historia había escondido?

La búsqueda de su identidad se había convertido en una misión personal, y estaba decidida a desentrañar los misterios que la rodeaban.

Al día siguiente Megan comprobó que sus hermanos habían hecho las tareas y luego desayunó sola en la cocina.

—¿Va a necesitar el coche hoy, señorita? —preguntó el chófer. Había entrado para coger unos sándwiches que preparó el cocinero para él.

—Sí. Quiero ir al hospital.

—¿Está enferma? Puede llamar al médico y…

—Estoy bien —aseguró. Solo quiero hacer una consulta. Come tranquilamente y luego nos vamos.

Dio el último mordisco a su tostada con mermelada de frambuesas y se puso de pie. Masticó despacio y se bebió el té. Llevó la taza y el plato al fregadero y se lavó las manos. Ajustó el bolso sobre su hombro y salió de la casa por la puerta trasera. Cruzó el jardín sin detenerse y se dirigió al coche que la esperaba. El chófer, un hombre de confianza que había estado a su lado desde que tenía memoria, la miró con preocupación, pero no dijo nada. Sabía que, a veces, las decisiones más importantes se tomaban en silencio.

El trayecto al hospital fue corto, pero cada minuto se sintió como una eternidad. Sus pensamientos giraban en torno a la conversación que había mantenido con su padre en el pasado, las historias que nunca le contó y las preguntas que ahora la atormentaban. ¿Qué información podría encontrar en el hospital? ¿Había algo relacionado con su familia que necesitaba conocer?

Al llegar se sintió un poco nerviosa. El bullicio del lugar, las voces de los pacientes y el sonido de los equipos médicos la rodeaban, pero estaba decidida. Se acercó a la recepción y preguntó por el médico que era muy amigo de su padre y mientras la mujer comprobaba si estaba de turno esa mañana, escuchó una voz familiar a sus espaldas. Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Aiden. Estaba acompañado de una enfermera que lo miraba con impaciencia.

—No tengo todo el día. Dime cómo es físicamente —dijo ella con voz acelerada.

—Es de estatura media, delgado, lleva gafas y tiene el pelo canoso, recogido en una coleta —contestó Aiden, mirando a Megan de reojo.

—Ah, es el doctor Hoffman. Es pediatra.

—Pediatra… —susurró para sí mismo—. Gracias. No te entretengo más.

—Adiós. Cuídate.

La enfermera se fue y Aiden dio un paso hacia adelante para estar más cerca de Megan.

—Nos volvemos a encontrar —dijo él—. Últimamente sucede a menudo. ¿Pasa algo? ¿Estás enferma?

—Estoy bien…

—El doctor Hoffman no trabaja este fin de semana —informó la recepcionista mientras tecleaba en el ordenador.

Aiden enseguida frunció el ceño.

—Ah, gracias.

—Si quieres, le dejaré un mensaje para que se ponga en contacto contigo el lunes.

—Sí, por favor.

Se despidieron con una inclinación de cabeza.

—Ven conmigo —dijo Aiden a la vez que la agarraba por el brazo.

—Espera… Suéltame, ¿qué haces?

Tiró de su brazo para liberarse, pero no lo consiguió.

Vio que la gente estaba mirándolos con fijeza y dejó de protestar, pues no quería montar una escena. No era una persona conflictiva, sabía controlar sus impulsos. Lo había aprendido durante años, por obligación, para no manchar la reputación de su padre. Él era muy severo cuando se trataba de intervenir en cualquier escándalo relacionado con su familia.

Lo siguió en silencio hacia la salida del hospital, dubitativa.

Un aire gélido les recibió y ella se soltó y se frotó los brazos para entrar en calor, dejando que el débil sol le acariciara las mejillas. Bajaron los escalones y se pararon frente al aparcamiento, que estaba abarrotado en ese momento.

—¿Tienes frío?

—Estoy bien. ¿Qué quieres, Aiden? No me gusta que la gente nos vea juntos.

Lo miró de soslayo, no quería que él se diera cuenta de que lo estaba examinando. Había pasado mucho tiempo desde que lo vio por última vez y él había cambiado mucho físicamente.

—Preguntaste por el doctor Hoffman, ¿por qué? Parece que tenemos el mismo interés.

—Pregunté porque necesitaba… —Hizo una breve pausa para pensar—. Uno de mis hermanos está muy débil últimamente. Quiero que le haga un examen para recetarle algunas vitaminas.

—Ah, era eso.

Dio un paso hacia adelante y la miró a los ojos. Tenía una extraña sensación en el estómago de que ella estaba mintiendo, pero su expresión no mostraba nada.

—¿Conoces bien al doctor Hoffman? —inquirió.

—Solo de haberlo visto en algunas consultas, cuando era más pequeña. Es amigo de mi padre.

—Entiendo.

Metió las manos dentro de los pantalones y chasqueó la lengua, frustrado. Quería averiguar más cosas, pero parecía que Megan no estaba al tanto de los asuntos de Hans. Desde que había llegado a casa, de madrugada, no había dejado de recordar cada detalle de aquella extraña ceremonia. Lo que más lo impactó fue la aparición del doctor Hoffman con el bebé.

—Bueno, yo me voy.

—Espera… —Dio otro paso hacia adelante, bloqueándole el camino—. Vamos a tomar algo. Además… —Miró la hora en su reloj de pulsera—. ¿Comemos juntos?

—No, y no insistas. Dejemos las cosas como están.

—Por favor. Hay algo que me gustaría hablar contigo.

—No…

—Solo esta vez. Escucha lo que tengo que decir y luego decides si nos volveremos a ver más o no.

Megan se quedó en silencio, contemplando el suelo. No sabía si sería correcto ir con él. Por un lado le encantaba la idea de sentarse a hablar como en los viejos tiempos, pero por el otro temía que aquella invitación tuviera intenciones ocultas.

Desde que se separaron hacía diez años, no había conseguido entablar una verdadera relación de amistad con ningún otro chico. Dio un pequeño paso atrás, evaluando sus opciones.

—Está bien —accedió, levantando la vista.

Aiden sonrió, un gesto que le resultaba familiar, pero que también le provocaba desconfianza.

—Gracias. Vamos, conozco una cafetería aquí cerca.

Megan sintió un tirón en su corazón mientras caminaba a su lado. La idea de revivir viejos recuerdos era tentadora, pero

también aterradora.

# Capítulo 11

Entraron juntos a la cafetería y se sentaron uno frente al otro. Estaba bastante llena, pero encontraron sitio frente al ventanal que daba a la calle.

El local era grande y tenía sillas de madera oscura dispuestas en grupos acogedores. Las paredes estaban decoradas con arte local y las estanterías llenas de tazas multicolores, creando un ambiente cálido y relajante. La luz suave que entraba por los grandes ventanales iluminaba el lugar, mientras que el aroma del café recién hecho llenaba el aire. Al fondo, un camarero servía bebidas con destreza, y los clientes conversaban animadamente, disfrutando de su tiempo en ese refugio.

Los clientes se sentaban en las mesas, algunos con los portátiles abiertos, otros sumidos en conversaciones animadas. La combinación de sabores y el murmullo suave de las charlas hacían de aquel lugar un rincón perfecto para relajarse y disfrutar de un momento especial.

Megan se puso a hojear el menú para intentar disimular un poco su nerviosismo. Estaban juntos, después de diez años, y seguía sintiéndose atraída por él.

Al rato se acercó una camarera.

—Buenos días. ¿Qué vais a tomar?

—Yo quiero un café con leche —contestó Megan.

—Yo también.

La camarera asintió y se fue, dejándolos solos.

—Bueno…

Aiden se pasó una mano por la cara para intentar borrar el cansancio y la vergüenza que le provocaba ser consciente de que le debía una explicación plausible a Megan por no haber cumplido su promesa.

No obstante, seguía perturbado por lo que vio en la ceremonia y no estaba seguro de si iba a poder concentrarse. Saber

que el padre de Megan había usado a un bebé en su ceremonia le ponía enfermo.

—Estoy esperando. ¿Qué quieres decirme?

—Sí…

La camarera apareció justo entonces con lo que habían pedido y él dejó de hablar. Esperó hasta que la mujer se retiró y tomó una bolsita de azúcar para evitar mirar a Megan a los ojos. No podía hacerlo mientras le iba a contar una historia que le afectaba emocionalmente.

—Bueno, gracias por aceptar mi invitación —dijo con voz seria—. Hicimos una promesa hace diez años y no la cumplí. Lo siento. Lo que pasó fue que…

—¿Megan? ¿Eres tú? —preguntó una joven vestida de monja que se acercaba a la mesa.

—Eh, sí… —Ella la miró con detenimiento durante un rato y luego prosiguió a la vez que se ponía en pie: —¿Ana?

—Sí, soy yo.

Las dos sonrieron y luego se abrazaron.

—Han pasado diez años… —susurró Ana—. No has cambiado mucho. Sigues igual de hermosa.

—Gracias. Veo que seguiste tu vocación.

—Sí, estoy muy feliz. Viajamos mucho a varios países en guerra para entregar ayuda humanitaria y rescatar a refugiados. También ayudamos en los hospitales.

—Oh, que bien.

—Bueno, no quiero interrumpiros más —dijo mirando a Aiden a modo de disculpa. Me alegro de haberte visto, Megan. Si tienes tiempo, pásate alguna vez por la Iglesia de San Pablo.

—Lo haré.

Se despidieron con una sonrisa.

Megan se sentó en la silla y abrió una bolsita de azúcar. Echó el contenido en el café y removió con la cuchara, despacio. Dio un largo trago antes de mirar al extraño que estaba sentado frente a ella. Era un extraño para ella, lo único familiar que reconocía y le agradaba era su sonrisa, pero solo la había visto un par de veces desde que volvieron a reencontrarse.

—Bueno, ¿qué decías?

—Ah, sí. —Empujó la taza vacía y respiró hondo antes de volver a hablar—. Hicimos una promesa…

—La hicimos, sí, y solo yo la cumplí. Me sentí como una tonta aquel día.

—Lo siento…

—No sé porque quieres hablar ahora de esto. Me hace sentir incómoda. Han pasado muchos años, estás casado y…

—Porque te debo una explicación, Megan.

Se miraron a los ojos durante un largo momento, perdiendo la noción del tiempo, hasta que al fin se oyó una risa colorida en la mesa de al lado.

—No sé si tiene sentido que hablemos de esto. Tú ya tienes tu vida hecha y se ve que eres feliz.

—¿Feliz? Estás equivocado.

—Entonces no hagas que sea mi problema.

—No es mi intención.

Volvieron a mirarse en silencio, intercambiando miradas serias.

—Si mi padre nos viera ahora mismo… —murmuró la joven y Aiden apretó los labios con fuerza.

—No lo menciones, por favor.

Los recuerdos de la ceremonia lo asaltaron, volvieron a su cabeza como un relámpago y se sintió debilitado. Su corazón empezó a acelerarse y su vista a temblar hasta que se volvió borrosa. Aquello le resultaba familiar y sabía lo que iba a pasar a continuación, pero se negó a aceptarlo. Intentó aferrarse a la realidad, al rostro preocupado de Megan y a las risas que lo rodeaban, pero el mundo comenzó a desvanecerse. Las conversaciones se convirtieron en murmullos lejanos, y la luz se tornó en un brillo cegador. Su cuerpo se sentía pesado, como si un peso invisible lo empujara hacia abajo.

Las piernas flaquearon y, a pesar de sus intentos por mantenerse erguido, se sintió caer, como si el suelo se acercara rápidamente. El último pensamiento que cruzó su mente fue un intento de recordar por qué estaba allí, pero la oscuridad lo envolvió,

llevándolo a un abismo donde la conciencia se desvanecía lentamente. Todo se apagó en un instante, dejando solo un eco de lo que había sido.



Aiden abrió los ojos y parpadeó para acostumbrarse a la luz. Su visión se aclaró y miró a su alrededor. Gruñó cuando reconoció el lugar; una desoladora habitación del hospital. El olor a desinfectante llenaba el aire, y el sonido lejano de un monitor le hizo sentir un escalofrío.

—Mierda, otra vez.

—Estás despierto —murmuró Megan a la vez que se ponía de pie para acercarse a la cama.

—Oh, estás aquí. ¿Qué pasó? ¿Cómo he llegado a esto? ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

Se incorporó en la cama con un quejido. La confusión lo envolvía como una niebla, y los recuerdos de la ceremonia y el desmayo se entremezclaban en su mente.

—Te desmayaste. Los dueños de la cafetería llamaron a una ambulancia.

—Tengo que darles las gracias.

—Eso es lo de menos. El médico no me dijo nada porque no soy familiar, pero parece que estás enfermo. ¿Me equivoco?

La puerta de la habitación se abrió de golpe y la madre de Aiden entró corriendo en la habitación. Se acercó al otro lado de la cama y tomó la mano de su hijo entre las suyas.

—Aiden, ¿estás bien?

—Sí, mamá.

—Te dijeron que debes tener cuidado. ¿Por qué no haces caso a los médicos?

Miró a Megan y fue entonces cuando la mujer se percató de la presencia de la joven.

—Oh, lo siento. No te vi… —Entrecerró un poco los ojos —. ¿Eres…? ¿Eres la hija de Hans?

—Sí, señora.

Lily se enderezó y puso una cara seria. No le gustaba que la hija de aquel desgraciado estuviera allí. No la culpaba a ella por lo que pasó, pero sentía cierto rechazo ante aquel reencuentro. Sabía que no llevaría nada bueno.

—Bueno, creo que debería irme —dijo la joven.

—Espera…

Aiden la agarró por la muñeca antes de que hubiera podido dar un paso hacia la puerta.

—¿Sí?

Tiró de su brazo para soltarse, el contacto de sus dedos en su piel la dejaba sin respiración. No recordaba una sensación semejante desde que tenía quince años, cuando él mismo la tocaba con inocencia, sin intención alguna.

—Tenemos que hablar.

—En otro momento. Ahora es importante que te recuperes. Si me disculpan…

Caminó hacia la puerta, apurada, casi huyendo. Tanto el hijo como la madre, la pusieron nerviosa.

Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza. El pasillo del hospital estaba en calma, pero su mente estaba en medio de un torbellino. La conversación con Aiden, la tensión en el aire y la presión de la presencia de su madre le dejaban una sensación de angustia.

Mientras se alejaba, los recuerdos de su infancia con Aiden regresaron a su mente, llenos de risas y momentos compartidos. Pero también estaban los ecos de lo que había sucedido, la sombra de su padre y el dolor que había dejado en sus vidas. Se apoyó en la pared del pasillo, tratando de recuperar el aliento y la compostura.

Se llevó un buen susto cuando lo vio desplomarse en el suelo, como un muñeco de trapo sin vida. La imagen de Aiden

cayendo, su rostro pálido y los ojos cerrándose, se grabó en su mente como una pesadilla. La había invadido la ansiedad y no supo cómo reaccionar. Solo fue consciente de lo que pasaba cuando llegaron los paramédicos, cuando se lo llevaron en la ambulancia bajo su mirada asustada. Sabía que no podía hacer nada más en ese momento, pero la preocupación la carcomía.

Tomó un taxi y siguió a la ambulancia hasta el hospital y cada minuto que pasaba mientras esperaba noticias de Aiden parecía una eternidad.

Cuando la dejaron pasar a la habitación un suspiro de alivio escapó de sus labios. Pero también sabía que había algo más que debía enfrentar, algo que estaba relacionado con su pasado y que no podía ignorar. La conexión con Aiden, aunque complicada, seguía siendo fuerte, y su mente estaba llena de preguntas sobre cómo seguir adelante después de ese inesperado encuentro.

Dentro de la habitación, Aiden observó cómo la puerta se cerraba sintiéndose frustrado. La preocupación de su madre lo envolvía, pero su mente estaba centrada en Megan. Había algo inacabado entre ellos, una conexión que no podía ignorar, y el hecho de que ella se fuera tan abruptamente le dejó un vacío enorme.

Su madre lo miró con el ceño fruncido.

—Necesitas descansar. No te preocupes por ella. Lo más importante es que te recuperes.

—Pero… Sí, tienes razón.

Aiden se sintió impotente. Sabía que su madre tenía razón en parte, pero la necesidad de resolver lo que había entre él y Megan lo consumía. Tan pronto como su madre se giró para hablar con el enfermero que entraba, se permitió cerrar los ojos, intentando encontrar claridad en medio de la confusión y el caos emocional que lo rodeaba.

# Capítulo 12

Aiden llegó a casa, acompañado por Amy, y nada más entrar en la mansión se disculpó para ir a su habitación. Subió los escalones despacio, agradeciendo que sus suegros estuvieran de viaje. Se fueron por la mañana, cuando terminó la ceremonia de Hans.

Lo último que necesitaba en ese momento era una riña por parte del gobernador. Atesoraban el corazón de su hijo como un tesoro vivo del cual solo ellos eran sus dueños.

Desde que había aceptado el trasplante de corazón, había dejado de tener opiniones, decisiones sobre cómo llevar su vida. No podía beber alcohol, su dieta era muy estricta y para el colmo, no podía hacer ejercicio físico. Lo trataban como a un enfermo, una persona mayor y débil.

Todo lo contrario de lo que le dijo su médico. Podía tomar alcohol, pero en cantidades pequeñas. Podía comer de todo, pero con moderación. Y podía hacer ejercicio físico, pero solo unos días a la semana. Lo que sí tenía que hacer era seguir un régimen estricto de medicamentos para evitar el rechazo y asistir a controles médicos frecuentes para supervisar la función del nuevo órgano y detectar posibles complicaciones.

Pero estaba preocupado. Y no solo él, los médicos también. El hecho de que se hubiera desmayado podría ser un síntoma de rechazo del órgano.

¿Su cuerpo estaba rechazando el corazón de Zain?

Entró en la habitación y se tumbó en la cama, boca arriba, mirando el techo. Le preocupaba su salud, pero también el hecho de que todos los que asistieron a la ceremonia no se inmutaron por la presencia del bebé. Hans no lo lastimó, pero sí que le marcó el brazo izquierdo en forma de cruz con la punta de una aguja de jeringa. Dijo palabras sin sentido que a Aiden le parecieron como unos conjuros satánicos y luego vertió sangre fresca, que supuso que era de ese bebé, sobre el viejo altar.

¿Eran una secta? ¿Una secta satánica? Necesitaba encontrar la manera de conseguir pruebas de aquello y lo único que se le ocurría era tomar fotografías. Pero como las ceremonias tenían lugar por las noches y no podía usar el *flash*, esa idea era bastante arriesgada. No conocía muy bien a todos los miembros del Círculo Dorado, pero estaba seguro de que encontraría a alguien con quien hablar de aquello y aprovechar la oportunidad de grabar la conversación con la grabadora de voz que recibió de Amy por su cumpleaños.

Tenía tiempo para pensarlo, ya que el siguiente ritual sería dentro de dos meses. Se bajó de la cama y cogió la mochila que estaba en el sillón. Comprobó que tenía todo lo necesario para salir al parque de la ciudad a hacer un poco de ejercicio y abandonó la habitación.

Era su tiempo libre, ya que Amy siempre se escabullía a esas horas para encontrarse con la chica de la que estaba enamorada. Bajó al vestíbulo y entró en la cocina para coger una botella de agua del frigorífico.

No había nadie, la casa estaba en completo silencio. Lo único que se escuchaba era el ladrido de Bong, un labrador que tenía su suegro, pero era viejo y ligeramente sordo.

Salió de la cocina y mientras caminaba vio que la puerta del despacho del gobernador estaba entreabierta. Solo había entrado allí un par de veces, pero sabía que el hombre guardaba documentos de todo tipo en un archivador grande. ¿Allí podría haber algo relacionado con la ceremonia de Hans? ¿Con ese maldito ritual que le había provocado hasta pesadillas?

No iba a ser fácil sacar a la luz todo aquello, los miembros de ese club eran ricos y famosos, personas influyentes y políticos. Algunos policías también estaban involucrados. Pero a él solo le interesaba Hans. Hundir solo a ese desgraciado para siempre.

Entró en el despacho y fue directamente al archivador. Dejó la mochila en el suelo y abrió las puertas. Rebuscó entre todas las carpetas con mucho cuidado para no desordenarlo, pero no había nada que pudiera servirle.

Estaba a punto de darse por vencido, pero de pronto vio una carpeta diferente, negra, de cuero y un poco desgastada en los bordes. La cogió y cuando la abrió esbozó una leve sonrisa. Dentro había una lista de los miembros del Círculo Dorado. También había una hoja con una breve descripción del ritual de la ceremonia que organizaba Hans. Como no tenía la cámara fotográfica, guardó el contenido de esa carpeta dentro de su mochila con la intención de devolverlo todo al día siguiente.

Salió apurado del despacho y se aseguró de que ningún empleado pudiera verle. Recorrió el vestíbulo a toda prisa y abandonó la mansión en ese mismo instante.



Media hora más tarde Aiden se encontraba corriendo por Central Park, situado en el corazón de Manhattan. Era una tarde fresca y soplaba una brisa fría, pero el sol brillaba con fuerza calentando su piel.

Miró la hora en su reloj de pulsera para comprobar que solo habían pasado veinte minutos, pero no quería excederse haciendo ejercicio. Ajustó la mochila en su hombro izquierdo y se tomó un momento para recuperar el aliento. Alzó la mirada y fue entonces cuando vio a Megan.

¿Megan? ¿Qué hacía ella allí?

Estaba sentada en un banco frente a la fuente de agua. Su rostro era sereno, sin expresión alguna. Vestía ropa ligera, demasiado ligera para el frío que azotaba aquel día. Empezó a caminar hacia ella, pero tuvo que detenerse cuando una mujer joven se sentó a su lado. Ella le entregó un sobre blanco y luego intercambiaron palabras y algunas miradas.

El encuentro fue breve y las dos se pusieron de pie al mismo tiempo. Se despidieron con una inclinación de cabeza y luego tomaron caminos separados.

—Megan, espera —dijo mientras intentaba alcanzarla.

La joven se dio la vuelta y se quedó inmóvil cuando vio a Aiden caminando hacia ella. Esa era la primera vez que llevaba puesta ropa informal y estaba tan familiar y cómodo como hacía diez años. Reprimió un suspiro y desvió su atención de él.

—Eh, hola —murmuró.

—Hola. ¿Qué haces por aquí? ¿Qué es ese sobre?

Ella bajó la vista durante un instante y luego lo escondió detrás de la espalda.

—Nada. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, gracias.

Una ráfaga de viento levantó el cabello de Megan dejando ver su cuello y sus hombros. Ella había cerrado los ojos, pero los abrió cuando notó una leve caricia en la frente. Se encontró con los ojos de Aiden y sintió que la inundaba un ansia que nunca había experimentado. Los párpados le pesaban y la respiración se le tornó entrecortada con la magia de aquella mirada.

—Tenías un mechón de pelo… —Bajó la vista un segundo y frunció el ceño. Alargó una mano y le rozó el brazo izquierdo con la punta de su dedo índice—. ¿Qué es esta cicatriz?

—Es una marca de nacimiento —contestó abrumada porque la había tocado otra vez.

—Una cruz invertida… —murmuró para sí mismo, recordando cómo Hans había hecho el mismo símbolo en el brazo del bebé durante la ceremonia.

No, no podía ser. No quería pensar que ese desgraciado había utilizado a su propia hija para sus rituales paganos. No obstante, era una coincidencia demasiado grande…

—¿Pasa algo? ¿Estás bien?

—Estoy bien.

Aiden trató de sonreír, pero no fue capaz de hacerlo. La marca que tenía Megan en el brazo no era de nacimiento y aquello era preocupante. La cicatriz parecía más un símbolo que un simple

defecto de la piel, y la conexión con el ritual de Hans lo atormentaba. Aiden se preguntaba si realmente estaba viendo lo que quería ver, o si su mente estaba jugando trucos en un momento de vulnerabilidad.

La atmósfera se cargó de tensión mientras sus pensamientos giraban en torno a la posibilidad de que Megan estuviera involucrada en algo mucho más oscuro de lo que podía imaginar. Una parte de él quería protegerla, pero otra parte temía lo que esa marca pudiera significar.

—Megan, ¿puedes decirme más sobre esto? —preguntó, tratando de mantener la calma en su voz. No quería que ella sintiera su inquietud, pero la verdad era que la situación lo estaba consumiendo.

La joven lo miró con un destello de confusión en sus ojos, como si también ella estuviera empezando a darse cuenta de que había más en su historia de lo que había revelado. Aiden sintió que el aire se volvía más denso, como si estuvieran a punto de descubrir un secreto que cambiaría sus vidas para siempre.

—No hay nada más que decir. Es una marca de nacimiento. Eso me dijeron mis padres. ¿Te resulta extraño porque se parece a una cruz?

Aiden se mordió el labio, sintiendo cómo la tensión aumentaba. Si Hans estuviera involucrado, tal vez debería investigar un poco más.

—Ah, no. Nada. No me hagas caso. —Soltó una risa nerviosa.

—Bueno, me tengo que ir. Adiós.

—Espera. —Dio unos cuantos pasos para alcanzarla—. Vamos juntos.

—Voy a coger un taxi.

—¿Quieres deshacerte de mí?

—No…

—Tenemos una conversación pendiente.

—Hoy no es un buen momento. Tengo que llegar a casa. Mi padre tiene invitados.

—Excusas.

—Tengo que encargarme de la comida.

—¿Cuándo vas a desprender tus alas y volar? ¿Cuándo vas a hacer lo que te gusta? No eres una criada en esa casa.

—No es asunto tuyo lo que hago con mi vida, y deja de buscarme.

—Hoy nos hemos encontrado por casualidad.

—Lo que tú digas. Adiós.

Aiden apretó la mandíbula con fuerza y la agarró por el brazo, deteniéndola. La hizo girar hacia él y sus cuerpos se encontraron.

Megan se puso rígida al instante. Lo miró a los ojos, pero era imposible saber qué estaba pensando hacer. Aiden la contemplaba como si estuviera viendo algo en ella que no había esperado ver. Luego se inclinó hacia delante y le susurró al oído:

—Voy a hacer todo lo posible para recuperarte, Megan. Necesito tenerte en mi vida. —Le rozó la mandíbula con los labios en un beso tan ligero como una pluma.

Ella se quedó helada un instante, pero no tuvo tiempo de reaccionar ni protestar siquiera. Aiden se había dado la vuelta y se marchó bajo su mirada atenta y atónita.

Sintió una mezcla de confusión y deseo al recordar el roce de sus labios. Las palabras resonaban en su mente, llenas de promesas y anhelos, pero también de límites que no debía cruzar. Su corazón latía con fuerza mientras reflexionaba sobre la complejidad de la situación. Él era un hombre casado, y ella sabía que adentrarse en ese terreno podría llevarlos a un camino peligroso.

Mientras su mente giraba en torno a las posibilidades, la imagen de Aiden se desvanecía en la distancia, y con ella, la esperanza de que pudiera haber un futuro juntos. Sin embargo, la chispa que se había encendido en ella no se extinguiría tan fácilmente. Megan se sintió atrapada entre la razón y el deseo, preguntándose si el amor podría superar las barreras que la sociedad había impuesto. ¿Sería posible luchar por lo que realmente quería?

# Capítulo 13

Megan hojeaba las páginas de la carta que le dio la enfermera Soraya con una mezcla de emociones: sorpresa, tristeza y una chispa de temor. Temor a lo que podría descubrir. Había contactado con ella porque era de confianza, además tenía acceso al historial médico de toda la familia. Necesitaba averiguar por qué su padre tenía ese certificado de nacimiento. ¿Era falso?

Pensándolo bien, aquello no la entristecía para nada. Tampoco se alegraba de que su vida pudiera estar construida sobre una mentira. La confusión la dominaba mientras su mente buscaba respuestas. ¿Quiénes eran esos «otros padres» mencionados en el certificado? ¿Qué historia se ocultaba detrás de esa documentación que ahora parecía un enigma?

Megan cerró los ojos por un momento, intentando calmar el torbellino de pensamientos. La carta de la enfermera Soraya era su única pista, pero cada palabra le parecía un ladrillo más en el muro que separaba su vida actual de la verdad que anhelaba conocer. No había ninguna información nueva, solo el historial médico de toda la familia que conocía muy bien.

¿Estaba lista para desenterrar secretos que podrían cambiar todo lo que había conocido?

La búsqueda de su identidad la llevaría a lugares oscuros y tal vez a un dolor que no estaba segura de poder soportar. Pero la necesidad de la verdad superaba su miedo. Con determinación, decidió que no se detendría hasta descubrir quién era realmente su padre y qué había detrás de aquel certificado de nacimiento que la atormentaba.

Así que sacó el dichoso certificado y apuntó los nombres de esos padres en un papel y guardó todo en una mochila debajo de su cama. Se vistió con ropa cómoda y bajó al vestíbulo. Los invitados se fueron hacía un rato y en la casa reinaba el silencio. Sus

hermanos estaban jugando en el jardín y su madre se había ido a la academia para dar clases de danza.

Entró en la cocina y escuchó la voz de John, el mayordomo. Hablaba con el cocinero en un tono de voz muy serio, así que pensó que debería dejarlos solos. No obstante, un nombre familiar llegó a sus oídos y se quedó clavada en el suelo sin poder moverse de su sitio.

—Siento mucha pena por él y por su mujer —dijo el cocinero—. Tú llevas más tiempo en esta casa y llegaste a conocerlos muy bien.

—Sí, y es muy triste cómo terminaron las cosas. James y Diana eran leales y nunca le llevaron la contraría a Hans. Hasta ese día. Parecía que el mismísimo Diablo se hubiera metido en sus cuerpos.

—¿Sabes la razón? —preguntó el cocinero.

—No, no quisieron hablar con nadie. Se fueron de esta casa en medio de la noche y dejaron todas sus pertenencias aquí. Había mucha ropa de bebé.

—Ah, sí. Me dijiste que Diana había tenido una niña y que eso era un inconveniente para seguir trabajando aquí como limpiadora.

—Qué triste… ¿Cómo terminaron tan mal? ¿Ahora están viviendo debajo de un puente? ¿Podemos ayudarlos con algo?

—No sé si es verdad o no, pero James no me ha reconocido. Dice que no me conoce, que lleva toda su vida viviendo en las calles, con su mujer. Que nunca han tenido una niña —contestó John con voz trémula.

—Eso es muy extraño.

—Le ofrecí dinero, pero no quiso cogerlo.

—¿Y si buscamos a Diana? Puede que ella… —Dejó de hablar porque se percató de la presencia de Megan—. Señorita, no la he visto entrar. ¿Quiere desayunar? Le prepararé algo…

La joven hizo un esfuerzo para reaccionar con normalidad y contestarle.

—No, gracias. Solo… Bueno, voy a irme.

—Su padre me dio instrucciones para limpiar a fondo la sala de juegos. Van a venir unos amigos suyos para jugar a las cartas —habló John—. Sabe que sus hermanos no pueden molestarlos.

—Ah, no se preocupe. Llamaré a la niñera para que se los lleve al centro comercial. —Sonrió—. Escuché sin querer la conversación. ¿Quiénes son Diana y James?

—Son unos empleados antiguos de su padre —contestó John.

—Dijiste que están viviendo debajo de un puente. ¿Dónde? ¿Puedo ayudar con algo?

—No lo sé exactamente. Pero esto es algo que no debería incumbirle. Fue hace muchos años y es mejor dejarlo olvidado. Su padre se enfadaría mucho si lo supiera.

—Entiendo.

Torció el gesto y salió de la cocina con la inquietud palpitando en su interior. Las palabras de John resonaban en su mente, pero la curiosidad la empujaba a indagar más. ¿Quiénes eran realmente James y Diana? ¿Por qué su padre tenía un certificado de nacimiento con esas personas? La idea de que su vida pudiera haber estado marcada por un pasado oculto la llenaba de confusión.

La posibilidad de que hubiera otros lazos familiares, de que su historia estuviera entrelazada con la de aquellos empleados, la intrigaba. Sin embargo, la advertencia de John la mantenía alerta. ¿Qué tipo de enfado podría causar en su padre si se enterara de que estaba investigando?

Necesitaba respuestas, pero no sabía muy bien cómo hallarlas. No podía pedirle ayuda a nadie, ni siquiera a su amiga Sarah. El padre de ella era miembro del Círculo Dorado.

Lo mejor sería investigar por su cuenta, pero… ¿Dónde podría encontrar a James y Diana? Manhattan era muy grande y había muchas personas sin techo viviendo en las calles.

Tenía dinero y eso podría ayudarla a encontrar respuestas. Empezaría por los comedores sociales y luego iría por las calles, preguntando a todas las personas que encontrase mendigando.

Alguien tenía que conocerlos. Estaba segura de que ellos sabían la verdad sobre aquel certificado de nacimiento.



Tres horas más tarde, Megan se encontraba en las calles de Manhattan, buscando en cada rincón o puente personas que pudieran contestar a sus preguntas. Había hecho una lista de comedores sociales y refugios, y fueron los primeros lugares que visitó.

Habló con los trabajadores y con la gente que estaba comiendo, disfrutando de un plato caliente. Un par de hombres mencionaron que sí conocían a James y Diana, que habían estado allí hace años, pero que luego habían desaparecido. Las pistas eran escasas, pero cada respuesta la acercaba más a comprender su propio pasado.

Después continuó su búsqueda visitando diferentes lugares y hablando con aquellos que estaban dispuestos a compartir. Aunque la incertidumbre la acompañaba, la esperanza crecía en su interior. Sabía que, con cada paso que daba, estaba desenterrando las raíces de su propia historia y estaba decidida a no rendirse hasta encontrar la verdad.

Recorrió la Quinta Avenida de Manhattan a pie sin detenerse a mirar los escaparates. Aquella calle era el hogar de los diseñadores de moda y *boutiques* de alta gama. Llegó frente al último comedor social que tenía apuntado en la lista y se encontró con las puertas cerradas. No obstante, escuchó voces provenientes desde el interior, así que llamó al timbre. Esperó un rato y volvió a llamar. Justo cuando se preparaba para dar la vuelta, la puerta se abrió, dejando a la vista a un señor vestido con un chándal y por encima un delantal blanco lleno de manchas de diferentes colores. Olía a comida y a un toque de especias que le hizo recordar las

comidas familiares de su infancia. El hombre sonrió al ver a Megan y tras un breve intercambio de miradas, la invitó a entrar.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó mientras ella cruzaba el umbral.

—Hola. Estoy buscando a unas personas… James y Diana. Me dijeron que podrían haber estado aquí en el pasado. —Su voz apenas ocultaba la urgencia de su búsqueda.

El hombre frunció el ceño, pensativo.

—James y Diana, dices. Creo que los conocí. Eran buena gente... Pero hace tiempo que no los veo.

Megan sintió que su corazón se aceleraba.

—¿Sabe dónde podrían estar ahora?

—Creo que se mudaron a un refugio cercano hace un tiempo. No obstante, no he tenido noticias de ellos en años.

Escuchó voces y los dos giraron las cabezas. Megan vio a dos hombres jóvenes acercándose, los dos conversando con serenidad. Cuando sus rostros entraron en la luz de la sala el corazón de Megan se detuvo por un instante.

¿Por qué el destino se empeñaba en colocar a Aiden en su camino? A cada paso que daba, él estaba allí, presente.

# Capítulo 14

Aiden acompañó a Chase hacia la salida del comedor social, un poco frustrado porque no había recibido todas las respuestas a sus preguntas. Por la mañana había leído el periódico como de costumbre  y vio un pequeño artículo dónde mencionaban a un indigente que llevaba meses protestando y haciendo huelga de hambre frente al juzgado. Lo que le llamó la atención fue la fotografía que había al lado del escrito. En ella aparecía el hombre sosteniendo una pancarta hecha de cartón con las siguientes frases:

*El Círculo Dorado es una secta. Sus miembros me estafaron y ahora estoy viviendo en las calles.*

Apuntó el nombre del periodista y lo llamó. Pero no averiguó mucho, el artículo fue escrito hacía unos años, pero no lo publicaron entonces. Alguien había enviado una carta al director del periódico desmintiendo aquello y decidieron dejarlo en olvido. No obstante, el periodista le dio el nombre completo del indigente y el comedor social donde solía acudir a comer.

Salió enseguida de casa y cuando llegó a ese lugar se encontró con Chase, un voluntario que llevaba años ayudando al personal en las horas punta de las comidas. Él le dijo que conocía al indigente, pero que no lo veía desde hacía unos días.

Mientras caminaban juntos hacia la salida del comedor social, su mirada se encontró con la de Megan.

¿Qué hacía ella allí? Últimamente se veían a menudo, como si los dos estuvieran buscando respuestas relacionadas con el Círculo Dorado. ¿Aquello era posible? ¿Megan había descubierto algo sobre su padre?

Llegó frente a ella y ladeó una sonrisa, pero fue recompensado con una mirada de rechazo. ¿Tanto lo odiaba?

—Hola, ¿qué haces aquí? —preguntó con la sonrisa aún en sus labios. No estaba dispuesto a darse por vencido con ella.

—Hola. Estoy buscando a alguien.

—No me digas. Yo también.

Se miraron un largo rato, hasta que Chase dio un paso hacia adelante para quedar frente a Megan. Era un hombre bastante atractivo, alto y de poderosa presencia.

—¿A quién buscas?

—A…

—Está buscando a James y a Diana. No llegaste a conocerlos, venían a comer aquí hace muchos años —contestó el señor del delantal sucio.

—Ah, entiendo. —Sonrió—. Bueno, suerte con la búsqueda.

—Gracias.

Megan le devolvió la sonrisa y fue entonces cuando Aiden experimentó una violenta corriente de antipatía hacia Chase. ¿Eran celos lo que sentía?

—Bueno, yo me voy. Gracias —dijo Megan, apurada—. Hasta luego.

—Espera, voy contigo.

Aiden se despidió de los dos hombres y enseguida la alcanzó.

—Siempre huyes —murmuró—. ¿Huyes de mí o de lo que sientes por mí?

—¿Qué?

Dejó de caminar para mirarlo a la cara. Tenía una sonrisa burlona en los labios que contrastaba con la intensidad de su mirada.

—No estoy huyendo de nada —respondió, tratando de mantener la calma—. Lo que pasa es que tengo cosas más importantes que hacer que hablar contigo.

—¡Ouch! —Se llevó una mano al pecho, fingiendo dolor—. Lo que has dicho me ha atravesado como un latigazo.

—No seas tan dramático. No va contigo.

—¿Cómo lo sabes? Llevas años sin verme, puede que haya cambiado.

—Has cambiado físicamente, pero dudo que hayas cambiado de forma de ser.

Aiden puso una expresión seria, aunque por dentro sabía que sus palabras tenían un trasfondo de verdad.

—Tal vez tienes razón —respondió, bajando la mirada—. Pero todos cambiamos de alguna manera, ¿no? La vida nos moldea, nos enseña.

—Sí, algo hemos cambiado —dijo más para sí misma.

Salió al exterior y miró hacia el cielo sin nubes, suspirando. Ya no era la niña alegre y extrovertida que solía ser cuando tenía quince años, cuando los dos eran amigos y soñaban con algo más.

Aiden la observó, notando la tristeza en sus ojos.

—La vida puede ser dura, y a veces nos obliga a crecer de maneras que no esperamos.

Ella asintió lentamente, recordando momentos compartidos, risas y sueños que alguna vez parecieron tan cercanos.

—Éramos diferentes entonces. Y, sin embargo, aquí estamos. Las decisiones que tomamos nos han llevado a este punto.

Un silencio se instaló entre ellos, lleno de posibilidades no exploradas y recuerdos compartidos. Aiden sintió que la conversación, aunque complicada, estaba revelando verdades que ambos habían evadido.

—Sabes… —Dio un paso hacia adelante para acercarse aún más a ella. Respiró hondo, recordando las experiencias que lo habían marcado y prosiguió: —He aprendido que a veces huir de lo que sentimos no nos protege; solo nos aleja de lo que realmente importa. Y me he dado cuenta de que, aunque el pasado nos afecta, no debe definirnos.

—Eso suena... profundo —dijo finalmente, su tono un poco más suave—. Pero las palabras no siempre son suficientes. Además, me has decepcionado y sinceramente ya no confío en ti. Nuestros caminos se cruzaron, pero estoy segura de que no por una razón en particular. Fue una mera coincidencia, así que…

—Te equivocas, Megan. No fue una coincidencia, fue premeditado.

Ella frunció el ceño durante un largo momento.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que te has casado solo para acercarte a mí? ¿Esto es algún tipo de broma? Porque no le veo la gracia por ningún lado.

—No, ¿cómo puedes pensar eso? —gruñó, pero no dijo nada más.

No podía decirle que se había casado para acercarse a su padre. No estaba preparada para manejar esa información.

—¿Entonces? ¿Te has casado por amor?

—No…

Aiden se pasó una mano por el cabello, luchando con sus emociones. En ese momento comprendió que la conversación no solo giraba en torno a su matrimonio, sino que también reflejaba sus propios miedos y deseos no resueltos.

—¿Por qué te has casado, entonces? ¿Por aburrimiento?

—¿Acaso importa?

—Importa en la sociedad que vivimos. El hecho de que esté siquiera hablando contigo está mal visto. Nos juzgarán de una manera muy dura y…

—No pienses como tus padres, piensa como la chica que conocí hace diez años. Ella era libre, sin miedo a lo que dijeran los demás. La chica que se reía hasta que le dolía el estómago y soñaba con un futuro lleno de aventuras.

—La recuerdo vagamente… —susurró con voz trémula.

—Trata de recordarla, recuerda lo que sentías, lo que deseabas. A veces esos deseos pueden guiarnos hacia donde necesitamos ir.

Ella suspiró, la lucha interna era visible en su rostro.

—Es complicado, Aiden. La gente y la familia esperan cosas de mí, y es difícil deshacerse de esas expectativas.

—Quizás deberías ser valiente y desafiar esas expectativas —sugirió él, sintiendo que la conversación tomaba un giro inesperado—. ¿No crees que mereces la libertad de explorar lo que realmente quieres?

Ella bajó la mirada, considerando sus palabras.

—Tal vez… pero eso no significa que sea fácil.

Aiden dio un paso más cerca, sintiendo la conexión que había entre ellos.

—Nada que valga la pena es fácil. Pero a veces enfrentar lo que realmente sentimos es el primer paso hacia algo mejor.

Un silencio lleno de posibilidades se instaló entre ellos, mientras el peso de sus decisiones pasadas y el futuro incierto se entrelazaban en la atmósfera.

Megan alzó la mirada y durante un instante volvió al pasado, volvió al momento en el que se conocieron.

# *Hace diez años*

*Megan salió de su cuarto molesta, molesta con la vida, con sus hermanos, con sus padres…*

*Todos le exigían cosas y no paraban de meterse con ella. Era una adolescente, tenía quince años y lo único que quería era salir con sus amigos y divertirse, conocer a algún chico y enamorarse.*

*Pero nadie la entendía.*

*Desde pequeña le enseñaron a cuidar su imagen, sus palabras y sus acciones. Su padre era un hombre muy importante en la sociedad y cada paso que daba era observado y juzgado. La presión de mantener la reputación familiar pesaba sobre sus hombros como una losa.*

*A menudo se sentía atrapada en un mundo de expectativas y responsabilidades que no había elegido. Por eso la idea de ser una adolescente normal, de disfrutar de la libertad sin restricciones, era como el fruto prohibido que siempre había anhelado, pero que nunca se atrevió a probar.*

*Bajó las escaleras, sintiendo el peso de la frustración en su pecho. En su mente solo quería ser libre, correr con sus amigos y*

*disfrutar de la vida sin la carga de ser la «hermana mayor» responsable.*

*—A veces siento que estoy en una jaula —dijo en voz alta cuando llegó al vestíbulo.*

*—¿Y quién tiene la llave?*

*Un chico apareció de repente a su lado.*

*Alzó la mirada y se topó con unos ojos negros hermosos que la examinaban con descaro.*

*—Hola —soltó algo nerviosa—. ¿Quién eres?*

*Se había quedado embelesada, era el chico más guapo que jamás había visto en su vida.*

*—Hola. Soy Aiden.*

*—Ah, bien. ¿Y qué haces aquí?*

*—Esta es mi nueva casa. —Miró a su alrededor con detenimiento y luego dio un paso hacia adelante—. Me encanta lo que veo. —Se inclinó un poco y le dijo al oído: —Muy bonito todo. Espero que nos llevemos bien.*

*—¿Por qué crees que lo haríamos? —Retrocedió a la vez que suspiraba con irritación—. No me agradas.*

*—Pues tú a mí sí. Además… —Volvió a acercarse a ella y después de mirar a su alrededor para comprobar que no había nadie viéndolos, prosiguió: —Seré quién te libere de la jaula. No necesito la llave, solo forzar la puerta.*

*—Ja, que gracioso. Nadie es capaz de eso, nadie puede desafiar a mi padre.*

*—Déjalo en mis manos, no te arrepentirás.*

*—¿Por qué lo harías? Acabas de conocerme.*

*—Porque vamos a vivir juntos y prefiero verte sonreír que triste. Seguro que tienes una sonrisa muy bonita.*

—¿Megan? ¿Estás bien?

La voz de Aiden la hizo volver a la realidad, a la triste realidad que se enfrentaba día a día. Había olvidado lo feliz que era

cuando él vivía en la mansión. Sonreía todos los días…

—Sí, estoy bien. —Lo miró con nostalgia.

El destino era cruel, muy cruel. Los separó cuando eran jóvenes, cuando tenían una oportunidad y los había vuelto a juntar diez años después, cuando todo parecía diferente. Aiden se había casado y había cambiado, y ella también. Las cicatrices del pasado aún eran visibles en sus corazones, pero el brillo de los recuerdos compartidos todavía iluminaba sus almas.

—¿Te acuerdas de aquel verano que compartimos en el desván? —preguntó ella con tristeza mientras se sentaba en un banco.

# Capítulo 15

Aiden asintió, una sonrisa melancólica en sus labios. Ese recuerdo era el que más le gustaba de todos, y eso era porque aquel verano fue cuando supo que se enamoró perdidamente.

—Era nuestro refugio, nuestro pequeño mundo. ¿Verdad? Hasta que tu padre lo descubrió.

Se sentó a su lado y la miró con detenimiento.

—Sí... De vez en cuando subo allí. Está como lo dejamos.

—Megan, me gustaría quedar contigo otro día. Tenemos que hablar de la promesa que hicimos y… —suspiró—. Debemos desenterrar la cápsula.

—¿La cápsula? Ay, es verdad. Se me ha olvidado.

—¿Qué me dices? ¿Cuándo podemos quedar?

—No lo sé. La semana que viene tengo dos exámenes y estaré ocupada.

—¿Qué estudias?

—*Marketing* y publicidad.

—Oh… Decías que te gustaba el periodismo de investigación.

—Sí, pero cambié de opinión. Antes de ir a la universidad me apunté a una academia y me han gustado mucho las clases. Así que seguí por ese camino.

—Me alegro…

—¿Has seguido estudiando? La última vez que nos vimos dijiste que ibas a abandonar.

—Retomé los estudios después de tres años. Necesitaba hacer un cambio para llevar una vida tranquila.

—Entiendo. ¿Qué estudiaste?

—Ciencias políticas.

—¡No! ¿En serio?

—Sí —contestó riendo—. ¿Demasiado aburrido?

—Sí, jamás me lo hubiera imaginado. Odiabas la política.

—Es increíble cómo acabamos haciendo lo que no nos gusta, ¿verdad?

Megan asintió con la cabeza y chasqueó la lengua. Era la primera vez en mucho tiempo que estaba conversando con alguien que no fuera su familia o sus empleados. Se había vuelto muy solitaria, solo salía de vez en cuando con su amiga Sarah.

Pero no debería dejarse llevar ni disfrutar de aquel encuentro, el pasado seguía presente, una sombra que no se disipaba fácilmente.

—Bueno, tengo que irme.

Se puso de pie de un salto.

—Dime cuándo podemos vernos.

—No sé si es buena idea.

—Arriésgate, no te arrepentirás —dijo él con una chispa de desafío en sus ojos—. Recuerdo que eras atrevida.

Se puso de pie y la agarró por la cintura. Pegó los labios a su oído y le susurró:

—Como yo.

—Aiden…

—Eras tan atrevida que no dudaste ni un segundo en robarme un beso. Tu primer beso… ¿Lo recuerdas?

—Recuerdo que me dijiste que debería practicar. —Se alejó y lo miró con el ceño fruncido.

Aiden soltó una carcajada y bajó la vista a sus labios.

—Fue una indirecta.

—¿Eh?

Tomó su rostro en sus manos y tragó saliva. Jamás pensó que seguiría soltera, que seguiría igual de inocente que entonces.

—Deberías leer mi carta. Encontrarás muchas respuestas.

—La carta...

—Nunca dejé de pensar en ti, Megan. Nunca.

Se agachó y le dio un beso casto en los labios.

—Aiden, no…

—Te esperaré mañana frente a la cafetería que está cerca del hospital. Donde fuimos la última vez.

—Mañana…

—A las doce en punto.

Dijo aquello y se dio la vuelta. Se agachó para coger su mochila y caminó lo más rápido que pudo. Su corazón había empezado a latir frenéticamente en su pecho y no quería arriesgarse a desmayarse otra vez.

Megan volvió a sentarse en el banco porque sentía que le fallaban los pies. Se tocó los labios con las puntas de los dedos y suspiró. Nadie más la había besado desde entonces… Nadie más.

# *Hace diez años*

*Megan subió al desván y preparó la mesa. Había cogido de la cocina un par de sándwiches, bizcocho de naranja y dos latas de refresco. Sabía que Aiden no tardaría en llegar. Sus clases terminaban más tarde, por eso le daba tiempo a preparar la merienda.*

*Recordó las palabras de sus amigas y se sonrojó. Ellas dijeron que era muy importante que el primer beso fuera con el chico que te gustaba porque se quedaría grabado para siempre.*

*A ella le gustaba Aiden, así que estaba preparada para besarlo y atesorar aquel momento eternamente.*

*Escuchó pasos y sonrió de oreja a oreja.*

*—Hola, Megan.*

*Aiden entró en el desván y dejó la mochila del instituto en el suelo. Miró a Megan y no pudo evitar devolverle la sonrisa, sintiendo un pequeño hormigueo en el estómago. Desde que se conocieron su vida era más alegre, más divertida… Le gustaba tanto Megan que no podía dejar de pensar en ella. Llevaba toda la mañana preguntándose por qué no podía sacársela de la cabeza y había llegado a la conclusión de que se había enamorado de ella.*

*—Hola, Aiden. ¿Cómo fueron las clases?*

*—Aburridas.*

*—Vamos a comer.*

*—Espera… —Se acercó a ella y alargó una mano. Cogió una telaraña de su flequillo y le sonrió—. Tenías algo en el pelo. Deberíamos limpiar este lugar.*

*—No, porque llamaríamos la atención. Nadie sabe que subimos aquí todas las tardes.*

*—Mmmm, tienes razón.*

*Se miraron un largo momento hasta que Megan se puso de puntillas y le dio un beso en los labios. Fue corto, pero suficiente para que los dos sintieran emoción y un sinfín de sentimientos.*

*—Me has besado —dijo con asombro—. Mejor dicho, me has robado un beso. ¿Por qué? Solo somos amigos, ¿o no?*

*—Sí, somos amigos. Pero bueno… —Miró el suelo para disimular su vergüenza—. Quería que mi primer beso fuera contigo.*

*—¿Tu primer beso? ¿Nunca te han besado antes?*

*—No.*

*—Bueno, pues se nota. Deberías practicar más.*

*Aiden ladeó una sonrisa, mirando fijamente su boca. Una boca que jamás olvidaría. Ese no fue su primer beso, pero fue el primero que hizo que sintiera aquellas mariposas en el estómago de las cuales hablaban todos.*

*—Ah, ya. Lo siento.*

*—No, no lo sientas. Pero practica más.*

Volvió a tocarse los labios y sintió una ligera emoción. Aún tenía sentimientos por él, aún estaba enamorada, aún anhelaba su compañía.

De pronto, recordó la razón por la que había acudido a ese comedor social y se puso de pie. Tenía que seguir buscando a James y Diana, ellos eran los únicos que tenían respuestas a sus preguntas.

Fue hacia la fila de taxis que estaban esperando frente al comedor social y se subió en el primero. Le indicó la dirección del refugio al chófer y se reclinó en el asiento.

A medida que el coche se adentraba en la ciudad, su corazón latía con fuerza. Sabía que debía concentrarse en encontrar

a esa pareja, pero era difícil ignorar el cosquilleo que aún sentía en el cuerpo. Ese pequeño beso y ese encuentro con Aiden habían revivido unos sentidos que había olvidado. Estaba hecha un lío, un lío por cómo se sentía, un lío por querer una oportunidad con Aiden, un lío por querer soñar con algo imposible.

Los momentos que compartieron cuando eran jóvenes habían dejado una huella imborrable en su corazón, pero por más que quería soñar con una relación sabía que era un hombre que nunca podría tener. Estaba casado.

—Hemos llegado —avisó el chófer a la vez que aparcaba el coche junto al bordillo de la acera.

Megan pagó y luego se bajó, mirando con curiosidad a su alrededor. No conocía ese barrio y se sentía un poco cohibida. Vio un pequeño edificio en el que había una cola de personas frente a la puerta y supuso que era el refugio. Caminó hacia allí y se paró detrás de un hombre que fumaba un cigarro. Vestía ropa desgastada y tenía una expresión cansada en el rostro. Megan se aclaró la garganta, intentando ganar valor para hablar.

—Disculpa —dijo, dirigiéndose al hombre—. ¿Sabes si dentro conocen a James y Diana?

El hombre la miró de reojo, arrugando la frente como si estuviera tratando de recordar.

—James y Diana... —murmuró—. Sí, han estado aquí. Son una pareja que siempre se sienta en la esquina, cerca de la ventana. Suelen hablar con la gente, cuentan historias.

Megan sintió un leve alivio. Su corazón latía con más fuerza al imaginar que pronto podría descubrir más sobre el certificado de nacimiento.

—¿Sabes si están aquí ahora? —preguntó, ansiosa.

—No, no están. Llevan días sin venir, creo que encontraron trabajo.

—Ah… ¿Sabes dónde viven?

—La última vez que hablamos me comentaron que estaban viviendo bajo el puente de Manhattan. Junto a otras personas, habían construido un refugio con tablones de madera.

—Muchas gracias. —Le sonrió.

—Pero ten cuidado. No vayas sola. Esa área es bastante peligrosa. Tengo entendido que ni siquiera la policía entra allí. Hay muchos drogadictos.

—Oh, entiendo.

Dio la vuelta y empezó a caminar con la mirada fija en el suelo. No podía decirle a nadie que había encontrado un certificado de nacimiento a su nombre con otros padres, ese era un secreto que guardaba con recelo.

Estaba investigando por su cuenta, pero… Si aquel lugar era peligroso debería tener cuidado. Decidió regresar a casa y pensárselo mejor y encontrar una manera de ir a ese puente sin poner en riesgo su seguridad. La idea de enfrentarse a sus raíces la aterrorizaba, pero la curiosidad era más fuerte que el miedo. Mientras se subía en un taxi se preguntaba si habría alguna forma de obtener más información sin comprometerse a ir sola.

Tal vez podría hablar con Aiden, pero…, ¿cómo explicaría lo que estaba buscando? Con un suspiro, le indicó la dirección al chófer y se mantuvo en silencio durante todo el viaje.

# Capítulo 16

Al día siguiente, Megan se despertó asustada por los gritos de auxilio de su hermano William. Saltó de la cama y corrió por el pasillo a toda velocidad. Cuando llegó al pie de la escalera se quedó quieta mirando con horror hacia abajo.

Su otro hermano, Matt, estaba tumbado en el suelo y en la frente tenía una herida abierta.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó sin aliento. Un intenso estremecimiento recorrió todo su cuerpo y su corazón latía con mucha fuerza.

—Se ha… Se ha caído —balbuceó William—. Estábamos jugando al pilla, pilla y…

—¿Qué ha pasado aquí?

La voz preocupada de John irrumpió en el lugar. El hombre corrió hacia donde estaban los hermanos y se llevó las manos a la cabeza.

—Dios mío. Llamaré a una ambulancia.

Megan volvió en sí y bajó las escaleras corriendo, tropezando un par de veces.

Su hermano estaba pálido y no se movía. Se agachó a su lado, intentando recordar lo que había aprendido en la escuela sobre primeros auxilios. Pero no fue capaz de hacer nada, temía empeorar la situación.

Recordó que lo primero era asegurarse de que su hermano estuviera respirando. Se inclinó más cerca de él, buscando el movimiento de su pecho.

—Matt, por favor, despierta —murmuró, su voz temblando. No había respuesta.

—Lo siento, Megan. Yo… Yo…

—¿Qué ha pasado? —Miró a William, sintiendo una mezcla de miedo y culpa.

—Tropezó y se cayó. No… No me dio tiempo agarrarlo —sollozó.

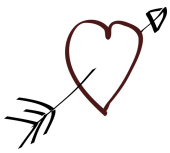
La sirena de una ambulancia resonó en la distancia, y aunque el sonido era esperanzador, el miedo seguía presente. Megan tomó la mano de Matt, deseando que despertara y le dijera que todo estaba bien.

—Ya viene la ambulancia —avisó John.

—Que bien que el hospital está cerca… —murmuró Megan.

—Avisaré a sus padres. Ve con la ambulancia, me quedo yo con William.

—Gracias. Subiré a cambiarme de ropa.



Una hora más tarde, Megan estaba sentada en la sala de espera del hospital. Miraba las paredes, sintiendo cómo el tiempo se arrastraba. Cada pitido del monitor en la sala de emergencias parecía amplificar su ansiedad. Se pasaba las manos por el cabello intentando calmarse, pero la imagen de Matt inconsciente seguía repitiéndose en su mente.

Una enfermera entró en la sala, y su corazón se aceleró al ver que se acercaba.

—¿Cómo está mi hermano? —preguntó casi en un susurro.

—Está estable. Le suturamos la herida. Los médicos están evaluando la situación —respondió la enfermera con una expresión que mezclaba profesionalismo y compasión.

Megan asintió, sintiéndose un poco aliviada pero aún atrapada en la incertidumbre.

—¿Puedo verlo?

—En un ratito.

—Gracias.

Tomó asiento y miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las doce pasadas, demasiado tarde. Aiden le había dicho que la esperaba frente a la cafetería a las doce en punto. Seguramente se había hartado de esperar y se había ido. Pero la vida de su hermano Matt era para ella lo más importante del mundo.

Unos minutos después, John apareció en la sala de espera. Su rostro mostraba una mezcla de cansancio y preocupación.

—¿Cómo está Matt? —preguntó, tomando asiento a su lado.

—¿Y William?

—Se quedó con el cocinero.

—¿Está bien?

—Bueno... Está asustado y preocupado —contestó—. He avisado a tus padres. Tu madre ya está de camino.

—Gracias. La enfermera dijo que está estable.

—Lo importante es que la ambulancia llegó a tiempo —dijo John, tratando de ofrecer consuelo.

Megan asintió, pero la inquietud seguía presente. La espera se hacía eterna, y el silencio en la sala de espera era ensordecedor. Todo lo que podía hacer era esperar y aferrarse a la esperanza de que Matt despertara y todo volviera a la normalidad.

El ruido de unos tacones hizo que Megan levantara la mirada para ver a su madre entrando en la sala de espera.

—Hija, ¿qué ha pasado? ¿Cómo está Matt? ¿Y William?

Era la primera vez en mucho tiempo que su madre mostraba tanto temor. Siempre había sido fuerte y resuelta, pero ahora parecía vulnerable.

Megan tragó saliva, sintiendo que las palabras se atascaban en su garganta. No quería que su madre pensara que era culpa de los niños, pero la angustia era palpable.

—Matt tuvo un accidente mientras jugaba con William… Se cayó y lo llevaron a la sala de emergencias —respondió, intentando mantener la voz firme.

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas. Se abrazó a sí misma, como si intentara contener el dolor que la invadía.

—¿Está bien? —preguntó, su voz temblando.

—La enfermera dijo que está estable, pero no me dieron más detalles.

Su madre se sentó, las manos temblorosas sobre sus piernas. Por un momento, el silencio llenó la sala y Megan pudo ver cómo su madre luchaba por mantener la calma. Era un momento extraño, ver a la mujer que siempre había sido como un bloque de hielo, ahora llena de incertidumbre.

—Debemos ser fuertes, mamá. Matt necesita saber que estamos aquí para él —dijo Megan, tratando de infundir un poco de esperanza.

Su madre asintió, aunque el miedo seguía reflejado en su rostro. La sala de espera se llenó de un peso emocional que parecía aplastarlas. Ambas sabían que sin importar lo que sucediera, tenían que mantenerse unidas en ese momento difícil.

Se abrazaron durante un largo momento y Megan sintió que le transmitía la fortaleza que necesitaba en ese instante. Las palabras no eran suficientes para aliviar la tensión, pero la cercanía de su madre le daba algo de consuelo. Con cada segundo que pasaba, el silencio en la sala de espera se hacía más pesado, interrumpido solo por el ocasional susurro de otros familiares en la misma situación.

—¿Qué crees que estará pensando? —preguntó Megan, separándose un poco para mirar a su madre a los ojos.

—No lo sé, pero lo importante es que él sienta que no está solo. Tenemos que recordarle que estamos aquí, pase lo que pase —respondió su madre con un tono que intentaba ser firme, aunque su voz temblaba ligeramente.

La joven asintió, sintiendo que la incertidumbre también la envolvía. La idea de enfrentarse a lo desconocido era aterradora, pero necesitaban encontrar la manera de ser el apoyo que Matt necesitaba. Con un suspiro profundo, se prepararon para lo que estaba por venir, aferrándose a la esperanza de que juntos podrían superar cualquier obstáculo.

# Capítulo 17

Aiden llegó a casa y lo primero que hizo fue asegurarse de que no había nadie más en la planta de arriba. Entró en su habitación y se tumbó en la cama boca arriba. No podía creer que Megan lo hubiera dejado plantado. Bueno, se lo merecía… él le había hecho lo mismo.

En su mente había razones que justificaban aquello, también una muy buena explicación. Pero parecía que el destino estaba empeñado en llevarlo por un camino lleno de obstáculos. Además, cada vez que intentaba hablar con ella, algo pasaba o les interrumpía.

Se sentía atrapado en una espiral de arrepentimiento y confusión, donde cada pensamiento sobre Megan se mezclaba con la culpa de haberla lastimado. La idea de enfrentarla lo aterraba, pero ella merecía saber la verdad,

Finalmente, tomó aire y se levantó. Si había una posibilidad de arreglarlo, debía intentarlo.

Sacó la mochila y empezó a revisar otra vez la documentación que había cogido del despacho del gobernador. La lista con los miembros del Círculo Dorado no era muy larga, pero casi todos eran políticos famosos. Sabía que ninguno de ellos estaría dispuesto a hablar, así que descartó la idea de contactarlos. Leyó la descripción del ritual y no encontró nada nuevo, todo lo que estaba escrito ahí lo había visto con sus propios ojos. Soltó un gruñido y se puso de pie. Se pasó las manos por la cara y volvió a gruñir.

—Maldita sea.

Escuchó voces provenientes del pasillo y enseguida metió los documentos en su mochila.

—¿Aiden? ¿Estás en casa?

—Sí… Sí.

Guardó la mochila debajo de la cama y se apresuró a abrir la puerta. Se encontró cara a cara con Amy y trató de sonreírle, pero

no fue capaz. No tenía ánimos de hacerlo y si los hubiese tenido, no los habría desperdiciado en ella.

—¿Pasa algo?

—Sí, pasa. Sabes que solo toco a tu puerta cuando hay necesidad —contestó con un tono molesto.

—Pues habla.

—Tenemos que asistir a la entrega de premios de los dos hospitales nuevos. Mi padre es el gobernador y tiene que estar allí. Y quiere llevar a toda su familia para…

—No hace falta que me des tantas explicaciones. Dime dónde y cuándo.

—En el teatro Broadway a las once. Mañana.

—Perfecto.

—Aiden… —Le colocó una mano en el pecho y lo empujó hacia atrás—. Tienes que sonreír y dar la impresión de que nos queremos.

—No me des órdenes, Amy. —Agarró su mano con fuerza y la apartó de su pecho—. No estoy de humor para aguantarte. Es mejor que te vayas.

—Yo tampoco te aguanto.

—¿Y por qué demonios accediste a casarte conmigo?

—Porque… porque… Bueno, mi padre…

—Espero que firmes el divorcio cuando te lo pida.

—¿Divorcio? ¿Estás pensando en separarte? Mi padre no lo va a permitir.

—No me importa lo que piense tu padre. Solo necesito tu firma.

—No lo haré.

—Lo harás. No te conviene que hable de lo que sé.

—Lo hablaremos entonces. ¿O quieres el divorcio ahora?

—Más adelante.

—No llegues tarde mañana.

Aiden cerró la puerta y maldijo en voz alta. Odiaba vivir allí, con esa gente que eran extraños para él. Había renunciado a su libertad en el momento en que aceptó el trasplante, y ahora se sentía atrapado en una vida que no era suya.

Respiró hondo, tratando de calmar la rabia que bullía en su interior. Cada crítica que recibía de Amy y cada mirada severa del gobernador, lo hacían sentir como si estuviera bajo un microscopio. No era solo que se sintiera vigilado; era que la constante atención lo hacía sentir como un extraño en su propia vida.

El corazón que latía en su pecho no era solo un órgano que le daba vida; era un recordatorio constante de su dependencia. Un corazón que pertenecía a su cuñado, un hombre cuya vida había sido truncada para darle a él una segunda oportunidad. Esa idea a veces lo atormentaba.

Decidió volver a salir de casa y seguir con la búsqueda de aquel indigente. Su testimonio podría ser clave para su venganza. Cogió la mochila de debajo de la cama y salió de la habitación.



El tiempo pasó volando mientras recorrió toda la ciudad a pie, preguntando en los comedores sociales por Daniel West, el mendigo que había hecho huelga de hambre culpando al Círculo Dorado por su desgracia. Nadie lo había visto en mucho tiempo, pero justo cuando estaba a punto de darse por vencido, una cocinera le habló de un refugio ilegal que construyeron unos indigentes donde se alojaban los que tenían trabajos.

Se encaminó hacia aquel lugar esperanzado de que las cosas salieran bien. Siguió las instrucciones de la mujer y no tardó en llegar frente al puente colgante de Manhattan que cruzaba el East River conectando Manhattan con Brooklyn. Contaba con nada más y nada menos que siete carriles para automóviles, cuatro vías de tren, un carril bici y una acera peatonal.

No sabía dónde estaba ubicado el refugio, así que tuvo que caminar alrededor del puente hasta que vio unos tablones de

madera pintados de colores.

Al acercarse al lugar, la atmósfera cambió. El murmullo de la ciudad se desvaneció, reemplazado por el sonido del agua y el eco de risas lejanas. Se detuvo un momento, conteniendo el aliento, y observó a su alrededor. Las sombras de los edificios se alargaban, pero no había rastro de lo que había esperado encontrar. Los tablones de madera formaban pequeñas casas sin ventanas y sin puertas. Había gente sospechosa en cada rincón y algunas personas vendiendo droga sin disimulo. La ropa de esa gente estaba desgastada y el olor era sofocante e insoportable.

No se atrevió a acercarse a nadie, se quedó un rato observando desde la distancia. Necesitaba un plan, estaba seguro de que esa gente no estaba dispuesta a compartir información sin nada a cambio. Y si sacaba dinero en un lugar así, era hombre muerto.

Después de darle muchas vueltas al asunto, decidió volver otro día, vestido con ropa menos cara y una actitud más discreta. No podía arriesgarse a ser visto como un objetivo, especialmente donde el hambre, la codicia y la criminalidad parecían reinar.

Así que se subió en un taxi y después de decirle la dirección al chófer, se reclinó en el asiento. Mientras el coche avanzaba por las calles de Manhattan, pensó en Megan. ¿Por qué no fue a la cafetería? ¿Podría ser que algo le hubiera sucedido?

La preocupación crecía en su interior, y no podía ignorar la sensación de que debía hacer algo al respecto. Pero ¿qué? No podía ir a su casa y preguntar por ella, se arriesgaba encontrarse con Hans y perder la oportunidad de vengarse.

Cerró los ojos y durante el resto del trayecto se mantuvo en silencio, analizando mentalmente el refugio que había visto. Era un lugar peligroso sin duda, pero no le quedaba más remedio que entrar allí si quería averiguar el paradero de Daniel, el mendigo.

# Capítulo 18

Al día siguiente, Aiden se despertó con una mezcla de nerviosismo y determinación. Eligió la ropa para ir al refugio y la guardó en la mochila. Planeaba ir a ese lugar después de la entrega de premios. Escuchó voces en el pasillo y supo que Amy ya se estaba preparando para ir a la entrega de premios. Así que él hizo lo mismo.

Se vistió con un traje negro y camisa blanca, eligió un reloj con pulsera plateada y zapatos brillantes. Se miró en el espejo, ajustando la corbata con un poco de nerviosismo. La entrega de premios era un evento importante para el gobernador y aunque quería lucir bien, en el fondo su mente estaba centrada en lo que vendría después.

—Maridito, ¿estás listo?

Los golpes de Amy en la puerta lo hicieron volver a la realidad y poner una cara seria.

—Sí.

Salió de la habitación y la vio frente al espejo, ajustándose el cabello.

—Vaya, te ves increíble —dijo ella con una sonrisa pícara en los labios—. Una pena que no me gusten los hombres. Eres un bombón.

—¿Nos vamos?

—Qué impaciente. —Se giró para mirarlo—. Cualquiera diría que te gustan este tipos de eventos.

—Solo quiero que termine cuanto antes.

—Deberías disfrutar. Toda tu vida has sido pobre y…

—Ni se te ocurra terminar la frase —dijo entre dientes a la vez que daba un paso amenazante hacia ella—. Estoy harto de tu comportamiento infantil y de esta maldita situación. No vuelvas a dirigirme la palabra esta tarde si quieres que todo salga bien. Estoy seguro de que a tu padre no le gustaría saber la verdad.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy advirtiendo. No te pases de lista conmigo.

—Está bien. ¿Nos vamos? El coche está esperando —contestó con voz débil.

—Sí, vamos.



El teatro Broadway de Manhattan era un lugar emblemático, lleno de historia y *glamour*. Aiden sintió la energía del lugar mientras cruzaba el umbral, rodeado por la opulencia de las decoraciones y el murmullo emocionado de los asistentes. Las luces brillantes del escenario iluminaban el ambiente, creando una atmósfera vibrante que lo llenaba de nerviosismo.

Mientras se acomodaba en su asiento, observó a su alrededor. Las personas vestidas con elegancia conversaban animadamente, algunas con copas de champán en la mano.

La ceremonia comenzó con un espectáculo de apertura, lleno de música y danza que dejó a todos boquiabiertos. Aiden se dejó llevar por el ritmo durante un momento, sintiendo que la emoción del momento lo absorbía. Sin embargo, en el fondo de su mente, seguía presente la venganza que estaba planeando.

A medida que los premios se entregaban, Aiden aplaudía, pero su mente seguía divagando hacia la búsqueda de aquel mendigo. Sabía que, tras el *glamour* de la noche, tendría que adentrarse en un mundo diferente, lleno de peligros.

Finalmente, cuando la ceremonia llegó a su fin y los aplausos resonaron en el aire, Aiden se sintió aliviado. La parte formal había terminado, y ahora podía centrarse en lo que realmente importaba. Se despidió de Amy y sus suegros y se dirigió hacia los servicios para cambiarse de ropa.

Al salir, respiró hondo y se dirigió hacia la fila de taxis que esperaba frente al teatro, con sumo cuidado para que nadie lo viera. Ajustó la gorra negra hasta los ojos y se subió en el vehículo.

Le indicó la dirección al taxista y se mantuvo en silencio durante el trayecto.

La tarde estaba tranquila, y a medida que se acercaba al puente de Manhattan, su corazón empezó a latir demasiado fuerte para su comodidad. Se llevó la mano derecha al pecho y respiró hondo un par de veces, lo último que necesitaba en ese momentos era desmayarse de nuevo. Limpió el sudor de la frente con el dorso de su mano y volvió a respirar hondo. Consiguió tranquilizarse y se concentró en la vista que se desplegaba a través de la ventana del taxi. Los rascacielos se alzaban majestuosamente, reflejando los últimos rayos de sol del día. Sin embargo, su mente estaba lejos de la belleza del paisaje urbano.

Al llegar a su destino, pagó al taxista, asegurándose de no llamar la atención. Se bajó y, con pasos firmes, se adentró en la penumbra de una calle menos transitada. La noche comenzaba a caer y con ella, la sensación de que quizás, solo quizás, podría encontrar a Daniel.

Mientras se acercaba al refugio, sintió que la tensión en el aire era palpable. La atmósfera estaba cargada de murmullos y miradas furtivas. Se mezcló entre la multitud, manteniendo la cabeza baja y evitando el contacto visual directo. Su objetivo era claro: encontrar a alguien que pudiera proporcionarle la información que necesitaba sin levantar sospechas.

Se acercó a una mesa donde un grupo de hombres conversaba en voz baja.

—¿Sabéis si Daniel está aquí? —preguntó con voz firme.

Los hombres lo miraron con curiosidad. Uno de ellos, un tipo robusto con un tatuaje visible en su brazo, sonrió.

—¿Eres policía? —preguntó, escaneándolo de arriba abajo.

Aiden sintió la presión. Tenía que actuar rápidamente, encontrar la forma de ganar su confianza.

—No, solo soy un amigo.

—Amigo, ¿eh?

Sacó una pequeña navaja y la dejó encima de la mesa.

—Sí.

—Los amigos se cuidan entre ellos. Estamos hambrientos. —Elevó una ceja, expectante.

—No tengo dinero.

—Uyyyy, respuesta incorrecta. —Agarró la navaja y se puso de pie de un salto. Dio un paso hacia adelante y lo miró con ojos furiosos: —Saca todo lo que tengas en los bolsillos.

—Solo he venido a ver a mi amigo. No quiero causar problemas.

—Si Daniel es tu amigo, deberías saber cómo funcionan las cosas aquí. Cualquier información se paga.

—Ya, es que…

Se escuchó un grito de mujer y los hombres miraron en todas direcciones, alarmados.

—¿Qué demonios?

Los hombres salieron corriendo, dejando a Aiden atrás. Varias personas los siguieron y se pararon todos frente a unos tablones de madera de color azul.

Fue entonces cuando Aiden vio a un joven encapuchado agachándose y arrastrándose por el suelo, cerca del lugar. ¿Era un ladrón? Pero ¿qué podría robar? Esa gente era pobre.

No obstante, pensó que debería atraparlo, que aquello podría ser una oportunidad para ganarse la confianza de esos hombres. Corrió a su encuentro y cuando lo agarró por los hombros, la capucha se le cayó dejando al descubierto una cara familiar.

—¿Megan? ¿Qué…? ¿Qué haces aquí?

—Déjame ir. ¡Rápido! —gritó a la vez que intentaba soltarse.

—Espera, voy contigo.

La cogió de la mano y salieron corriendo antes de que los hombres se percataran de que estaban huyendo.

# Capítulo 19

Se pararon en una esquina para comprobar que nadie les estaba persiguiendo. Luego se agacharon para tomar aire y se miraron a los ojos.

—Deberíamos dejar de encontrarnos así. Llegaré a pensar que me estás siguiendo —dijo Aiden con una sonrisa en sus labios.

—Creo que eres tú quien me está siguiendo.

Durante un instante se quedaron mirándose sin poder pronunciar ni una sola palabra. Se sentían cautivados por el significado de aquellas palabras.

—Vamos, no podemos quedarnos aquí.

Aiden volvió a tomar su mano y caminaron el uno al lado del otro hacia la calle principal.

—Creo que estamos a salvo —dijo Megan.

Bajó la vista y miró sus manos unidas. Ese gesto tan sencillo hacía que se sintiera a salvo. Aún temblaba de miedo por lo ocurrido. Cuando fue al refugio, jamás pensó que pasaría eso. El lugar estaba lleno de gente peligrosa y la habían advertido de que no acudiera sola, pero no tenía a nadie en quién confiar. Nadie que pudiera echarle una mano con su búsqueda.

Entró allí porque la mujer con la que habló le dijo que conocía a James y Diana. Era mentira, solo quería engañarla. Llamó a dos hombres y enseguida la arrinconaron.

—¿Estás bien?

Aiden dejó de caminar para mirarla.

—Supongo que sí.

—Este lugar es peligroso. ¿Por qué has venido sola?

—Tú también viniste solo.

—Soy un hombre…

—¿Y qué?

—No es lo mismo —replicó Aiden, frunciendo el ceño—. La gente aquí no ve con buenos ojos a las mujeres solas. Tienes que

ser más cuidadosa.

Ella lo miró con desdén. La última cosa que necesitaba era que alguien le dijera cómo vivir su vida.

—Vine aquí por una razón, y no iba a dejar que el miedo me detuviera.

Aiden suspiró, sabiendo que no podría convencerla. La determinación en su mirada le recordaba a su propia venganza.

—¿Y cuál es la razón? ¿Qué estás tramando?

—No puedo decirlo.

—Ya sé que no confías en mí, pero creo que es necesario que lo sepa. Te estás metiendo en problemas.

—No quiero hablar de esto —dijo con voz trémula.

Sabía que al decírselo se sentiría un poco menos sola. El miedo seguía latente en su pecho. La experiencia en el refugio había sido aterradora, y el recuerdo de los hombres que la habían acorralado le provocaba escalofríos. Pero no confiaba en él.

—Voy a insistir, Megan. Nos encontramos a menudo. ¿Estás buscando lo mismo que yo?

Ella frunció el ceño durante un momento.

—¿Qué estás buscando tú?

—Dímelo tú antes.

La joven negó con la cabeza y dio un paso hacia atrás. Aún sostenía su mano, pues no quería soltarla.

—Si no me lo dices, voy a estar preocupado. Y no es bueno para mi condición. Ya has visto que puedo desmayarme con facilidad —dijo a modo de chantaje. Quería averiguar lo que ella estaba tramando y no le quedaban opciones.

—Eres malo… —gruñó.

—Solo soy considerado. Me importas mucho, Megan, y no quiero que nada malo te pase.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué has aparecido de nuevo en mi vida? Ya te había olvidado.

—¿Estás segura? Porque yo no. No hubo ni una noche que no pensase en ti.

—Aiden… No digas eso, por favor. Estás casado.

—Por obligación.

Megan abrió la boca para decir algo más, pero la volvió a cerrar. No sabía si alegrarse o sentir compasión. Alegrarse de que ese matrimonio era falso o sentir compasión por Aiden, por la situación que estaba viviendo. No era fácil convivir con alguien que uno no amaba, y su corazón se apretó al pensar en el dolor que debía sentir.

—No puedo ser parte de eso —dijo finalmente con la voz temblorosa—. No quiero complicar más las cosas.

Aiden bajó la mirada y por un instante, la desolación en su rostro la conmovió.

—Entiendo que sea complicado, pero no puedo evitar lo que siento. Siempre has sido una luz en mi vida, incluso en los momentos más oscuros.

Megan sintió un nudo en el estómago. Las palabras de Aiden la hacían dudar de su determinación. Había pasado tanto tiempo tratando de seguir adelante, de dejar atrás el pasado, y ahora él aparecía como un recuerdo palpable que la sacudía hasta lo más profundo.

—Bueno, seguiremos hablando de esto. No quiero tomar ninguna decisión ahora mismo.

—Está bien. ¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Vamos a cenar, pero tienes que pagar tú.

—¿Y eso? —Lo miró con curiosidad.

—He dejado mi cartera en casa. Quería pasar desapercibido hoy.

—Invitaré yo.

—Gracias. La siguiente me tocará a mí.

—No creo que haya otra…

—La habrá. Me aseguraré de que así sea. Ahora vamos.

Entraron en un pequeño restaurante italiano y se sentaron en una mesa junto a la ventana, donde la luz suave de las lámparas creaba un ambiente acogedor. El aroma a albahaca y tomate llenaba el aire, y el sonido de los platos y la conversación de otros comensales añadía una calidez al lugar.

—¿Qué te apetece? —preguntó ella, hojeando el menú con interés.

—No lo sé, todo suena tan bien… Quizás una *pizza*.

—¡Clásico! —rio ella—. Yo creo que me voy a atrever con la lasaña.

El camarero llegó y tomó sus pedidos, luego se retiró.

—Ahora dime porqué me dejaste plantado. ¿Por venganza? Supongo que me lo merecía, pero…

—Mi hermano Matt se cayó por las escaleras y tuvimos que llevarlo de urgencia al hospital —dijo con un suspiro.

—Oh, lo siento. ¿Cómo está?

—Ahora bien. Le dieron el alta esta mañana.

—Así que tienes una coartada —dijo riendo.

Se miraron a los ojos durante un largo momento, perdiendo la noción del tiempo hasta que el camarero llegó con los pedidos.

Durante la siguiente media hora comieron en silencio, con el ruido de cubiertos y conversaciones de fondo. Megan intentó relajarse y aunque la comida estaba sabrosa, tuvo que obligarse a tragarla. Sintió la mirada de Aiden sobre ella en todo momento.

—No estás diciendo nada. ¿Te sientes incómoda?

—Me miras demasiado.

—Porque eres bonita.

—Lo sé. —Sonrió y sus mejillas se tiñeron de un rubor cálido.

Aiden le devolvió la sonrisa y se reclinó en el asiento.

—No vas a decirme lo que estabas haciendo en el refugio, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces yo tampoco lo haré. Pero prométeme algo.

—¿Qué?

—Que no vas a volver allí sola.

—Lo prometo —dijo sin pensarlo demasiado—. He pasado mucho miedo.

Se puso de pie y empujó su silla hacia la mesa.

—Aiden, creo que debería irme. Estamos pasando demasiado tiempo juntos y me estoy acostumbrando a esto. No eres un hombre libre, no quiero ilusionarme y llevarme otro chasco. Tuvimos nuestra oportunidad…

—Perdimos esa oportunidad por culpa de tu padre, luego por la mía. —Se puso de pie y se acercó a ella—. Si el destino nos da otra oportunidad, deberíamos aprovecharla.

—Éramos niños entonces, ahora somos diferentes. Hemos cambiado, Aiden. Las circunstancias son distintas y no podemos seguir jugando con nuestras emociones.

—Pero lo que sentimos no ha cambiado. ¿Verdad? —Él la miró intensamente, pero no contestó—. No puedo dejar que el miedo a lo que podría pasar nos detenga.

Ella apartó la mirada, luchando con su propio corazón. Sabía que había una conexión entre ellos que nunca se había desvanecido, pero también era consciente de las consecuencias.

—No podemos ignorar la realidad. Tú estás casado…

—Otra vez con lo mismo. Te dije que mi matrimonio no es lo que parece. Me he casado por obligación.

—No quiero que salgan rumores, tengo una reputación que mantener.

—Lo que pasa es que tienes miedo a tu padre.

—En parte, sí. Además no quiero ser tachada de «amante». Si lo entiendes bien, sino…

—Lo entiendo, Megan. Lo entiendo —resopló—. Vamos, te acompaño hasta la parada de taxis.

Salieron juntos del restaurante y caminaron en silencio el uno al lado del otro.

La noche había caído y las luces de la ciudad comenzaban a brillar. El murmullo de la gente y el sonido de los coches creaban una atmósfera vibrante, pero Megan se sentía atrapada en sus pensamientos. La preocupación por su reputación pesaba en su mente, mezclada con la tensión de la situación con su padre.

Al llegar a la parada, un taxi se detuvo frente a ellos. Megan dudó un momento antes de abrir la puerta. La incertidumbre la envolvía, pero sabía que no podía dar marcha atrás.

—Adiós. Gracias por salvarme hoy —dijo, girándose hacia él con una sonrisa forzada.

—Siempre estaré aquí para ti. Si nos volvemos a encontrar, mantendré las distancias —respondió él mientras ella subía al taxi.

El vehículo se alejó, llevándose consigo las dudas y los temores de la noche, pero dejando atrás una sensación de que algo se aproximaba. ¿Qué hacía Megan en el refugio? ¿A quién estaba buscando? No podía ser Daniel, el mendigo. La coincidencia sería demasiado extraña.

Aiden metió las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones y se dio cuenta de que no tenía dinero. Tenía que haberle pedido a Megan que compartieran el taxi… No le quedaba otra que ir andando hasta su casa y no era un camino muy corto. Le llevaría por lo menos una hora, tiempo suficiente para reflexionar y encontrar una manera de acercarse a Megan.

Mientras comenzaba a caminar, las luces de la ciudad iluminaban su camino, pero su mente estaba oscurecida por la preocupación. La conversación con Megan en el restaurante no había salido como esperaba. Había sentido que ella se alejaba, atrapada en sus propios miedos y dudas. Aiden sabía que había algo más detrás de su actitud, una lucha interna que no había logrado desentrañar.

El recorrido hacia su casa le dio tiempo para pensar en lo que realmente quería. Megan era muy importante para él, pero su venganza estaba en primer lugar. Si quería ser feliz, si quería despojarse del pasado para siempre, tenía que terminar lo que había empezado.

Mientras caminaba, pasó por varias calles conocidas, pero cada esquina parecía un recordatorio de lo que estaba en juego. Aiden se detuvo un momento para observar a la gente pasar. Algunos reían, otros discutían, y en un rincón un grupo de músicos tocaba melodías que resonaban en el aire. La vida continuaba, pero él se sentía atrapado en su propia burbuja.

Pensó que tal vez debía ser más directo con Megan. No podía seguir dejando que sus sentimientos se quedaran en el aire. Si

realmente quería ayudarla, necesitaba abrirse y ser honesto sobre lo que sentía. Pero ¿cómo hacerlo sin que ella se sintiera presionada?

Al llegar a un parque, decidió sentarse en un banco por un momento. Miró hacia el cielo, donde las estrellas comenzaban a aparecer. La calma de la noche le llevó un poco de claridad. Podía intentar hablar con ella de nuevo, buscar un momento tranquilo donde pudieran compartir sus pensamientos sin la presión de las circunstancias externas. Un lugar alejado de las miradas curiosas.

Y ese lugar podría ser al lado de la casa de Megan, donde los dos enterraron la cápsula del tiempo. Estaba seguro de que ella terminaría cambiando de opinión si leyera su carta.

Con renovada determinación, Aiden se levantó del banco y continuó su camino. Sabía que aún le quedaba un largo trecho, pero ya no se sentía tan perdido.

# Capítulo 20

*Una semana más tarde*

Megan preparó su mochila con nerviosismo, había llegado el día del último examen. Ya quedaba poco para poder abrir sus alas y volar lejos de la mansión. De esa cárcel invisible que la mantenía atrapada. Cada libro que había estudiado, cada noche en vela, todo había sido para ese momento. La mansión, con sus paredes frías y ecos de risas lejanas, había sido su refugio y su prisión.

Mientras cerraba la mochila recordó las promesas que se había hecho a sí misma: un futuro sin restricciones, donde pudiera ser libre y encontrar su propio camino. El examen no era solo una prueba académica; era la llave que abriría la puerta hacia su independencia. Lejos de las exigencias de su padre y de las expectativas que siempre habían pesado sobre sus hombros. Había pasado años intentando cumplir con un ideal que nunca fue el suyo, atrapada en un ciclo de perfección que la desgastaba. Su padre, con su mirada crítica y su voz autoritaria, no dejaba espacio para la duda ni el error.

Cada vez que pensaba en su vida, la imagen de su padre se interponía, como una sombra que se negaba a desvanecerse. Pero por fin había llegado el momento de desprenderse de esa sombra. Cada respuesta que escribiera sería un acto de rebelión, una afirmación de su propia identidad. Los recuerdos de las discusiones, las decepciones y las expectativas la acompañaban, pero en lugar de paralizarla, la impulsaban. Sabía que su futuro no debía estar definido por el miedo a decepcionarlo, sino por su deseo de ser auténtica.

Con un último vistazo a la habitación que había sido testigo de sus sueños y miedos, Megan salió al pasillo. Cada paso

resonaba como un tambor, y su corazón latía con fuerza. Sabía que, al final del día, todo cambiaría.

Había detenido la búsqueda de James y Diana, pero solo para poder estudiar. Después del examen planeaba volver al refugio. Le había prometido a Aiden que no iría sola, pero no le quedaba más remedio.

Bajó las escaleras corriendo y encontró a su madre esperándola. Le resultó extraño que ella estuviera en casa a esas horas, por las mañanas siempre estaba en la academia, dando clases de baile.

—Hija, ¿ya te vas?

—Sí, mamá. No quiero llegar tarde.

—Mucha suerte —dijo con voz ronca.

Se pasó una mano por el cabello y luego suspiró.

—¿Ha pasado algo? —Se detuvo frente a ella y la miró—. Es como si… ¿Has llorado?

—No, hija. No te preocupes.

Esbozó una sonrisa que a Megan le pareció forzada. Tenía un aspecto desaliñado y estaba vestida con el pijama.

—¿Seguro? Podemos hablar, si quieres.

—No, ve al examen. Hablamos luego.

—Está bien —accedió.

—Ah, ayer me encontré con tu hermana. Dijo que se pasará esta noche, quiere darnos una noticia.

—¿Está embarazada? —preguntó con entusiasmo.

—No lo sé, pero creo que sí.

Las dos sonrieron durante un rato.

—Bueno, me voy. Adiós.

Megan salió al exterior y se montó en el coche.

—Buenos días, señorita —dijo el chófer—. A la universidad, ¿verdad?

—Sí.

El coche se puso en marcha y Megan llevó la mochila a su pecho, apretándola con fuerza. Los nervios la estaban acechando, haciendo que su corazón latiera con fuerza. Cada bache en la carretera parecía amplificar su ansiedad. Se preguntaba si había

estudiado lo suficiente, si había recordado todos los detalles cruciales. Esa mochila no era solo un contenedor de libros; era un símbolo de su esfuerzo, de las horas interminables que había dedicado a prepararse para ese día.

Mientras el paisaje pasaba rápidamente por la ventana, sus pensamientos comenzaron a divagar. Recordó las noches en las que se desvelaba, iluminada por la luz tenue de su lámpara, rodeada de apuntes y libros. Las horas de estudio eran un sacrificio, pero también un acto de rebeldía contra las expectativas que la mantenían atrapada.

El coche giró en una esquina, y Megan sintió una oleada de determinación. El examen significaba más que solo calificaciones; era su oportunidad para reclamar su vida, para demostrarle a su padre que podía seguir su propio camino.

—Estamos llegando —anunció el chófer, sacándola de sus pensamientos.

Megan se enderezó en el asiento, la adrenalina corriendo por sus venas. Cuando el coche se detuvo tomó un momento para respirar profundamente, sintiendo la mezcla de miedo y emoción en su interior. Al abrir la puerta, se sintió como si estuviera abriendo una nueva etapa en su vida.

Con la mochila aún apretada contra su pecho, dio el primer paso hacia el campus, decidida a enfrentar lo que viniera.

Dos horas más tarde, Megan abandonaba el campus con una sonrisa en los labios. Estaba segura de que había aprobado el examen.

—¡Megan, espera!

Los gritos de su amiga Sarah la detuvieron. Se dio la vuelta y la vio cruzando el patio a toda velocidad.

—Sarah, no corras.

—Ay, amiga. ¿Por qué no me esperaste? —Se agachó para tomar aire.

—Te vi hablando con Daniel y pensé que debía dejaros solos.

—Que no, no hay nada entre nosotros.

—¿Estás segura? —La miró a la cara con detenimiento—. Ese chico tiene una mirada que derrite. Estoy convencida de que le gustas.

Sarah se sonrojó, sintiendo cómo la incomodidad se mezclaba con la diversión.

—No sé, Megan. Solo estábamos hablando de la clase.

—Deberías darle una oportunidad. Parece un buen chico.

—Mmmm, lo pensaré. —Sonrió, agradecida por el apoyo de su amiga.

—Perfecto. ¡Vamos a celebrarlo! —dijo Megan, tomando su mano—. Después de todo, hemos trabajado duro.

Tres horas más tarde, Megan y Sarah salieron del restaurante medio ebrias, agarradas la una a la otra para no perder el equilibrio.

—Sarah, estoy… estoy viendo doble —dijo riendo.

—Yo… Yo también.

—¿Dónde están los taxis?

—No… lo sé —balbuceó Megan—. Deben de estar… Allí. —Señaló con la mano un aparcamiento vacío.

—Allí no. Creo… Creo que es allí.

Su amiga señaló la parada del autobús.

—Oye, eso no —murmuró con voz ronca. Parpadeó un par de veces y se llevó una mano a la frente—. Creo que tengo fiebre.

—Vamos al hospital.

—Sí, vamos… Dónde están… ¿los taxis?

—Creo… No lo sé. —Lloriqueó—. Quiero ir a casa.

—Yo también.

Megan dio unos cuantos pasos hacia adelante y su pie derecho se enganchó con un trozo suelto de asfalto, lo que la hizo tropezar. Perdió el equilibrio y cerró los ojos esperando el impacto contra el suelo, pero alguien la agarró con brusquedad por la cintura justo antes de que cayera.

—Ya te tengo —dijo una voz de hombre que le resultaba familiar.

—¿Aiden…? —susurró y cerró los ojos. Colocó la cabeza en su pecho y respiró hondo—. Que bien hueles.

# Capítulo 21

Aiden metió a la amiga de Sarah en un taxi y pagó al chófer. Esperaba que la joven no se quedara dormida y que pudiera indicarle la dirección. Luego se dio la vuelta y miró a Megan. Estaba sentada en la acera, con la cabeza apoyada en las rodillas y balbuceaba palabras sin sentido.

—Habéis bebido mucho —dijo él. Se agachó y la cogió en brazos—. Vamos, te llevaré a casa.

—No, a casa… No. —Megan parpadeó despacio y cerró los ojos con fuerza—. Todo se mueve.

—Vamos, hay un taxi esperando.

—No quiero ir a casa. Si me ven así… No… —Metió la cabeza en su pecho—. Que bien hueles.

—¿Y a dónde te llevo? —La miró a la cara—. Dime, Megan.

—A… A un hotel. Les diré que me quedé a dormir en… en casa de Sarah.

—Eres mayorcita. No deberías preocuparte por estas cosas. Pero bueno, te llevaré a un hotel.

Aiden la cargó en brazos hasta el coche, luego la dejó en el suelo para poder abrir la puerta trasera.

—Me…Me mareo.

Ella se aferró a su cuello con fuerza y cerró los ojos.

—Megan, vamos. Suéltame para que pueda ayudarte a entrar en el coche.

—No, no quiero soltarte. No otra vez.

Se hizo un largo silencio. Aiden sintió el peso de sus palabras. La voz de Megan era un susurro, pero había una carga emocional detrás que hizo que su corazón latiera desbocado. La verdad era que tampoco quería soltarla.

—Vamos, necesitas dormir.

Finalmente, con un esfuerzo, Megan aflojó su agarre. Aiden aprovechó para abrir la puerta y ayudarla a entrar en el coche. Una vez dentro, ella se dejó caer en el asiento, exhausta.

Aiden tomó asiento a su lado y le indicó al chófer que los llevara al hotel más cercano. Luego colocó el cinturón de seguridad de Megan y el suyo y, le cogió las manos.

—Las tienes muy frías —murmuró.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó ella en voz baja. Tenía los ojos cerrados y respiraba pesadamente. Su semblante estaba contraído y parecía estar soñando—. ¿Me has seguido?

—Sí.

Megan abrió los ojos y trató de incorporarse, pero fue sin éxito porque el coche se movía mucho.

—Quédate quieta. Descansa.

—¿Me has estado siguiendo? —Levantó la mirada con desaliento—. ¿Desde cuándo? ¿Por… qué?

—Desde la última vez que nos vimos. Tenía que asegurarme de que no irías al refugio sola.

—Estás, estás exagerando.

—Siempre fuiste imprudente.

—Puede que haya cambiado.

—No has cambiado, Megan. Eres igual o incluso más hermosa que hace diez años, a veces infantil, con una sonrisa que derrite a cualquiera y un brillo juguetón en la mirada. Solo que…

—¿Mhmm? ¿Solo qué?

—Solo un poco triste, apagada, como si el tiempo te hubiera robado algo. Como si hubieras dejado de soñar, anhelar…

—¿Y tú qué? —Se incorporó para poder mirarlo a la cara —. Has dejado de sonreír.

—No tengo razones para hacerlo. Pero ahora que he vuelto a encontrarme contigo, quizás sí.

Megan frunció los labios, como si no le gustara su respuesta. Pero no dijo nada. Estaba demasiado ebria para abrirle paso a la razón.

—Hemos llegado, señor —avisó el chófer.

Aiden miró por la ventana y vio un edificio de dos plantas con una fachada espectacular.

—Megan, vamos.

Quitó los cinturones de seguridad y pagó al taxista. Después salió del coche y ayudó a Megan a bajar. La agarró por la cintura y caminaron juntos hacia la entrada principal.

—Intenta serenarte. Si te ven así, saldrán rumores que afectarán tu reputación.

—¿Qué dices? —Lo miró con el ceño fruncido—. ¿Te estás burlando de mí?

—No, que va —contestó riendo—. Todo lo contrario. Estoy cuidando tu imagen.

Megan se soltó y le dio un puñetazo en el pecho.

—¡Aiden!

—Contrólate, preciosa. —La agarró por las muñecas y la atrajo hacia él—. Llamarán a la policía.

—No hay nadie aquí —susurró, con la cara pegada a su pecho—. A nadie le importa lo que haga con mi vida.

—A tu padre.

—¿Estás buscando pelea? —Alzó la barbilla, desafiante.

—Estoy buscando la emoción.

—¿La emoción?

—Sí, esa pequeña chispa que nos enciende por dentro, ese pequeño estímulo que hace que nuestros corazones enloquezcan. Me gusta discutir contigo, me siento vivo por primera vez en mucho tiempo.

—Pues a mí no me gusta.

—¿Por qué no?

—No quiero discutir —dijo en voz baja.

—¿Y qué es lo que quieres? —Alargó la mano y le acarició la mejilla con la punta de los dedos.

Megan era la viva imagen de la inocencia y el deseo lo dominaba cada vez que estaban juntos. Deseaba abrazarla y besarla hasta quedarse sin aliento.

—Quiero… Quiero…

Con un gemido ronco, Aiden unió su boca a la de ella, apretándola contra él. La besó con exigencia y pasión, pensando que aquel momento podría esfumarse en cualquier instante. Se dijo que forzándola no estaba favoreciendo su imagen, pero ella le correspondía al beso con la misma pasión. Se había rendido a él. Ladeó la cabeza para apoderarse todavía mejor de su boca, hundiendo la lengua para saborearla a fondo.

Pero, de pronto, la soltó y dio un paso hacia atrás, jadeando. No debía pensar en sus propios deseos, sino en hacer lo correcto. Estaba perdiendo la cordura y por si eso fuera poco, estaban en un lugar público.

—¿Esto era lo que querías? —preguntó en un jadeo—. No has practicado más, se nota.

Poco a poco Megan recuperó el ritmo normal de la respiración y negó con la cabeza. Aquel movimiento hizo que se sintiera mareada y se aferró al brazo de Aiden por instinto.

—Vamos, aún estás ebria.

La agarró por la cintura y subieron juntos los escalones del hotel. Entraron y se encontraron con un vestíbulo iluminado suavemente, decorado con tonos cálidos y una música de fondo que apenas se percibía. La atmósfera era acogedora y los muebles estaban dispuestos de tal manera que invitaban a la conversación.

Megan sintió que el ambiente la envolvía, y por un momento, se olvidó de la confusión que la había acompañado. Aiden, atento a su estado, la llevó hacia un rincón donde había un par de sillones cómodos.

—Quédate sentada aquí, voy a pedir una habitación.

Ella asintió, agradecida, y se dejó caer en el asiento, permitiendo que la suavidad del tejido la relajara. Su cabeza daba vueltas, pero era consciente de lo que pasaba. Estaba con Aiden, en un hotel, esperando a que la llevara a una habitación. Y lo más importante… La había besado.

¿La había besado? ¿No se lo imaginó? Estaba bastante ebria y todo era posible.

Se llevó los dedos a los labios y recordó la calidez de su beso, la forma en que sus labios se habían encontrado. Aiden había

sido cuidadoso, como si temiera romper algo frágil entre ellos. Podría parecer una chiquillada, pero aún recordaba el primer beso que le robó.

Despertó de sus pensamientos al escuchar el sonido de pasos. Vio a Aiden caminando hacia ella y se enderezó.

—¿Todo bien? —preguntó con una leve sonrisa que le hizo sentir un cosquilleo en el estómago.

Ella asintió, aunque no estaba segura de su respuesta. En su mente, la pregunta seguía girando: ¿había sido real?

—Vamos. Ya tengo la habitación. —Le tendió la mano.

Megan accedió y se puso de pie. Caminaron hacia el ascensor en silencio, cada uno atrapado en sus propios pensamientos. El sonido del ascensor al abrirse pareció romper la tensión en el aire. Ella se deslizó dentro, sintiendo cómo la proximidad de Aiden la envolvía. Se apoyó en la pared, tratando de encontrar el valor para romper el silencio. Miró a Aiden, que la observaba con una mezcla de curiosidad y expectativa.

Justo cuando abrió la boca para hablar, el ascensor se detuvo. La puerta se abrió y él la guio hacia el pasillo.

Cuando llegaron a la puerta, Aiden sacó la llave de la habitación y, antes de abrir, se volvió hacia ella.

—Buenas noches. Que descanses.

—¿Qué? —Lo agarró por el brazo—. ¿Te vas?

—¿Decepcionada?

Retiró su mano y la llevó a sus labios. Depositó un beso en los nudillos y prosiguió:

—No me digas que pensaste que íbamos a dormir juntos.

—Pues sí. —Puso un puchero—. No quiero quedarme sola. ¿Y si algo me pasa?

—No te va a pasar nada. Entra y métete en la cama. Quiero ser un *gentleman*, así que no me tientes.

—No sería la primera vez que dormimos juntos.

Aiden sonrió, recordando aquello. Fue cuando vivía en la mansión, en una noche de Halloween. Subieron solos al desván después de ver una película de terror.

—Me quedé contigo porque decías que tenías miedo. Ahora que lo pienso, creo que me engañaste para abrazarme.

—Que no, tú gritabas más que yo cada vez que aparecía un fantasma en la pantalla —replicó Megan.

Los dos sonrieron al recordar aquello.

Con un último suspiro, Aiden abrió la puerta de la habitación y se echó a un lado.

—Buenas noches. Sueña conmigo.

—¿En serio te vas?

—Sí, Megan. Es mejor. Créeme. Además, has bebido.

Le dio un beso en la frente y retrocedió.

—Buenas noches —dijo a la vez que asentía con la cabeza. Una parte de ella deseaba que se quedara, que compartieran esa noche como lo habían hecho en el pasado. Pero sabía que Aiden tenía razón. La bebida había nublado su juicio y no quería meter la pata.

Cerró la puerta y se quedó sola en la habitación. Se dejó caer en la cama, sintiendo la suavidad de las sábanas. Cerró los ojos y trató de calmar su mente, pero su pensamiento regresaba una y otra vez a ese beso.

Se giró en la cama, mirando al techo, preguntándose si realmente había sido un avance hacia algo más o si solo era una consecuencia de la noche. La confusión la envolvía, pero en el fondo había una chispa de esperanza.

—Sueña conmigo… —murmuró, sonriendo para sí misma mientras se dejaba llevar por el sueño con la imagen de Aiden aún fresca en su mente.

# Capítulo 22

Al día siguiente, Aiden se despertó y se quedó mirando el techo durante un tiempo. Desde que se había encontrado con Megan su vida era más excitante y sus ganas de vivir habían regresado. Se podría decir que experimentaba la felicidad.

Pero… ¿Dónde quedaba el amor?

Soltó un breve suspiro y se incorporó en la cama. Estaba cerca de conseguir la venganza que tanto ansiaba y no podía permitirse dejarse llevar. No podía distraerse, pero tampoco podía evitarlo. Estaba enamorado de Megan. Siempre lo estuvo.

La realidad de sus sentimientos lo golpeó con fuerza. Se pasó una mano por el cabello, tratando de aclarar sus pensamientos. Sabía que la venganza había sido su motor durante mucho tiempo, una forma de darle sentido a su vida tras la humillación que pasó junto a su madre. Pero ahora, con Megan a su lado, todo parecía más complicado.

Era un dilema que lo atormentaba. ¿Podía permitir que sus emociones por ella nublaran su juicio? Se levantó de la cama y se dirigió al baño, lavándose la cara con agua fría para despejar su mente. Mientras se miraba en el espejo, la imagen de Megan apareció en su mente, su risa, la forma en que lo miraba, y cómo cada pequeño momento compartido se sentía como un regalo.

—No puedo jugar con su corazón —se dijo a sí mismo, tratando de convencerse. Pero la verdad era que no quería perderla. De alguna manera, había encontrado una nueva conexión con ella.

Decidido a aclarar su mente, se vistió rápidamente y salió de la habitación, sintiendo el aire fresco de la mañana. Escuchó la voz del gobernador y puso una cara seria. Bajó las escaleras y vio a su suegro hablando con Amy, los dos se veían muy acalorados.

—Te he dicho que no pienso dejar de hablar con ella.

—Hija, olvídala. Tienes un marido…

—No me gustan los hombres. Hazte a la idea.

—Te mereces una buena zurrada. —La agarró por la oreja —. ¿Qué voy a hacer contigo?

—Aceptarme así como soy —contestó entre dientes, apenas mirándolo.

—¡Soy el gobernador! No puedo dejar que esto salga a la luz. Tengo una reputación que mantener. Olvida a esa zorra para siempre.

—Olivia no es ninguna zorra. —Dio unos pasos hacia atrás para soltarse de su agarre doloroso. Se frotó la oreja y prosiguió: — Es la chica más amable y cariñosa…

—¡Cállate!

Le dio una bofetada que la tiró al suelo.

—Papá… —dijo sollozando—. Puedes pegarme todo lo que quieras. No voy a dejar de quererla.

—¡Fuera de mi vista! —ladró con furia.

Amy se puso de pie y salió corriendo, pasando por el lado de Aiden sin siquiera mirarlo.

—Ah, Aiden. Estás aquí —dijo el gobernador. Se pasó una mano por la cara y respiró hondo—. ¿Lo sabías?

—¿Saber qué?

—Que se escapaba de casa para verse con esa… — maldijo entre dientes.

—Bueno, sí. No es que pueda controlarla.

—Parece que yo tampoco. Pensé que este arreglo, bueno… Pensé que el matrimonio la haría entrar en razón. Eres un hombre apuesto. He visto cómo te miran las mujeres.

Aiden carraspeó, pero no dijo nada. No sabía si le convenía echar más leña al fuego.

—Vamos a cambiar de tema. —Miró la hora en su reloj de pulsera—. A las doce tenemos una reunión del Círculo Dorado.

—Sobre eso… —Dio un paso hacia adelante—. ¿Puede decirme más cosas? ¿Cómo funciona el club? ¿Qué…?

—No es un buen momento para hablar de esto. Debes estar listo para irnos a las once y media.

—Sí, señor.

El gobernador subió las escaleras y Aiden dio media vuelta para ir a la cocina. Necesitaba tomar un café, pero tenía que hacerlo a escondidas. En esa casa le habían prohibido disfrutar de ese líquido tan necesario para su cordura. Desde que el médico le dijo que debía tomar café con moderación, tanto el gobernador como su mujer le impusieron aquello como regla estricta. Para ellos cualquier pequeño placer era considerado un lujo innecesario y dañino para el corazón de su difunto hijo. Pero Aiden no podía resistirse.

Entró en la cocina, asegurándose de que no hubiera nadie alrededor. El aroma del café recién molido lo envolvió, y se sintió un poco más vivo. Preparó una taza, añadiendo un poco de azúcar, disfrutando de cada segundo.

Mientras el agua hervía, su mente viajaba a los días en que vivía con su madre, cuando eran pobres y apenas tenían dinero para comprar una barra de pan. Ahora los dos estaban bien, pero la felicidad era escasa.

El ruido de pasos en el pasillo lo hizo sobresaltarse. Con rapidez, tomó la taza y se escondió detrás de la puerta del armario, conteniendo la respiración. No podía ser atrapado; no ahora. La última vez que lo hicieron, habían tirado todo el café a la basura.

A medida que los pasos se acercaban, Aiden sintió que el tiempo se detenía. ¿Quién sería? ¿El gobernador? ¿La cocinera? ¿Algún empleado? Esperaba que no lo descubrieran, que pudiera disfrutar de su café en paz, aunque fuera por un breve momento.

—Te pillé —dijo Amy a la vez que tiraba de la puerta del armario.

—Mierda —gruñó.

—Tranquilo, no se lo voy a decir a mis padres.

—Más te vale. —Dio el último tragó al café y llevó la taza a la pila.

—Has visto que mi padre ya lo sabe… —suspiró y se llevó el dedo índice a los labios, pensativa—. ¿Cómo voy a salir ahora de casa sin levantar sospechas? Ah, ya. ¡Lo sé!

—¿Qué estás tramando ahora?

Lavó la taza y luego se giró para mirarla.

—Tú vas a ser mi escapatoria. Al fin y al cabo, eres mi marido.

—Escucha… —Cerró la distancia que les separaba y la agarró con fuerza por el brazo—. No soy un juguete y no me metas en tus líos. Acuérdate del trato que hicimos.

—Ya, ya… —Tiró del brazo para soltarse—. Nada de contacto físico y nada de aprovecharse de la situación.

—Que no se te olvide. Si tu padre ya lo sabe, es tu problema, no el mío. Estamos casados porque los dos obtuvimos algo.

—Que sí. No tienes que recordármelo.

—Bien.

Dio la vuelta y salió de la cocina. Subió las escaleras y se fue a la habitación para ducharse y vestirse. Estaba de muy mal humor y sentía que las paredes se cerraban a su alrededor, atrapado en un acuerdo que parecía más una prisión que una oportunidad para vivir.

Entró en el cuarto del baño y se quitó la ropa. Se metió en la ducha y abrió el grifo, esperando que el agua caliente pudiera calmar su rabia. Ignoró los fuertes latidos de su corazón y su creciente tensión, y se enjabonó. Luego permaneció durante mucho tiempo bajo el chorro cálido.

Al terminar, se sentía mucho mejor y no tardó en vestirse con un traje negro, camisa blanca y una corbata azul celeste.

Volvería a ver a Hans, a ese malnacido, y aunque estaba deseando que ese encuentro ocurriera, tendría que aguantar las ganas de darle un buen puñetazo.

Salió de la habitación y se encontró con el gobernador. Se saludaron con una inclinación de cabeza y bajaron juntos las escaleras.

—Hoy vas a conocer algunas estrategias secretas que utilizamos para generar riqueza de la nada.

—Oh, impresionante —dijo Aiden con poco entusiasmo. Para nada le interesaba aquello.

—La clave está en identificar oportunidades donde otros solo ven obstáculos.

—¿Y eso realmente funciona? —preguntó Aiden, con un tono escéptico.

—Absolutamente. Pero también se necesita una mentalidad abierta y disposición para arriesgarse. No todas las ideas serán exitosas, pero cada intento nos lleva más cerca del éxito.

A pesar de su nueva vida, Aiden no podía sacudirse ese profundo resentimiento hacia los ricos, de ese odio hacia las personas como Hans.

Había crecido viendo cómo la avaricia y la indiferencia de los poderosos afectaban a los menos afortunados. Como él y su madre…

El contraste entre su infancia y su actual entorno le pesaba en el corazón. Pero esperaba poder equilibrar un poco la balanza con la venganza que estaba preparando.

# Capítulo 23

Aiden estaba sentado al lado del gobernador, dentro de un coche que recorría Manhattan a una velocidad exagerada. Pero no le importaba, estaba demasiado sumiso en sus pensamientos. Todo iba bien, estaba dentro del Círculo Dorado y tenía a Hans a su alcance. Sin embargo, no encontraba pruebas que lo incriminasen tan fácilmente. Se le hacía cuesta arriba y pensaba en cómo todo había cambiado desde que salieron huyendo de aquella mansión. La humillación de ser echados de la casa de Hans lo consumía.

Mientras el coche zigzagueaba entre los rascacielos, la visión de los altos edificios y las luces brillantes de la ciudad le recordaron que, aunque estaba rodeado de riqueza y poder, la verdadera fuerza residía en la verdad. Aiden sabía que necesitaba paciencia. Nadie en el Círculo Dorado sospecharía de él porque su suegro era el gobernador. El hombre que estaba sentado a su lado y, ajeno a sus pensamientos, hablaba sin parar sobre proyectos comunitarios y reformas.

La mirada de Aiden recorría las calles, concentrándose en el tráfico de la zona que atravesaban.

—Ya estamos llegando —avisó el gobernador.

De pronto, Aiden vio a un hombre con un gran cartel en las manos, sentado en la acera. Su corazón se aceleró al pensar que podría ser Daniel, el mendigo que estaba buscando. Abrió la boca para decirle al chófer que quería bajar, pero la cerró de inmediato cuando se dio cuenta de la situación. A su lado estaba sentado el gobernador, miembro del Círculo Dorado y amigo de Hans. Apretó los puños con impotencia y respiró profundo. Maldijo para sus adentros y trató de disimular su enfado.

El coche estacionó frente al lujoso edificio donde celebraron la ceremonia satánica. Aún se preguntaba qué habría pasado con ese bebé. ¿De dónde salió? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Estaba bien?

Se bajó y esperó al gobernador para entrar juntos. Los mismos guardias de seguridad los llevaron a la sala de reuniones y una vez dentro, tomaron asiento.

—¿Y Hans? —preguntó el gobernador.

—Se ha retrasado su reunión de negocios. No tardará en llegar —contestó Damian, el ministro de exteriores.

—Ahhh, bien. Entonces me dará tiempo de fumar esto —dijo a la vez que sacaba un puro del bolsillo de su chaqueta.

Aiden miró hacia la puerta con impaciencia, necesitaba salir de ese lugar, necesitaba comprobar si ese hombre que había visto por la ventana del coche era Daniel.

—Tengo que ir al baño —dijo. Se puso de pie y se excusó con la mirada.

—Claro, claro… Ve.

Sus pasos eran apresurados y enérgicos mientras recorría la estancia. Abrió la puerta y salió corriendo hacia la salida. Bajó los escalones y emprendió su camino a toda prisa por la calle. La brisa fría de la noche le golpeó la cara, y Aiden se sintió un poco más despierto. Miró alrededor, tratando de reconocer el lugar. Las luces de la ciudad parpadeaban, y el sonido del tráfico era un murmullo constante a su alrededor.

Su mente estaba llena de preguntas y dudas, pero la necesidad de encontrar respuestas lo empujaba hacia adelante. De repente, vio una silueta familiar a lo lejos, apoyada contra la pared de un edificio.

Se aproximó con cautela, cada paso lo llenaba de una mezcla de esperanza y temor. Cuando estuvo lo suficientemente cerca para distinguir los rasgos, vio que no era Daniel.

—Mierda —dijo en voz alta.

Dio media vuelta y las puntas de sus zapatos tropezaron con algo. Cuando bajó la mirada vio un cartel y supuso inmediatamente que era el de Daniel. Leyó lo que estaba escrito para comprobarlo y abandonó el lugar. Necesitaba volver a la reunión antes de que regresara Hans.

Había escrito las mismas palabras, el mendigo insistía en lo mismo. Que el Círculo Dorado era una secta y que los miembros

de aquel club lo estafaron. Necesitaba encontrarlo, necesitaba hablar con él y preguntarle si tenía pruebas. Si era así, su venganza podría llegar a su fin más rápido de lo que pensaba.

Llegó al edificio y entró, dirigiéndose a la sala de reunión a toda prisa. Se paró frente a la puerta y escuchó voces y risas provenientes desde el interior. Parecía que Hans no había llegado aún. Giró el pomo con fuerza y entró. Todas las miradas se clavaron en él durante un momento y se sintió incómodo.

—Pensamos que era Hans. Vamos, siéntate —dijo el gobernador.

—Está bien. —Aiden asintió y retiró la silla.

La puerta se abrió en ese instante y la figura imponente de Hans apareció en el umbral.

—¿Ya están todos?

—Sí —contestó el gobernador.

—Perfecto.

El padre de Megan recorrió toda la sala y se sentó en su silla. Tenía la expresión seria y el aire autoritario que siempre lo caracterizaba. El lugar se llenó de un silencio expectante mientras todos esperaban que él tomara la palabra.

—Bienvenidos —comenzó Hans, su voz resonando con firmeza—. Hoy discutiremos los próximos pasos para sostener la candidatura de Thomas a alcalde. —Señaló a un hombre de mediana edad que estaba sentado a su lado.

Los asistentes se acomodaron en sus sillas, listos para escuchar, y algunos comenzaron a tomar notas.

Aiden se reclinó en el asiento y durante una hora, escuchó sin prestar demasiada atención lo que se estaba hablando. Estaba aburrido y lo único que deseaba era que todo acabara cuanto antes.

—Nos vamos —dijo su suegro a la vez que lo agarraba por el brazo.

—Ahh, ah… Sí.

Se puso de pie y salieron todos juntos. Hans y los demás se despidieron de los guardias, haciendo alguna broma mientras se dirigían hacia la salida.

Aiden apenas prestaba atención, su mente aún estaba perdida en el soporífero discurso que había tenido que soportar. El aire fresco de la noche le golpeó la cara al salir, y se sintió un poco más alerta, como si aquello pudiera despejar sus pensamientos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su suegro, notando su falta de entusiasmo.

—Sí, solo un poco cansado —respondió Aiden, intentando sonar convincente. La verdad era que el evento había sido un encuentro social que parecía interminable.

Bajaron las escaleras y fueron asaltados por unos cuantos periodistas.

—Gobernador, aquí —dijo uno de ellos. Le colocó un micrófono frente a la cara y prosiguió:

—¿Por qué se le asocia con este club? Hay rumores de que el Círculo Dorado es una secta satánica.

—¿Qué clase de broma es esta? —contestó riendo. Se veía incómodo, pero lo disimulaba bien.

—Soy el fundador de este club y os puedo asegurar que nada raro está pasando dentro —habló Hans con voz autoritaria, llamando la atención de todos—. Solo somos unos hombres ricos que pasan el tiempo juntos.

—Hay testimonios que dicen todo lo contrario.

—Son mentiras —atajó.

Aiden observaba la escena con bastante intriga, aquello lo había sorprendido bastante. No sabía que había periodistas interesados en escribir sobre el Círculo Dorado.

Los flashes de las cámaras iluminaban el rostro del gobernador, que intentaba mantener la compostura, aunque sus ojos traicionaban un atisbo de preocupación.

—¿No teme que su asociación con el Círculo Dorado afecte a su carrera política? —continuó otro periodista, acercándose más, como si buscara desgastar la imagen del gobernador.

—No voy a dejar que rumores infundados manchen mi reputación. Estoy aquí para trabajar por el bienestar de nuestra comunidad.

Un murmullo recorrió a los periodistas, algunos intercambiaron miradas, como si la tensión hubiera encendido su instinto de caza.

—¿Por qué no se permite una investigación sobre el club? —preguntó un periodista más audaz.

Aiden se fijó en su identificación y memorizó su nombre. Le vendría bien tener una charla con él.

—Porque no hay nada que investigar —respondió Hans, su voz firme y clara—. Les pido que dejen de perseguir fantasmas y se concentren en temas que realmente importan.

—Pero hay personas que…

—Dejen pasar, por favor —dijo Hans, haciéndose hueco entre los periodistas.

Bajaron todos los miembros del Círculo Dorado junto con Hans y se subieron en los coches que estaban estacionados frente al edificio.

—Vamos —dijo el gobernador.

Aiden lo siguió en silencio y se montaron en el último coche. Los flashes de los periódicos iluminaban la escena, atrapando cada instante de la marcha de los coches.

—¿Qué fue eso? —preguntó Aiden, incapaz de contenerse.

Su suegro giró la cabeza, su mirada fija en el horizonte mientras el coche comenzaba a moverse.

—Nada de tu incumbencia. Vamos a olvidar el asunto.

Asintió, todavía reflexionando sobre las palabras de los periodistas. La posibilidad de que el Círculo Dorado estuviera en el centro de una tormenta mediática era una buena oportunidad para él. Utilizaría esa debilidad a su favor.

Hans y el propio gobernador estaban atrapados en una red de poder y mentiras y eso tenía que salir a la luz.

# Capítulo 24

Megan se despidió de su hermana Ana y entró en casa para prepararse. Sus padres recibieron una invitación al estreno de una película que se rodó en Manhattan y algunas de las escenas se grabaron en la mansión.

—¿Qué te dijo Ana? —preguntó su madre.

La mujer estaba sentada en el sofá y hojeaba una revista de moda mientras la luz suave de la tarde iluminaba la sala. Megan sonrió, recordando la risa contagiosa de su hermana.

—Nada importante, solo que estaba emocionada por el evento de esta noche —respondió Megan mientras subía las escaleras—. Ah, y que va a abrir una floristería.

—¿Qué? Hija, ven aquí.

Al llegar a la habitación, comenzó a elegir su atuendo. Sabía que la ocasión era especial y quería estar a la altura del evento. Rebuscó en su armario y finalmente decidió ponerse un elegante vestido rojo que realzaba su figura y unos tacones que la hacían lucir más alta. La dejó encima de la cama y regresó al salón, donde su madre la esperaba con una expresión de incredulidad en el rostro.

—¿Abrir una floristería? —preguntó su madre, claramente sorprendida—. Eso es... inesperado.

Megan tomó asiento.

—Sí, eso pensé también. Pero Ana siempre ha tenido pasión por las flores, así que no me sorprende del todo. Además, es algo que realmente la entusiasma.

Su madre asintió lentamente, reflexionando sobre las palabras de su hija.

—Es cierto que siempre le ha encantado. Pero ¿está segura de que es lo que quiere hacer? Montar un negocio no es fácil.

Megan no pudo evitar sonreír al recordar la manera en que Ana hablaba de su idea, sus ojos brillando de emoción al describir

cómo imaginaba el lugar, lleno de colores y aromas.

—Lo sé, pero creo que le dará la oportunidad de hacer algo que ama. Deberíamos apoyarla.

La conversación la ayudó a distraerse de sus nervios por la noche que se acercaba. Regresó a su habitación y se puso el vestido que había elegido. Se miró en el espejo, buscando una sonrisa de aprobación.

Mientras se maquillaba pensó en el estreno de la película, pero también en la búsqueda de la pareja que vivía en el refugio. ¿Cómo podría entrar allí sin poner en riesgo su vida? Necesitaba hablar con ellos, necesitaba saber por qué su padre tenía ese certificado de nacimiento con los nombres de ellos.

No le importaba si era adoptada, jamás había recibido cariño o afecto por parte de su padre. Y sus hermanos, a veces les notaba distantes. Su madre y Ana eran las únicas que le hablaban bien, que la trataban como un miembro más de la familia.

Cuando se sintió lista se dio un último vistazo al espejo. La emoción se unía al nerviosismo mientras bajaba las escaleras, más porque se preguntaba si Aiden también asistirá al estreno. Quería volver a verlo, aunque fuera solo de lejos. Sabía que hacerse ilusiones estaba mal, pero no podía evitarlo. Era el único hombre con quien se sentía cómoda y segura, incluso tras todos esos años. Su amistad había sido complicada, llena de momentos compartidos y risas, pero también de silencios abrumadores y palabras no dichas. Recordaba las tardes en las que exploraban el parque, las promesas que se hicieron de niños, y cómo, a pesar de la distancia y el tiempo, el recuerdo de Aiden nunca se borró de su mente.

Cuando bajó las escaleras su madre la sorprendió mirando con aprobación.

—Te ves espectacular, hija. Estoy segura de que todos quedarán impresionados. —Su madre sonrió, dejando la revista a un lado.

—Gracias.

—Ve antes, yo esperaré a tu padre. No tardará en llegar.

Al salir al exterior, el aire fresco de la tarde la rodeó, llenándola de una mezcla de esperanza y ansiedad. La limusina que

habían reservado sus padres para esa noche la esperaba, resplandeciente bajo la luz de las farolas.

El chófer se bajó y le abrió la puerta.

Entró y se acomodó en el asiento. Su mente no paraba de correr en círculos, recordando el encuentro con Aiden. Estaba bastante ebria aquella noche, pero no se le había olvidado ningún detalle. El hecho de que la hubiera cuidado sin aprovecharse de la situación la hacía sentir un extraño cosquilleo en el estómago.

Pero la idea de que Aiden la había seguido la inquietaba. ¿Era realmente protección o había algo más detrás de sus acciones? La noche había sido un torbellino de emociones, y mientras su mente revivía esos momentos comenzó a cuestionarse si eso era amor o simplemente un intento de controlar lo incontrolable.

Mientras el coche avanzaba, la luz de la ciudad iluminaba su rostro y resaltaba la incertidumbre que habitaba en ella. Recordaba la mirada cariñosa de Aiden, cómo su voz se volvía más suave cuando le hablaba, y el beso…

Ese beso había sido súbito e inesperado, un choque eléctrico que la había dejado aturdida. Sus labios se habían encontrado en un instante furtivo, y el mundo a su alrededor se desvaneció. La conexión había sido palpable, como si sus almas se reconocieran en aquel instante.

Sin embargo, al día siguiente, cuando se despertó sola en la habitación del hotel, la sombra de la incertidumbre comenzó a cubrirlo todo. Se preguntaba si el beso había sido un reflejo de sentimientos profundos o simplemente un capricho de la noche. La forma en que su cuerpo había respondido a Aiden, el ardor del beso… Todo había sido tan real. Sin embargo, una voz interior le susurraba que tal vez todo había sido un momento fugaz, uno que él podría no haber tomado en serio.

Miró por la ventana, observando las calles que pasaban rápidamente, pero su mente estaba atrapada en el recuerdo de ese encuentro.

Tomó una respiración profunda, intentando calmar los pensamientos que la atormentaban. Necesitaba estar tranquila para poder sonreír y conversar con los conocidos de la familia. Odiaba

todo aquello, pero no le importaba hacerlo mientras visitaba lugares únicos y disfrutaba de eventos espectaculares.

La limusina se detuvo frente al AMC Lincoln Square, una joya de la corona de las cadenas de cines de Manhattan. Los nervios la asaltaron mientras se bajaba. No era la primera vez que acudía a un estreno, sus padres siempre estaban invitados a ese tipo de eventos. Pero era la primera vez que la casa familiar aparecía en una película. Además, los actores principales eran bastante conocidos.

Se ajustó el vestido con el temor de ser el centro de atención. Había una alfombra roja y una multitud de flashes que la deslumbraron. Sonrió y mientras avanzaba hacia la entrada, comenzaba a dejar atrás sus inseguridades.

Al entrar, las caras conocidas pasaron volando por su mente, pero su corazón latía más rápido al pensar en Aiden. ¿Cómo pudo ese beso cambiar tanto en su interior?

—Megan…

Se dio la vuelta al escuchar su nombre y vio al alcalde acompañado por su mujer, caminando hacia ella.

—Buenas noches —dijo con una sonrisa.

—¿Has venido sola?

—Sí, mis padres llegarán más tarde.

—Ah, entiendo. Ven, siéntate con nosotros —dijo el hombre y su mujer asintió con la cabeza.

—Sí, gracias.

El lugar estaba repleto de gente que vestían sus mejores galas y lucían valiosas joyas. Las luces brillaban intensamente, y el murmullo de conversaciones animadas se entrelazaba con las risas.

Megan siguió al alcalde y su esposa hacia la primera fila de asientos. Al sentarse, observó a su alrededor, y en un rincón vio a Aiden, conversando con un grupo de hombres. Aquello hizo que su corazón diera un salto. Recordó el beso y sintió sus mejillas arder por el rumbo que seguían sus pensamientos.

Se tomó un momento para respirar y fue entonces cuando sus miradas se cruzaron. Aiden sonrió levemente, y ella vio una chispa de reconocimiento y complicidad en sus ojos. Las risas y conversaciones continuaban, pero para ella el mundo exterior se

desvaneció, transformándose en un eco distante. Sentía que el aire se volvía espeso y se cargaba de emoción.

Megan se recordó a sí misma la promesa que se había hecho de no dejar que sus sentimientos la dominaran, pero en ese momento todo parecía irrelevante al lado de la conexión palpable que compartían. Cada encuentro parecía una señal del destino que no podía ignorar.

—Ya estamos aquí —dijo su padre, rompiendo la magia del momento.

—Ah, bien —contestó mientras se giraba hacia ellos.

—Tu hermana está de camino —dijo la madre—. Viene sola. Su marido tiene una reunión importante.

—Le guardaré un asiento.

Megan colocó su bolso a su lado y miró al frente. La pantalla del cine era gigante y la anticipación de la película llenaba el aire. Sin embargo, sus pensamientos seguían atrapados en ese momento con Aiden. La forma en que la miraba, con esa mezcla de interés y cercanía, hacía que su corazón latiera con fuerza. Era difícil concentrarse en cualquier otra cosa, y la emoción del reencuentro con su hermana palidecía ante la atracción no resuelta entre ellos.

Las luces comenzaron a atenuarse y las voces de la multitud se fueron apagando, creando un silencio expectante. Megan sabía que debía centrarse en la película, pero un impulso la llevó a robarle otra mirada a Aiden. Él le devolvió la mirada, su expresión ahora más seria, como si también él reconociera la tensión en el aire.

Cuando la pantalla comenzó a brillar con los primeros fotogramas, Megan pudo concentrarse en la trama. Las imágenes danzaban ante sus ojos, y la historia se desarrollaba con un ritmo cautivador. Sin embargo, a pesar del espectáculo visual, la conexión con Aiden seguía ocupando su mente. Cada vez que un giro inesperado de la trama sucedía, sentía una punzada de emoción que se entrelazaba con lo que había entre ellos. Era como si la narrativa de la película resonara con sus propias experiencias.

A medida que los protagonistas de la película enfrentaban desafíos y revelaban sus secretos, Megan se

preguntaba si alguna vez tendría la valentía de hacer lo mismo. ¿Podría superar la decepción del pasado y encontrar un futuro juntos?

# Capítulo 25

La película terminó y Aiden se excusó para ir al servicio. Necesitaba salir de allí cuanto antes para respirar un aire que no estuviera en contacto con Hans. Durante las reuniones del Círculo Dorado se estaba conteniendo bastante para no abofetearlo y arrancarle esa engreída sonrisa de su rostro.

Recorrió el pasillo cabizbajo porque no le apetecía saludar ni hablar con nadie. Quería estar a solas un rato.

Entró en el baño y lo primero que hizo fue abrir el grifo y echarse un poco de agua fría en la cara. Miró su reflejo en el espejo y no lo vio mal, pero sus ojos parecían tan vacíos que le revelaban un profundo cansancio. Se quedó un momento contemplando su reflejo, buscando respuestas en la imagen que le devolvía. La luz del baño era fría y dura, acentuando las sombras bajo sus ojos.

Se apoyó en el lavabo, sintiendo el frío del mármol contra su piel. En su mente, un torbellino de pensamientos se entrelazaba: la venganza y otra oportunidad con Megan.

Con un suspiro se sacudió un poco, como si pudiera desprenderse de la pesadez que lo acompañaba. Se secó la cara con una toalla de papel y, al hacerlo, decidió que era hora de salir. Con una última mirada al espejo se dio cuenta de que, aunque sus ojos pudieran parecer vacíos, aún había un destello de determinación que no estaba dispuesto a dejar que se apagara.

Cerró la puerta y vio a Megan doblar la esquina. Corrió tras ella y la agarró por el brazo justo cuando estaba a punto de abrir la puerta que daba al vestíbulo.

—Espera, ven conmigo —dijo a la vez que la arrastraba a la salida de emergencia.

Empujó la puerta con fuerza y la arrinconó contra la pared. La encerró entre sus brazos apoyando las manos sobre la pared y la besó sin más. Sin previo aviso y sin ningún pudor. Quería reclamar cada rincón de su boca y marcarlo como suyo. Pero tenía

que luchar contra el salvaje placer que estalló dentro de su cuerpo si no quería asustarla.

Megan sintió como el placer cobraba vida a medida que sus lenguas bailaban juntas y ávidas de saborearse el uno al otro. Se había entregado sin reservas a ese beso porque sentía algo maravilloso que la embargaba de felicidad. Se dejó llevar por el calor de su cuerpo masculino y sus exigencias. Le resultaba difícil contener su excitación porque él la besaba con voracidad y maestría, tentándola, pero sin exigir más de lo que ella estaba dispuesta a dar.

Aiden apartó los labios de ella y respiró hondo varias veces.

—¿Sabes cuántas veces he soñado con un momento así cuando éramos jóvenes?

—Probablemente las mismas veces que yo.

—¿Y ahora qué hacemos? —La atrajo hacia él, al menos sabía que no era el único que sentía aquel deseo salvaje—. Quiero más, mucho más, Megan.

—Yo soy libre, eres tú quien está casado.

—No por mucho tiempo —susurró en su oído—. ¿Puedes esperarme?

—Han pasado diez años, puedo esperar un poco más.

Aiden sonrió, pero no dijo nada.

—¿Me haces un favor? —Se apartó para poder mirarlo a la cara y al ver que asentía con la cabeza, prosiguió: —¿Me acompañarás al refugio? Necesito encontrar a alguien.

—Yo también necesito encontrar a alguien.

Se miraron a los ojos durante un breve momento.

—¿Quién es? —preguntó Megan.

—Ya hablaremos entonces. Ahora déjame disfrutar de este momento.

La abrazó con fuerza y ella se apretó contra él. Se quedó quieta, con la mejilla pegada a su pecho, donde palpitaba con fuerza el corazón.

—Me alegro de que nuestros caminos se hayan cruzado de nuevo. Está claro que estamos destinados a estar juntos.

—Aiden, no des por hecho nada. No quiero hacerme ilusiones.

Se apartó de ella y le dedicó una sonrisa.

—Esta vez no voy a decepcionarte. Lo prometo.

Megan sintió una calidez recorrer su cuerpo. Sus instintos le decían que debía tener cuidado, pero la promesa de un nuevo comienzo, de explorar lo que había entre ellos, era más tentadora que cualquier advertencia.

—Me tengo que ir. Me esperan mis padres.

—¿Nos vemos mañana?

Ella se tomó un tiempo para pensarlo, más para no mostrar entusiasmo. No quería parecer desesperada.

—Vamos al refugio, ¿no?

—Sí, al refugio —contestó Aiden con una sonrisa.

Después tomó su cara con las manos y tiró hacia él con suficiente fuerza para besarla, fuera de control y desesperado. Posó la mano en su espalda y la hizo presionar sus caderas contra él. Megan apenas le llegaba al hombro, recordándole lo menuda que era.

—Mañana sobre las doce —le susurró al oído.

—Mhm.

Megan dio un paso hacia atrás y se mordió los labios. Aquello era excitante y le gustaba.

Se despidieron con una sonrisa y Aiden apoyó su espalda contra la pared. El corazón le latía frenéticamente en el pecho y una sensación de mareo lo estaba asaltando. Las emociones fuertes le provocaban un estado inestable, pero no le importaba. Por primera vez en mucho tiempo se sentía feliz.

Salió al vestíbulo y vio a Megan y sus padres abandonando el lugar. Nada más salir al exterior fueron asaltados por un grupo de periodistas y entre ellos estaba el reportero que incomodó a Hans y el gobernador con sus preguntas la última vez. Había recordado su nombre y el periódico para quien trabajaba. Era un tal Kevin Thales y representaba a Global News.

—Mierda, otra vez los malditos periodistas —dijo el gobernador a sus espaldas—. Tenemos que salir por la puerta de

atrás. ¿Vienes con nosotros?

—Me quedaré un rato por aquí. Quiero preguntar qué estrenos hay el mes que viene —mintió.

—No sabía que te gustan las películas.

—No me pierdo ni una.

—Entiendo.

El gobernador agarró el brazo de su mujer y se dieron la vuelta.

—Bueno, yo también me voy. Parece que estás tramando algo —dijo Amy, mirándolo con los ojos entrecerrados—. Adiós, maridito. Nos vemos en casa.

Aiden resopló y miró hacia la puerta que daba al exterior. Vio que los periodistas aún no se habían ido, así pues, salió y bajó los escalones despacio para no llamar la atención. Llegó al lado de Kevin Thales y se aclaró la garganta.

—Tengo información sobre el Círculo Dorado. ¿Podemos hablar?

El hombre lo miró con interés y asintió con la cabeza.

—Tu cara me suena. ¿Nos hemos visto en algún lado?

—Soy el yerno del gobernador.

Kevin puso cara de sorpresa y ladeó una sonrisa. Era un hombre que tendría alrededor de unos cuarenta años, con una mirada aguda, con ojos azules que parecían captar cada matiz en las expresiones de la gente que lo rodeaba. Su cabello era castaño oscuro, ligeramente desordenado, como si hubiera salido corriendo de una sala de redacción tras recibir una primicia. Tenía una ligera barba bien cuidada que enmarcaba su mandíbula, dándole un aire de intelectualidad. Vestía con un estilo clásico: una chaqueta de *tweed* que, aunque algo desgastada, mostraba signos de carácter y de largas horas de trabajo. Por debajo llevaba una camisa blanca y una corbata un poco floja.

—Interesante. —Lo miró de arriba abajo—. Sin duda quiero escuchar lo que tienes que decir. Pero no aquí. Estoy investigando el Círculo Dorado por mi cuenta. Tengo un primo policía que me echa una mano.

—Está bien. Dime dónde y cuándo.

—Mañana a las once en la cafetería que hay al lado de New York Times.

—Ahhh, es que… Está bien —titubeó. Había quedado de encontrarse con Megan a las doce.

—Hasta mañana —dijo Kevin.

—Sí, hasta mañana.

El reportero hizo señas a su compañero que llevaba la cámara y se montaron en un coche blanco.

Aiden miró a su alrededor y cuando vio una fila de taxis, se encaminó hacia allí. Era importante hablar con Kevin, él podría exponer todos los trapos sucios del Círculo Dorado en los medios de comunicación de la manera más limpia posible. Así su nombre no quedaría manchado y el gobernador nunca sabría que él había compartido información confidencial.

Pero también había la presión de su encuentro con Megan, quien lo estaba esperando, sin saber que él iba a desafiar no solo Hans y a su suegro, sino también sus propios principios éticos.

Entró en el taxi y después de indicarle la dirección al chófer, se tomó un momento para respirar hondo. La venganza que llevaba años planeando era un riesgo, sí, pero valdría la pena si lograba desmantelar el imperio de Hans. Mientras el taxi se deslizaba por las calles de la ciudad, Aiden repasó mentalmente las estrategias que había preparado. Necesitaba ser astuto, encontrar la forma de presentar la información de manera que no solo captara la atención de la prensa, sino que también generara un escándalo lo suficientemente grande como para forzar una investigación.

Pero también sabía que esa alianza podría ser un arma de doble filo. Si las cosas salían mal, no solo perdería credibilidad ante el gobernador, sino que también pondría en peligro la seguridad Megan, quien se estaba convirtiendo en su refugio.

Sabía que el camino que había elegido no era el adecuado, pero la posibilidad de justicia y de quitarle a Hans lo que más preciaba lo impulsaba a seguir adelante.

# Capítulo 26

Al día siguiente, Aiden desayunó y salió de casa sin decir nada a nadie. Había cogido la documentación que tenía sobre el Círculo Dorado y se subió en un taxi rumbo a la ciudad.

Media hora más tarde, el coche se detuvo frente a un café modesto, el lugar que habían acordado. Aiden pagó al chófer y salió, sintiendo el aire frío en su rostro. Mientras caminaba hacia la entrada, una mezcla de nervios y determinación lo invadió.

Al entrar, sus ojos se cruzaron con los de Kevin, que lo esperaba en una mesa en la esquina. El periodista levantó una ceja, como si pudiera leer la tormenta de pensamientos en la mente de Aiden.

Caminó hasta allí y se sentó frente a él. Dejó la mochila en el suelo y miró a su alrededor. El lugar no estaba muy concurrido y los únicos clientes eran un par de chavales jóvenes que celebraban un cumpleaños.

—Bueno, ¿quieres tomar algo? —preguntó Kevin.

—No, gracias. He desayunado hace poco.

—Entonces vayamos al grano. —Colocó los codos sobre la mesa—. ¿Qué información tienes?

—Tengo una lista con los miembros del Círculo Dorado y las aportaciones financieras para el club. Hay transferencias que son de cuentas extranjeras…

—Vale, ¿y por qué lo haces? Estás casado con la hija del gobernador. No lo entiendo.

—Tengo mis razones. No voy a decir más.

—Bueno… Supongo que la información es de fiar.

—Lo es —aseguró—. No hay dudas.

—Lo comprobaré con mi primo, el policía. Pero esto no es ningún trapo sucio. Muchos políticos tienen cuentas extranjeras…

—El Círculo Dorado es una secta.

Kevin dejó de hablar cuando escuchó aquello.

—He participado en una de esas ceremonias satánicas. Usan sangre de bebés recién nacidos para ofrendas y les marcan con una cruz invertida. En la lista que tengo, al lado de cada miembro, hay anotaciones de tipos de sangre. Creo que cada uno lleva un bebé a las ceremonias, no sé si es familiar o si es robado.

—No me esperaba esto… —Se pasó una mano por el rostro, impactado—. Que desgraciados.

—Esto te lo cuento para que lo investigues. He firmado un acuerdo de confidencialidad y no puedo testificar ni aportar ninguna documentación.

—Lo entiendo, no te preocupes.

—Hay algo más. —Se inclinó sobre la mesa—. Alguien más está dispuesto a hablar de esto.

—¿Quién es?

—Un indigente que lleva tiempo protestando y haciendo huelgas de hambre. Lo he visto un par de veces, pero no consigo encontrarlo.

—¿Sabes cómo se llama? Se lo diré a con mi primo.

—Daniel West, y la última vez lo vieron en el refugio ilegal que hay debajo del puente Manhattan.

—Daniel West —murmuró para sí mismo—. ¿No será el mismo Daniel West que fue director de Jp Morgan Private Bank?

—No lo sé…

—Es el banco que usan los millonarios —aclaró—. Tiene sentido… —Se tocó los labios con la punta del dedo índice—. Recuerdo el escándalo. Lo acusaron de fraude y estuvo un año en prisión. Salió bajo fianza y no se supo nada más de él.

—Si hablamos con él, seguro que nos dirá qué ha pasado.

—Vale, sí. No hagas nada más. Ya me encargo yo desde aquí. Mantenemos el contacto. Si quieres hablar conmigo, vienes aquí y se lo dices a John, el camarero.

Aiden miró por encima de su hombro hacia la barra y vio a un hombre canoso, con una mirada intensa y profunda, que parecía estar escuchando cada palabra que decían. Aiden sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No era la primera vez que se encontraba en

una situación tensa, pero en esa ocasión había algo diferente en el aire, una sensación de que estaban siendo observados.

—No te preocupes por él. Ha sido detective toda su vida y sospecha de todo el mundo. Es buena persona.

—Entiendo.

Relajó la postura y se agachó para coger la mochila. Sacó la documentación que tenía sobre el Círculo Dorado y se la entregó a Kevin.

—Me tengo que ir —volvió a hablar.

Miró la hora en su reloj de pulsera y se puso en pie. Quedaban diez minutos hasta las doce y si se daba prisa podría llegar a tiempo para el encuentro con Megan.

—Pásate por aquí estos días.

—Lo haré.

Abandonó el lugar a toda prisa y cogió un taxi que lo llevó hasta el puente de Manhattan. Pagó y se dirigió hacia el paso de peatones. Vio a Megan al otro lado y levantó una mano para llamarle la atención.

Ella lo vio y le devolvió el saludo sonriendo.

Cuando el semáforo se puso en verde, cruzó la calle rápidamente, sintiendo la adrenalina en su interior. El murmullo de la ciudad lo envolvía, pero todo se desvanecía cuando sus ojos se posaron en Megan. Ella parecía radiante bajo el sol del mediodía, con el cabello ondeando suavemente con la brisa.

—Hola. Siento el retraso.

—No pasa nada. Llevo poco tiempo esperando.

Se abrazaron brevemente, un gesto que parecía capturar la esencia de su conexión. Sin embargo, había algo en el aire, un leve matiz de nerviosismo que ambos podían sentir.

—¿Aiden? ¿Qué haces aquí con ella?

La voz de Amy le puso a Aiden los pelos de punta. Se apartó de Megan y trató de sonreír, pero el gesto se le quedó atrapado en el rostro. Su esposa los miraba con una mezcla de sorpresa y desconfianza.

—Es una amiga de infancia. Bueno, la verdad es que no tengo que darte explicaciones —dijo Aiden, intentando que su voz

sonara despreocupada.

—No, pero soy tu mujer y…

—Eh, no quiero interrumpir —dijo una voz femenina detrás de ellos—. Amy, me tengo que ir. Hay un aviso del refugio. Alguien ha sido apuñalado.

—Ah, entiendo —contestó ella.

—¿Qué ha pasado en el refugio? —preguntó Megan a la vez que daba un paso hacia adelante.

La joven que había llegado vestía ropa de policía y tenía una expresión grave en el rostro.

—Es información confidencial, pero… ¿Quién eres? —preguntó la oficial.

Era una joven alta y tenía una mirada decidida que transmitía autoridad. Su uniforme ajustado resaltaba su figura atlética, mientras que una placa brillante colgaba de su cinturón, reflejando la luz del sol. No obstante, su cabello, recogido en una coleta alta, dejaba al descubierto sus rasgos fuertes y una expresión de determinación que inspiraba confianza.

—Soy Megan, amiga de Aiden.

—Ahhh… —Se dio la vuelta despacio—. El marido de Amy.

—Hola, Olivia —saludó Aiden con una sonrisa.

Un silencio tenso se instaló entre ellos, con las miradas fijas en el suelo y el aire lleno de preguntas no formuladas.

—Eh, bueno —dijo Olivia, al cabo de un rato—. Hablamos luego, Amy.

—Espera… —Megan dio unos cuantos pasos hacia ella—. Necesito entrar al refugio. Dentro hay dos personas que son importantes para mí y…

—Es un lugar peligroso.

—Lo sé, pero es que… Necesito hablar con ellos.

Aiden la miró, sintiendo que debía apoyarla a pesar de la confusión que había en ese momento.

—¿Podrías preguntar por si alguien los conoce? —dijo él al final.

—Oye, que ella es mi novia. Y… y… Ah, bueno…

—Eso, te has dado cuenta de que te pillé —habló Aiden—. Si tu padre se entera de esto…

—¿Qué hay de ti? Estás aquí con una amante.

—No soy su amante —espetó Megan, indignada.

—Tranquilizaos, por favor —dijo Olivia—. Es una situación incómoda, pero hay cosas más importantes que esto. Lo que pasa en el refugio es crítico y cada minuto cuenta. No han encontrado al culpable —añadió, su tono autoritario cortando la tensión que había crecido entre los tres.

—Pregunta por ellos, por favor —insistió Aiden.

—Está bien. ¿Cómo se llaman?

Megan la miró agradecida antes de contestar:

—Son una pareja. James y Diana.

—Quedaos por aquí. Luego hablamos —dijo ella y se acercó a Amy—. Vete, tu padre estará siguiendo tus pasos. Estarás en problemas si te ven conmigo.

—Llámame luego.

La voz de Amy sonó triste y por primera vez Aiden sintió lástima por ella. No era una mala chica, tan solo alguien incomprendido en una sociedad que no le permitía ser quien realmente era, que la obligaba a ocultar su verdadero yo. El peso del apellido y las expectativas de su familia la mantenían atrapada en un matrimonio que no deseaba.

Olivia se fue y Amy soltó un suspiro.

—Odio esto… —susurró—. Odio a mi padre.

—Ey, no te vengas abajo. Estoy seguro de que con el tiempo, tu padre terminará aceptándolo.

—Eso jamás. No voy a hacerme ilusiones en vano. La libertad para amar no es un lujo que pueda permitirme en este mundo conservador. —Alzó la mirada—. Me voy, no le digas nada a mi padre. Por favor.

—No lo haré. Vete tranquila.

Amy se fue y Aiden se quedó allí, sintiendo el nudo en su pecho. Era difícil ver a alguien tan joven y lleno de vida ser arrastrado por el peso de las expectativas familiares.

—Ahora entiendo un poco más tu situación —dijo Megan —. Veo que no te casaste por amor, ¿por qué lo hiciste?

—Te lo diré todo más adelante. Ahora vamos a comer. Olivia tardará un rato en volver.

# Capítulo 27

La mirada de Megan estaba fija en la entrada al refugio. Comieron y luego se sentaron en un banco frente al puente de Manhattan. Estaba nerviosa y en su mente se formaban varias preguntas relacionadas con James y Diana. ¿Estaban allí? ¿La conocían? ¿Eran personas agradables?

—Has estado callada todo el rato. ¿Estás nerviosa? —dijo Aiden a la vez que le cogía la mano.

—Sí.

—Háblame. ¿Quién es esa pareja?

—Es… Bueno, son…

Dejó de hablar porque vio a Olivia saliendo del refugio. Se puso de pie y caminó a su encuentro.

—Dentro hay mucho caos, pero hemos conseguido atrapar al culpable —dijo ella con voz grave.

—Me alegro.

—He preguntado por James y Diana. —Metió la mano dentro del bolsillo de su chaleco antibalas y sacó un papelito—. Lo ha escrito la mujer.

—Gracias.

Lo cogió con la mano temblorosa y lo guardó en su bolso. Sentía curiosidad por lo que había escrito Diana, pero quería leerlo a solas.

—Bueno, voy a seguir trabajando.

—Muchas gracias.

La oficial se despidió con una inclinación de cabeza y se fue hacia el refugio.

Megan se dio la vuelta y encontró a Aiden de pie, detrás de ella. Lo miró unos cuantos segundos y luego se puso de puntillas para darle un pico en los labios. Estaban en la calle, pero no le importaba. Había conseguido contactar con James y Diana, algo que se le hacía cuesta arriba últimamente.

—Gracias.

—¿Por qué? —dijo, mirándola a los ojos.

—Me has ayudado a conseguir algo imposible.

—Fue Olivia.

—Bueno, pero porque estás casado con su novia. —Soltó una pequeña risa—. Qué situación más extraña.

—La verdad es que sí.

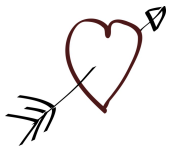
—Bueno, voy a irme.

—No vas a decirme nada más, ¿verdad? ¿Qué pone en ese papelito?

—Ahora no. Quiero resolver este asunto sola. Espero que lo entiendas.

—Está bien. No voy a preguntar más. ¿Compartimos un taxi?

—Mhm.



Una hora más tarde, Megan se sentó en la cama con el papelito que le dio Olivia en la mano. No sabía lo que ponía en él, pero la curiosidad la consumía. Se preguntaba si sería una advertencia o tal vez un mensaje que cambiaría su vida.

Decidida a descubrirlo, lo desenrolló despacio. Con un poco de esfuerzo, empezó a leer y las palabras comenzaron a cobrar sentido. Lo que había escrito era justo lo que había deseado.

*No sé quién eres, pero podemos vernos esta noche frente al refugio.*

Quedaban unas cuantas horas hasta que anocheciera y le daría tiempo de ir a casa de su amiga Sarah. Querían abrir los sobres con las notas del examen al mismo tiempo. Guardó la nota en su bolso junto con el certificado de nacimiento y la carta que le dio la enfermera, y bajó al salón. La casa estaba vacía, sus padres habían salido a comer con unos amigos y sus hermanos tenían clases de esgrima.

—¿Necesita el coche, señorita? —preguntó el chófer nada más verla.

—Sí, gracias. Voy a ir a ver a Sarah.

Salieron juntos de la casa y bajaron las escaleras al mismo tiempo. Se subieron en el coche y durante el cuarto de hora de trayecto, Megan mantuvo los ojos cerrados en un vano intento de descansar.

El coche avanzaba por las calles tranquilas, y el suave vaivén la hacía sentir un poco más relajada, aunque la inquietud por abrir el sobre con las notas la mantenía en tensión. Pensó en cómo sería la reacción de Sarah al ver sus resultados. Ambas habían estudiado duro, pero siempre existía esa incertidumbre.

Al llegar, el chófer detuvo el vehículo frente a la casa de Sarah. Megan respiró hondo, intentando calmar los nervios que la invadían. Se despidió del chófer y se dirigió hacia la puerta, sintiendo el ligero crujir de la grava bajo sus pies. Antes de tocar el timbre, se detuvo un instante, recordando las promesas que se habían hecho: que independientemente de los resultados, seguirían siendo amigas y apoyándose mutuamente.

La puerta se abrió casi de inmediato, y allí estaba Sarah, con una sonrisa que iluminaba su rostro. Llevaba puesto un chándal de terciopelo de color salmón y su cabello estaba recogido en una trenza apretada. Parecía una colegiala.

—Hola, amiga. Que alegría verte. Pasa.

—Hola, Sarah.

Entraron y se dirigieron a la cocina. El salón era pequeño, pero luminoso y acogedor. Las paredes estaban adornadas con fotos familiares y algunas obras de arte que su madre había pintado.

—¿Estás lista para esto? —preguntó Sarah.

—No lo sé. Estoy emocionada y nerviosa al mismo tiempo —respondió Megan.

Ambas se sentaron frente a la mesa, mirando el sobre que parecía más grande de lo que era en realidad.

—Vamos a hacerlo juntas, ¿sí? —sugirió Megan a la vez que sacaba el suyo.

—Sí, juntas —asintió su amiga.

Con un gesto decidido, ambas tomaron un sobre y comenzaron a rasgarlo. El sonido del papel desgarrándose resonó en la cocina, y con cada segundo que pasaba, la tensión aumentaba. Una vez que los sobres estuvieron abiertos, miraron las notas que contenían.

Megan había aprobado y por la expresión de alegría en el rostro de Sarah, se dio cuenta de que su amiga también había tenido éxito. Ambas se miraron y soltaron un chillido de triunfo.

—¡Lo logramos! —exclamó Sarah.

—¡Sí, lo logramos! —respondió Megan.

Se sentía muy feliz y ligera, como si un gran peso se hubiera levantado de sus hombros.

—¿Y ahora qué? —dijo Sarah—. Deberíamos celebrarlo, ¿no?

—Hoy no puedo, además no quiero terminar como la última vez.

—Ay, no me lo recuerdes. —Sarah se dejó caer sobre la mesa y cerró los ojos—. Menuda resaca al día siguiente.

—Sí…

—Espera. —Se incorporó de golpe—. ¿Quién era ese hombre tan apuesto que me metió en un taxi? ¿Cómo os conocisteis? ¿Y dónde? Porque apenas sales de casa.

—Es un amigo de infancia.

—Ahhhh, tiene sentido. —Soltó una carcajada—. ¿Y hay algo más?

—Está casado.

—¡¿Qué?! —Abrió los ojos de par en par—. Es muy joven.

—Ya…

—¿Y por qué estaba allí esa noche? ¿No debería estar con su mujer? ¿La conoces?

—Ni idea.

—No me lo creo. Hay algo más, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres.

—Sí, niégalo, pero ningún hombre sale en medio de la noche a cuidar de una mujer sin ningún interés. ¿Fuisteis novios en el instituto?

Megan la miró, pero no dijo nada. No tenía respuesta para aquello. No fueron novios, pero tuvieron algo especial.

De repente, se sintió atrapada entre el peso de los recuerdos y la presión de la pregunta. Aquella conexión que habían compartido en el instituto, esos momentos en que el tiempo parecía detenerse, ahora parecían inalcanzables.

—No éramos novios —respondió finalmente—. Pero había algo, sí.

Sarah asintió, como si comprendiera más de lo que Megan estaba dispuesta a admitir.

—A veces la historia entre dos personas no se limita a una etiqueta.

Esa afirmación resonó en Megan. Era cierto, y aunque había intentado dejar atrás aquello, el recuerdo de sus miradas y risas compartidas aún la perseguía. El día que él apareció como un fantasma del pasado, en la boda de su hermana, había reavivado todo eso.

—Quizás no debería haberlo perdonado tan rápido —murmuró, más para sí misma que para Sarah.

—O quizás era justo lo que necesitabas —respondió con una sonrisa enigmática.

—Bueno, vamos a tomar una cerveza. ¿Te apetece?

—Mhmmm, pero no tengo.

—En el bar que hay en la esquina, donde vienen muchos estudiantes.

—Ah, sí. Sé cuál es. —Esbozó una sonrisa traviesa—. Voy a cambiarme y vamos.

# Capítulo 28

El taxi estacionó frente al puente de Manhattan y Megan miró por la ventana. Había mucha gente en la calle y todos parecían absorbidos en su propio mundo, como sombras que se movían sin rumbo.

Las luces de la ciudad parpadeaban, reflejándose en el agua del río, y los coches transitaban las calles como un arcoíris de luces, creando un espectáculo casi hipnótico. Era una noche vibrante, pero Megan se sentía desconectada, como si estuviera observando todo desde una distancia segura.

El taxista la miró por el espejo retrovisor.

—¿Vas a bajar?

—Ah, sí.

Pagó y abrió la puerta. La brisa fresca de la noche la envolvió, y por un instante sintió un escalofrío. Caminó hacia el puente y se perdió en sus pensamientos, preguntándose si aquel encuentro cambiaría algo en su vida o no.

El aire nocturno estaba impregnado de la fragancia de la ciudad: una mezcla de comida callejera, humo y un toque de humedad del río. Megan se detuvo frente al puente y miró hacia el horizonte, donde los rascacielos se alzaban imponentes, como guardianes silenciosos de su historia.

No sabía qué esperaba encontrar en esa noche, pero estaba decidida a ir hasta el final para averiguar la verdad.

—¿Señorita?

Al escuchar aquello se dio la vuelta y se encontró cara a cara con una mujer de mediana edad. Su cabello era rubio y sus ojos de un color verde esmeralda muy peculiar. No obstante, se veía cansada y su ropa desaliñada era una clara señal de que había pasado por momentos difíciles. Megan sintió un impulso de curiosidad y compasión.

—¿Sí?

—¿Acaso es usted quien ha preguntado por mí y mi marido?

—¿Diana?

—Sí, soy yo —contestó la mujer con una sonrisa perezosa.

—¿Podemos hablar un momento? ¿Su marido no viene?

—Ha tenido que ir a trabajar. Le toca turno de noche.

—Entiendo.

Empezó a caminar y la mujer enseguida la siguió. Llegaron frente a una cafetería y Megan le indicó que entrara. Se sentaron en una mesa en un rincón, lejos de las miradas curiosas. El aroma a café recién hecho envolvía el ambiente, brindando una sensación de calidez en medio de la tensión que ambas sentían.

—Gracias por venir —dijo Megan—. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias.

Una camarera llegó en ese momento y la joven pidió un café doble y unos cruasanes con chocolate.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó la mujer mirándola con fijeza, como si tratara de leer su respuesta.

Megan respiró hondo, el tema que debía abordar no era fácil.

—Primero, voy a presentarme. Mi nombre es Megan Wells.

Los ojos de Diana se agrandaron con sorpresa y una chispa de reconocimiento iluminó su rostro. Se puso de pie de un salto y dio un paso atrás, como si se estuviera enfrentando a un fantasma de su pasado.

—Debería irme —dijo con voz trémula. Dio la vuelta y empezó a caminar con rapidez, casi huyendo.

—Espere, no se vaya. Por favor.

Megan la agarró con fuerza por el brazo y la detuvo.

—No tenemos nada que hablar. No vuelvas a contactar conmigo. Mantente fuera del refugio.

—¿Conoces a mi padre? Quiero enseñarte algo. He encontrado un certificado de nacimiento…

—Escucha, niña. —Tiró del brazo para soltarse y se dio la vuelta para mirarla—. Vete y… y…

La mujer suspiró, el peso de aquel encuentro inesperado la dejó sin palabras por un momento. Se tomó un tiempo antes de volver a hablar.

—Vuelve a tu casa. Olvida este encuentro.

Megan se sintió pequeña ante esas palabras, pero también había una chispa de determinación en su interior. Así pues, hurgó en su bolso y sacó el certificado de nacimiento.

—He encontrado esto.

Las dos mujeres se miraron, el tiempo pareció detenerse.

—¿Dónde lo encontraste? Tu padre dijo que lo había quemado.

—Así que sabe que es un certificado de nacimiento.

—Reconozco el papel. Tiene manchas de sangre, mi sangre… —susurró—. Ese día… Dios… —suspiró.

Megan dio un paso adelante, el deseo de conectar era más fuerte que el miedo.

—No, por favor —dijo Diana a modo de advertencia—. No te acerques.

—Necesito saber la verdad.

—La verdad… No existe eso.

Se dio la vuelta y caminó hacia la salida, apurada.

Megan dejó dinero encima de la mesa y salió corriendo detrás de ella. La alcanzó justo antes de que cruzara la calle. Volvió a agarrarla por el brazo, pero esa vez más fuerte, y se colocó frente a ella.

—No seas cobarde. Quédate y enfrenta la situación.

—Sí, soy una cobarde. Lo fui hace veinticinco años y lo soy ahora. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y su boca se torció de disgusto.

—Prometo no juzgarte, solo quiero saber la verdad. Solo quiero saber si eres mi madre.

—Ayyyyy….

Diana se echó a llorar y se dejó caer en el suelo con las manos cubriendo su rostro. Megan, sorprendida por la intensidad de

la reacción, se agachó a su lado y le apartó las manos.

—No puedo. No puedo.

La voz de la mujer era un susurro quebrado, lleno de dolor y arrepentimiento.

—Para mí es importante saberlo.

Diana entrelazó sus dedos con los de Megan, como si aferrarse a ella pudiera darle el valor necesario.

—La verdad es un peso que he cargado durante los últimos veinte años. Esperaba que nunca lo descubrieras. Estoy tan avergonzada de mí misma, de mi impotencia.

—Así que es verdad. Este certificado de nacimiento no es falso. —Apretó el trozo de papel contra su pecho.

Diana levantó la mirada, sus ojos reflejaban una mezcla de miedo y anhelo.

—No tuve elección. Tu padre, bueno Hans es… es… un tirano. Tiene tanto poder…

—¿Qué hizo?

Megan sintió que su corazón latía con más fuerza mientras la angustia la invadía.

—No quieres escuchar esto, te lo aseguro.

—Dímelo, por favor.

La ayudó a ponerse de pie y caminaron juntas, en silencio hasta que llegaron frente a un banco. Se sentaron y Megan respiró hondo, intentando calmar la tormenta de emociones que se agolpaban en su interior. Había averiguado que era adoptada, que hasta ese momento había vivido una mentira. La revelación la había golpeado como un tsunami, arrastrando consigo sus certezas y dejando un vacío donde antes había confianza.

—Empecé a trabajar para tus padres como criada y con el tiempo me gané su confianza. Les hablé de mi marido y enseguida lo contrataron como jardinero. Nos dejaron vivir en la cabaña durante unos años, hasta que me quedé embarazada. Entonces Hans dio la orden de que llevaran todas nuestras cosas a la mansión. Nos dieron una habitación en la planta baja y había un médico que iba frecuentemente a comprobar que el embarazo iba bien. Al principio me alegré porque pensé que Hans era un buen

hombre, que se preocupaba por mí y mi bebé. —Giró la cabeza para mirarla—. Estaba feliz, estaba deseando tenerte en mis brazos.

—¿Qué pasó? —preguntó la joven con voz trémula.

—Viniste antes de tiempo. Te adelantaste un mes y medio —explicó—. Eras tan pequeña que pensaron que no ibas a sobrevivir. Te llevaron al hospital y estuviste ingresada un mes. Hans se mostraba muy preocupado, pero a veces se comportaba muy extraño. Iba todos los días a verte y hablaba mucho con el médico. Cuando te dieron el alta, fue él quien te llevó a casa. Ni siquiera nos avisaron.

—¿Y mi madre?

—En ese tiempo Ginger estaba muy ocupada con la academia de baile. La acababa de inaugurar.

—Ahhh, entiendo.

—La primera noche la pasaste conmigo y fue el momento más emocionante para mí. Sostenerte en mis brazos era un sueño hecho realidad —suspiró—. Pero la alegría duró muy poco. Al día siguiente, Hans llegó con el médico y te llevaron. Nos aseguraron que no debíamos preocuparnos, que solo te iban a hacer unas pruebas. Volvieron de madrugada y tenías el brazo izquierdo vendado. Solo me dijeron que intentaron encontrar la vía para extraer sangre y que la vena se reventó. No me atreví a mirar, ni siquiera pensé que algo raro había pasado.

—Él brazo izquierdo… —murmuró para sí misma y fue entonces cuando recordó el encuentro con Aiden, cuando él le preguntó por su marca de nacimiento.

—Después de una semana, tu padre apareció con un abogado y con el médico. Dijo que eras hija suya y que nosotros teníamos que abandonar la casa. Fue entonces cuando saqué el certificado de nacimiento y se lo enseñé. Estaba temblando y mi dedo índice se enganchó con la cremallera del bolso. Me hice una herida y el papel se manchó de sangre. Hans sacó otro papel, una prueba de ADN que mostraba que él era tu padre. En ese momento no entendía lo que pasaba y a mi marido se lo habían llevado dos hombres que vestían de negro. Parecían matones así que me acobardé. Recuerdo las palabras de tu padre: «*No eres nadie, tu*

*vida no vale nada. Si no quieres ver el cadáver de tu marido en la morgue, abandona la casa ahora mismo. La niña es mía».*

—¿Qué? ¿Hizo eso mi padre? Bueno… Hans.

Megan cerró los ojos por un momento, tratando de asimilar lo que estaba escuchando.

—Debería haber luchado contra ellos entonces, pero no pude. Tenía tanto miedo.

—Qué crueldad. No puedo creer que… que me hicieran eso. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Mi madre no hizo nada? Bueno, Ginger…

—No lo sé. Me fui de la mansión enseguida. Solo recuerdo que llegué a la parada de autobús y hacía mucho frío. Un coche se detuvo al lado de la acera y tiraron a tu padre al suelo. Nos fuimos de allí llorando. Hemos intentado varias veces hablar con tu padre, pero fue imposible dar con él. Fuimos a la policía, pero no teníamos ninguna prueba para demostrar que había dado a luz. Todos los documentos se quedaron en la mansión y el médico declaró que no me había visto nunca. No teníamos nada, así que hemos vivido en la calle muchos años. Algunas veces iba al colegio para verte. Estaba orgullosa de ti, tan hermosa, mi niña… —Se echó a llorar y la tristeza se apoderó del ambiente.

—¿Por qué no te acercaste a mí? ¿Por qué no intentaste decírmelo hasta ahora?

—Lo intenté varias veces, pero no podía por los guardaespaldas que contrató tu padre.

—¿Guardaespaldas?

—Sí, todas las mañanas que ibas al colegio, o al instituto, había un furgón negro que os seguía de cerca.

—Creo que lo he visto… —dijo pensativa—. Siempre estaba aparcado delante del instituto.

—Así es.

—Pero eso es un robo. —Cogió sus manos y les dio un fuerte apretón—. Robaron a tu hija recién nacida.

—Nadie me creía. Decían que estaba loca, que me imaginé el embarazo.

—No me lo puedo creer. He vivido con ellos tanto tiempo…

—Has tenido una buena vida, educación y no te ha faltado nada.

—Me ha faltado cariño. Hans es una persona fría y me ha tratado siempre con indiferencia. Ahora ya sé por qué. Y Ginger… No ha sido mala madre, pero nunca la veo. No hemos hecho nada juntas, ni siquiera las tareas del colegio.

Diana la miró con tristeza.

—Entonces lo siento. Pensé que eras feliz.

—Fui feliz, pero por muy poco tiempo —murmuró más para sí misma mientras recordaba el tiempo que Aiden vivió en la mansión.

—Sé que no merezco tu perdón, pero lo siento mucho y…

—Has sufrido más que yo. —Volvió a darle un apretón—. Nos hemos encontrado y no pienso volver a separarme de ti.

—Ay, Megan. Que buena eres.

—Pero tengo que enfrentarme a Hans.

—No lo hagas. No hay necesidad de hacerlo.

—Ha cometido un acto muy atroz. Es tarde para que la ley lo castigue, pero pienso hacerlo público.

—Es un hombre con mucho poder, Megan. Vas a terminar mal.

—No me importa. Es mi deber hacerlo.

Diana la miró sorprendida. El rostro de Megan estaba bañado en lágrimas, pero sus ojos grandes, a pesar de estar anegados, mostraban una mirada firme y con determinación.

—Eres más valiente de lo que yo fui.

—Y quizás eso es lo que necesitamos, ambas. Valientes para enfrentar lo que venga.

—Sí, supongo.

—Voy a irme, pero quiero que mantengamos el contacto. Y quiero conocer a James, a mi padre.

—Se pondrá muy feliz.

—Vendré por esta zona más a menudo.

Se dieron un breve abrazo antes de despedirse y tomaron caminos separados. Megan sabía que la lucha apenas comenzaba, pero… ¿Estaba lista para enfrentarse a su pasado y a Hans?

# Capítulo 29

Aiden bajó al salón y encontró a su suegro sentado en el sofá, con un vaso de *whisky* en la mano. Estaba vestido con el pijama y tenía el cabello hecho un desastre.

—Son las cuatro de la tarde —dijo Aiden a la vez que miraba el reloj de la pared—. ¿O no?

—Ven, tómate una copa conmigo.

—Sabes que no puedo beber. Además, me lo habéis prohibido.

—Por un día no pasa nada.

Se tomó el *whisky* de un trago y llenó el vaso.

Aiden soltó un breve suspiro y se sentó en el sofá. Cogió el vaso y se lo llevó a los labios. Nunca le habían gustado las bebidas alcohólicas, pero no quería rechazar al hombre. Bebió un sorbo y elevó una ceja a modo de interrogación.

—¿Pasa algo?

—Sí, pasa. —Señaló el periódico que estaba encima de la mesa—. Alguien del Círculo Dorado nos ha traicionado.

De pronto, Aiden se sintió nervioso. ¿El gobernador sabía que era él? Cogió el periódico y leyó el titular en voz alta.

*El Círculo Dorado es una secta. Algunos de sus miembros son políticos y empresarios.*

Más abajo estaba la lista con los miembros que él le había entregado al periodista y el testimonio del mendigo, Daniel. Así que lo leyó rápidamente, contento de que hubieran podido contactar con él.

*Mi nombre es Daniel West y fui presidente del Jp Morgan Private Bank. Conocí a Hans mientras hacía una retirada en efectivo bastante grande y me propuso ser miembro del Círculo Dorado, asegurándome que podría obtener ciertos beneficios y que mi*

*riqueza no dejaría de crecer. Me estafaron, cogieron todo mi dinero y me acusaron falsamente de haber cometido fraude. Nadie me creyó, nadie apostó por mí… Ahora vivo en la calle, mendigando. Lo único que pido es justicia, investigar a fondo a ese club y a sus miembros. Hay políticos, médicos y policías involucrados. Tengo pruebas que corroboran todo lo que he dicho.*

Aiden dejó el periódico en la mesa y sonrió para sus adentros. Había conseguido crear una brecha en la organización de Hans, con ese titular y testimonio se sembró la desconfianza y el miedo entre sus miembros.

Mientras contemplaba su logro, sabía que aquello era solo el comienzo. La desconfianza podría ser el primer paso para desestabilizar la organización de Hans, un imperio construido sobre el secreto y el control. Se imaginaba las conversaciones a sus espaldas, las miradas nerviosas entre los miembros a medida que el rumor se esparcía.

Sin embargo, también era consciente de los riesgos; Hans no era alguien a quien se pudiera subestimar.

Aiden se preguntaba cómo podría aprovechar aquel golpe bajo, quizás utilizando fuentes internas para alimentar la inestabilidad, o contactando a aquellos que se sentían marginados dentro de la organización. Había abierto una puerta, pero el camino hacia la verdad aún era largo y lleno de peligros.

—Te has quedado callado. No eres tú quien habló, ¿verdad? —dijo el gobernador mirándolo fijamente. Soltó una carcajada y prosiguió—. Estoy bromeando, es imposible que fueras tú. Eres nuevo y sabes poco.

—Así es —contestó riendo.

Tomó otro trago de *whisky* y miró a su suegro. Estaba inquieto y nervioso.

—¿Quién es ese Daniel?

—Es… nadie importante. Todo lo que dice es mentira. Hans se asegurará de hacer que no vuelva a abrir la boca.

—Ahhh…

Aquello sonó como una amenaza y su deber era avisar al periodista. La vida de Daniel estaba en peligro.

—Mañana hay una reunión del Círculo. Presencia obligatoria para todos los miembros. Hay que encontrar al chivato.

—Allí estaré.

Se escucharon pasos y los hombres se giraron para ver a la persona que se acercaba.

—Huele a alcohol —dijo Amy a la vez que movía la mano en el aire—. ¿Estáis bebiendo? ¿A esta hora?

—Tenemos asuntos importantes de qué hablar. No nos molestes.

—Ni pensaba hacerlo.

Alzó la barbilla, desafiante.

—Cuida ese tono, Amy. Sabes que no te conviene desafiarme. Estás a un paso de quedarte sin nada.

—¿Crees que lo único que me importa es el dinero?

—Sí. —Soltó una risotada.

—Me importa más el amor. ¿Sabes siquiera lo que es?

—¿Cómo te atreves? —Se puso de pie de un salto y se mareó. Volvió a sentarse y dio un puñetazo a la mesa—. Si sigues así, esa… esa chica se quedará sin trabajo. Es policía, ¿verdad?

—No eres capaz…

—Lo soy y lo sabes. Deja de provocarme, hija.

—Me voy.

Apretó los labios con fuerza y se dio la vuelta de manera brusca. Se encaminó hacia la cocina con sus pasos lentos y pausados.

—Me gustaba más cuando era más pequeña. Ahora no consigo entenderla.

—Es muy joven, dale tiempo a madurar.

—No lo sé, no tengo mucha paciencia.

—Después de casarla conmigo pensaste que iba a cambiar.

—Pues sí. Cualquier otra mujer estaría interesada en ti. Eres guapo, apuesto e inteligente.

—Amy no piensa de esa manera. No le gustan los hombres…

—¡Cállate!

—Es la verdad, y deberías aceptarla antes de perder a tu hija.

—Ella me va a perder a mí.

—Pero tú serás quien se arrepienta. Deberías pensar en su felicidad y apoyarla.

—Ni loco voy a aceptar que es lesbiana. —Apretó los labios con fuerza—. Se te ha subido el alcohol a la cabeza. Deberías dejar de beber.

—Bueno, entonces voy a salir un momento. Iré a ver a mi madre —dijo Aiden a la vez que daba el último trago al *whisky*.

Era mentira, pero necesitaba una buena excusa para salir de casa y no levantar sospechas.

Se puso de pie y se despidió de su suegro con una leve inclinación de cabeza.

—No llegues tarde, mañana tienes que madrugar para la reunión. Y no bebas más.

—Sí, señor.

Aiden salió de la casa y se encaminó hacia la calle en vez de coger el coche familiar. No quería que nadie supiera que iba a la cafetería para entregar un mensaje al periodista Kevin.

Cogió un taxi y se bajó una calle más abajo, quería pasar desaparecido. Llegó al paso de peatones y mientras esperaba a que el semáforo se pusiera en verde, vio a una joven que se parecía a Megan bajarse de un taxi. Estuvo a punto de llamarla, pero un autobús pasó por delante bloqueándole la vista.

El color verde del semáforo se iluminó y Aiden cruzó rápidamente, sin poder quitarse de la cabeza la imagen de la joven. Una parte de él deseaba buscarla, pero sabía que no era el momento. Su misión era más importante que cualquier encuentro inesperado.

Continuó su camino y cuando vio el cartel de la cafetería, se armó de valor y entró. Se dirigió a la barra, asegurándose de que nadie lo reconociera.

—Buenas tardes. ¿Qué deseas? —preguntó John, el camarero.

—Hola. Necesito que le des esto a Kevin.

Le entregó un papel doblado mientras lo miraba fijamente.

—Entiendo.

Lo cogió y lo guardó dentro del bolsillo de su delantal.

Se despidieron con una leve inclinación de cabeza y Aiden abandonó el lugar a toda prisa. Salió a la calle y tomó una profunda respiración. Pronto su venganza llegaría a su fin y podría cerrar ese capítulo de su vida.

Se dirigió hacia el parque, pues necesitaba un lugar tranquilo para pensar. La idea de que su plan pudiera finalmente darle la justicia que buscaba lo motivaba a seguir adelante.

Al llegar se sentó en un banco y observó a la gente pasar. Mientras sus ojos recorrían el parque, cada expresión de felicidad que veía contrastaba con la tormenta que llevaba dentro.

Cerró los ojos por un momento, intentando calmar su mente. Recordaba el dolor que había sentido cuando se separó de Megan, la humillación que sintió cuando Hans despidió a su madre y los echó a la calle, el tiempo que estuvo ingresado en el hospital esperando un trasplante de corazón…

La rabia era un motor potente, pero también un veneno. Se preguntó si realmente estaba buscando justicia o si solo quería ver sufrir a ese desgraciado.

Lo único que no quería era hacer sufrir a Megan. La imagen de ella sonriendo, ajena a sus pesares, lo mantenía anclado a la realidad.

¿Qué diría ella al saber que lo único que buscaba era venganza? ¿Que solo quería hundir a su figura paterna?

La idea de que su deseo de venganza pudiera destruir la imagen que Megan tenía de su padre lo atormentaba. Sabía que, a pesar de lo que había descubierto, ella seguía aferrándose a la esperanza de que había algo bueno en él. La figura paterna era compleja; no era solo un villano en su historia, sino también una parte esencial de su identidad.

¿Cómo podría mirarla a los ojos después de eso? La decepción en su rostro sería insoportable.

No podía ser esa persona… ¿O sí?

# Capítulo 30

Al día siguiente, Aiden y el gobernador salieron de casa juntos para ir a la reunión del Círculo Dorado.

Estaba nervioso, la prensa había empezado a especular sobre la persona que había divulgado secretos sobre el club y su organización.

Había periodistas frente a su casa y cuando llegaron al lugar del encuentro, también.

—¿Cómo demonios vamos a entrar sin ser fotografiados? Mierda —gruñó su suegro.

—Deberíamos esperar un rato a ver qué pasa.

Se quedaron dentro del coche en silencio, mirando a través de la ventana.

—Quién haya sido el desgraciado que nos ha traicionado va a pagar muy caro.

Las palabras del gobernador pusieron a Aiden aún más nervioso, tanto que su corazón empezó a latir con fuerza. Sintió debilidad en los brazos y en las piernas y su respiración se volvió pesada. Llevó una mano al pecho y trató de tranquilizarse.

—¿Estás bien? —preguntó su suegro, mirándolo a la cara —. Estás sudando y parece que te vas a desmayar.

—Estoy… Yo… —Cerró los ojos y tragó saliva.

—No hables más. Vamos al hospital —le dijo al chófer.

Aiden sintió que el mundo se desvanecía a su alrededor mientras su suegro tomaba el control de la situación. La ansiedad se apoderaba de él, y la presión de lo que estaba sucediendo afuera se mezclaba con su creciente malestar.

—No, espera —logró decir a la vez que abría los ojos—. No hace falta ir al hospital.

—Tienes que cuidar el corazón. Si te desmayas, no serás de ayuda para nadie.

El joven tragó saliva de nuevo, sintiendo que la angustia se apoderaba de él.

—Dame un momento —susurró, intentando recuperar el control de su respiración.

Se concentró en su corazón, intentando calmar el ritmo acelerado.

Su suegro, aunque aún preocupado, asintió.

Aiden cerró los ojos nuevamente, concentrándose en la respiración profunda. Después de unos momentos, la sensación de tensión comenzó a desvanecerse y su mente se aclaró.

—Lo siento. No sé qué me pasó.

Su suegro le dio una palmadita en la espalda, un gesto de apoyo aunque todavía había preocupación en su rostro.

—Bien, entonces mantente fuerte. Si esto se complica, no dudaré en llevarte al médico. Llevas el corazón de Zain. Es lo único que me queda de él.

—Sí —contestó entre dientes.

Alguien tocó la ventana y el gobernador enseguida giró la cabeza. Le dio al botón y una figura familiar se asomó. Era uno de los vigilantes del edificio que le entregó un papelito bien doblado.

—Adiós, señor —dijo y se fue.

El gobernador lo abrió y después de leer la nota, le indicó al chófer una dirección.

—Hans ha cambiado el lugar. Nos reuniremos en el jardín de su casa.

—¿Su casa? ¿No hay periodistas allí?

—No lo sé.

—Su casa… —murmuró Aiden para sí mismo. Aunque tenía buenos recuerdos, odiaba ese lugar con toda el alma.

El trayecto fue corto, o así le pareció a Aiden. No lo suficiente para prepararse mentalmente y esconder toda la rabia que había brotado en su interior.

Frente a la entrada había una fila de coches negros y lujosos, que se alineaban a partir de la acera pavimentada de mármol blanco. El chófer se bajó y les abrió la puerta, y caminaron juntos a través de los rosales que había delante de la mansión. La

puerta estaba abierta y el mayordomo enseguida los llevó a la parte trasera.

Aiden intercambió una breve mirada con él, no quería que el gobernador se diera cuenta de que se conocían.

El jardín estaba repleto de hombres trajeados, alrededor de treinta, jóvenes y mayores, que mantenían conversaciones en voz alta. Hombres importantes y ricos, hombres influyentes en la sociedad y en la política.

Aiden miró a su alrededor con la esperanza de ver a Megan, pero solo había criados y camareros que entraban y salían con bebidas y canapés.

—Esto parece un festín. Que rápido lo ha organizado Hans —habló su suegro con orgullo.

—Mhmmm…

—Habéis llegado —dijo Damian, el ministro de exteriores —. Que locura.

Vestía un impecable traje hecho a medida con corbata rosa brillante. Era alto y delgado, y llevaba el pelo rubio peinado hacia atrás.

—Sí, está todo plagado de reporteros. Parecen unos malditos lobos.

—Hemos denunciado al periódico y a ese reportero entrometido. No tardarán en tomar medidas y acallarlo.

—Hay más periódicos…

—Buenos días a todos —dijo Hans mientras entraba en el jardín.

Estaba acompañado por un hombre vestido de militar, que llevaba gafas oscuras y una gorra negra cubriéndole la mitad del rostro.

—Gracias por venir —prosiguió—. He tenido que improvisar, pero espero que estéis a gusto aquí. Mis hombres echaron a los periodistas, así que tenemos privacidad y tranquilidad para hablar. Sentaos dónde queráis.

Todos tomaron asiento y se quedaron mirando a su líder con expectación.

Aiden se sentó en las escaleras, muy cerca de la puerta. Quería escaquearse en cuanto encontrase la oportunidad para buscar a Megan. Estaba deseando volver a verla.

—Como sabéis, estamos en el punto de mira por culpa de ese periodista entrometido. Lo he investigado y encontré la manera de hacer que se eche para atrás. Ahora quiero saber quién de vosotros me ha traicionado. —Metió las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones blancos perfectamente planchados y miró a cada uno de los hombres presentes con detenimiento.

Cuando su mirada se cruzó con la de Aiden, dio unos cuantos pasos hacia adelante.

—Eres el nuevo, ¿verdad? —preguntó. Ladeó la cabeza y dio otro paso hacia adelante.

—Es mi yerno —contestó rápidamente el gobernador.

—Ya… Entonces, ¿qué hace aquí? ¿Por qué es miembro del Círculo Dorado? Yo no recuerdo haberle pedido que se uniera a nosotros.

—Fui yo quien se lo dije —intervino el gobernador—. Cuando mi hizo Zain falleció, su corazón se lo donamos a él.

—Ahhhh, ahora lo recuerdo. Hicimos una excepción.

—Sí, mi hijo era miembro de este club y como su corazón sigue vivo…

—¿Has hablado con ese maldito reportero? —preguntó Hans, ignorando por completo las palabras del gobernador.

—No —contestó Aiden a la vez que se ponía de pie para enfrentarlo.

—La información que consiguió ese reportero no la pudo saber mi yerno. Tiene que ser uno de los fundadores —habló el gobernador.

—Los fundadores… —murmuró Hans—. Yo soy el principal y de los otros tres, uno eres tú.

—Yo no he sido.

—Bueno, os he traído a todos aquí porque quería presentaros a alguien. Este es Charles, mi sombra. Nos conocemos desde hace mucho tiempo y es jefe de una organización militar secreta. Él se encargará de este problema. Si alguien de aquí se

puso en contacto con ese reportero, él lo sabrá. Y ese alguien será castigado a su manera. ¿Verdad?

El militar asintió con la cabeza a la vez que ladeaba una sonrisa maliciosa.

La garganta de Aiden se cerró y solo le permitió emitir una especie de maldición ahogada. Aquello no pintaba bien… Si lo descubrían, podría afrontar consecuencias aterradoras.

—Ninguno de nosotros ha hablado —aseguró el ministro de exteriores—. Nuestra reputación y riquezas están en riesgo y a nadie le conviene esto.

—Lo tendré que confirmar —habló Hans.

Se cruzó de brazos y miró a cada uno de los presentes, sus ojos oscuros como los de un depredador.

—Si no sois vosotros, quizás vuestras mujeres o hijos —añadió—. Todo es posible.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo el gobernador—. Colaboraremos en todo.

—Eso espero.

—Habéis construido un imperio, pero los imperios frágiles son fáciles de derribar —dijo el militar con voz firme—. Mi trabajo es asegurarme de que eso no ocurra.

—Si alguien tiene algo que decir, que lo diga ahora —retó Hans, su mirada desafiando a todos los presentes.

El silencio se hizo denso, pero nadie habló.

—Entonces, disfrutad de la velada.

Hans se acercó a una de las mesas y cogió una botella de *whisky*. Llenó un vaso y lo levantó en el aire.

—Por el Círculo Dorado.

—¡Por el Círculo Dorado! —gritaron en unísono los demás.

Hans se lo bebió de un trago y se despidió del militar con una inclinación de cabeza. El hombre abandonó el lugar y tras ese gesto, Aiden sintió una mezcla de alivio y tensión. Las palabras del militar habían sido breves, pero cargadas de significado.

Mientras el hombre se alejaba, reflexionó sobre las decisiones que había tomado y las consecuencias que podrían derivarse de ellas.

—Sabes que no puedes beber —dijo el gobernador, llamando su atención.

—Sí, señor —contestó con pesar—. Voy un momento al servicio.

Subió los escalones sin mirar atrás y entró en la mansión. Se dirigió con toda seguridad a las escaleras y después de asegurarse de que nadie lo observaba, se detuvo un momento para serenarse.

Respiró hondo, tratando de calmar la tormenta de pensamientos que lo asediaban. ¿Qué pasaría si decidiera ignorar las advertencias? La tentación era fuerte, pero también lo eran las repercusiones. La voz del militar resonaba en su mente como un trueno sordo.

Subió las escaleras y se dirigió a la habitación de Megan. Tocó a la puerta y cuando esta se abrió, esbozó una ligera sonrisa. Verla en ese momento era lo que necesitaba para calmar su agitación.

—¿Aiden? ¿Qué haces aquí? Ah, la reunión…

—Sí, la reunión. Necesitaba un respiro de la fiesta.

—¿Solo eso?

—No.

Dio un paso hacia adelante y la agarró por la cintura. La atrajo rudamente hacia él y capturó su boca con los labios. No era un beso pasional ni cargado de deseo, era más bien un beso tierno, lleno de necesidad y vulnerabilidad. No quería asustarla ahora que parecía que se había animado a confiar en él.

Megan, abrumada por la profundidad de la emoción que sentía hacia aquel hombre, del que llevaba años enamorada, le devolvió el beso. Un cosquilleo le comenzó en la punta de los pies y le subió por las piernas hasta las rodillas. Estaba a punto de perder el equilibrio, así pues se aferró con fuerza a su cuello. Se había equivocado al tratar de mantener las distancias, también al intentar convencerse de que el «amor» que una vez había sentido por él se había apagado.

Aiden llevó a Megan hacia el interior de la habitación y empujó la puerta con el pie. No quería arriesgarse a que alguien les

viera besándose. Reclamó su boca con una implacable fiereza que lo hizo estremecerse de placer. Su corazón se volvió loco y empezó a martillear con fuerza en el pecho, debilitándolo. No quería marearse, pero tampoco quería dejar de besarla. Apoyó la frente en la de ella y respiró un par de veces.

—¿Pasa algo? —inquirió Megan, preocupada.

—Necesito un momento.

Se quedaron abrazados, con las respiraciones jadeantes y los ojos brillantes bajo la tenue luz.

Finalmente, le enmarcó la cara con las manos y se apoderó de nuevo de sus labios, más lento y prolongado, sin descanso. Su experiencia con mujeres no era demasiado amplia, pero sabía qué hacer para despertar el deseo. Su lengua reclamó el espacio interior, enredándose con la suya, jugando y tentando. No había peso del pasado, de promesas sin cumplir, ni las consecuencias que debían ser enfrentadas en aquel presente.

—Te deseo tanto, Megan —jadeó con los labios pegados a los suyos—. Siempre lo hice, siempre he deseado que seas mía.

—Aiden, estamos… Mis padres, no deberíamos… —Lo empujó suavemente, rompiendo el beso.

Se quedaron mirándose con los ojos bien abiertos y conscientes de sus respiraciones aceleradas.

—¿Pasa algo? —preguntó Megan susurrando—. ¿Dijo algo Hans en la reunión que…?

—Pasa que te echaba de menos y quería verte.

—Estás siendo imprudente. Si alguien nos ve…

—¡¿Hans?! ¿Desde cuándo no le llamas papá?

—Eh, es que… verás… —balbuceó—. Ya hablaremos. Ahora, vete. Mis hermanos están a punto de llegar.

—Está bien, me voy. ¿Cuándo podré volver a verte?

Alargó la mano y le acarició la mejilla con las puntas de los dedos. Megan cerró los ojos y suspiró.

—No lo sé… Estoy pasando por un mal momento ahora.

—Megan, ¿qué pasa, cariño?

—Nada, es… Bueno, ya hablaremos. Ahora vete, por favor.

—Me iré, tranquila.

Esbozó una sonrisa y le acarició de nuevo la mejilla con el pulgar y un erotismo que le aceleró el pulso a Megan. Luego bajó la vista a sus labios y ella enseguida se los humedeció, incapaz de resistir el gesto.

—Megan… —susurró y la besó.

La joven creyó que le daría algo si su respiración seguía agitándose de aquella forma. El calor subió por su columna y una agradable sensación se instaló en su vientre. Al separarse, apoyó su frente sobre la de ella.

—Quiero que sepas que echaré de menos tus labios.

Megan notó que se sonrojaba y que el corazón le daba un vuelco. Se maldijo para sus adentros. Se comportaba como una adolescente en lugar de hacerlo de manera sensata. Aiden iba a ser su perdición.

—Adiós.

Aiden retrocedió y salió de allí. Con un paso firme regresó al jardín, listo para afrontar su destino. El deseo de hundir a Hans lo impulsaba a seguir adelante a pesar de los obstáculos que se interponían en su camino. La rabia le había borrado cualquier otro sentimiento y pensamiento racional, incluida la prudencia. Pero la sed de justicia lo mantenía en marcha. La rabia lo guiaba, pero también la certeza de que debía hacer lo correcto, aunque el camino estuviera lleno de sombras.

# Capítulo 31

Al día siguiente, Aiden se despertó con un fuerte dolor de cabeza. Había pasado casi toda la noche en vela, tumbado boca arriba en la cama, a oscuras. La reunión había terminado tarde y encima, el ministro de exteriores anunció delante de todos que quería contratarlo como ayudante de secretario de estado.

El Departamento de Estado de los Estados Unidos estaba en Washington DC, a unas cuatro horas de distancia, lo que le suponía viajar o incluso mudarse allí. Era una buena oportunidad de trabajo, pero el imperio de Hans estaba a punto de desmoronarse y todos sus miembros a punto de perder sus cargos importantes.

Escuchó voces y se incorporó en la cama. Metió los pies en el par de zapatillas que tenía cerca y salió de la habitación.

El pasillo estaba despejado y oscuro, la luz del día no conseguía atravesar las altas ventanas que estaban al final. Bajó las escaleras y vio a Amy y su padre de pie, frente a la televisión. Se paró al lado de ellos y miró hacia la pantalla encendida. Leyó el titular que aparecía en la parte baja y se estremeció.

*Encontrado sin vida el periodista que publicó el artículo relacionado con el Círculo Dorado.*

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin dejar de mirar las imágenes.

—Ese periodista entrometido se ha suicidado —contestó el gobernador—. Que alivio. Ahora podemos estar tranquilos.

—¿Suicidio?

Aiden sintió cómo el aire se le hacía denso. La noticia era un golpe en el estómago, una confirmación de que su venganza se había salido de control.

—Es difícil de creer —dijo, intentando desviar la mirada de la pantalla, pero las imágenes seguían atrapándolo.

El gobernador se encogió de hombros, desestimando su inquietud.

—Un problema menos.

La frialdad del hombre ante aquella desgracia era escalofriante.

—¿Un problema menos? —repitió, incapaz de contener su incredulidad—. Alguien ha muerto.

Su suegro lo miró con desdén.

—Alguien que se metió en donde no le llamaban.

—¿Qué motivos podría tener para cometer tal cosa?

—Llorar por un extraño no cambiará nada —habló el hombre.

Aiden abrió la boca para decir algo más, pero la cerró de inmediato. No le convenía mostrar preocupación ni hacer nada que pareciera sospechoso.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó.

—Nada, solo seguir como siempre. Hans estará tranquilo ahora.

—Pero alguien habló con el periodista. Seguro que quiere averiguar quién es.

—Que lo haga. Estoy deseando saber quién ha sido el desgraciado.

Aiden tragó con dificultad y retrocedió. Su corazón había empezado a latir más rápido y sus manos temblaban.

—Iré… —Se aclaró la garganta y prosiguió—. Iré a ver a mi madre.

—Últimamente la estás visitando mucho.

—Es que no se encuentra bien —mintió.

—Ya, ya… Vete. Hoy no tenemos nada qué hacer. Recuerda que tienes que darle una respuesta al ministro de exteriores.

—Sí, lo haré.

—¿Qué respuesta? —inquirió Amy, mirándolos.

—Le han ofrecido un trabajo en el Departamento de Estado.

—Wow, mírate. Has escalado alto.

Aiden apretó los puños con fuerza y aguantó las ganas de contestarle.

—Me voy.

Se dio la vuelta y subió las escaleras con pasos apresurados. Entró en la habitación y se cambió de ropa. Se había metido en un buen lío, pero esperaba obtener algunas respuestas. Necesitaba saber si había alguien más, aparte de Kevin, que sabía que fue él quien filtró la información sobre el Círculo Dorado. Además, era importante encontrar a Daniel, el mendigo. Su vida podría correr peligro.

Una hora más tarde, Aiden entró en la cafetería. El lugar estaba tranquilo, apenas había gente en el interior. No obstante, se respiraba cierta tensión y sintió angustia por primera vez en mucho tiempo. Presentía que algo malo estaba a punto de suceder.

Se acercó a la barra donde estaba John y colocó las manos en la superficie de madera. El hombre levantó la cabeza y Aiden soltó un suspiro de horror cuando vio su cara amoratada y llena de cortes que aún sangraban.

—Dios mío.

—No deberías estar aquí. Vete, seguro que te están vigilando a ti también —dijo él, mirando hacia la puerta.

—Necesito saber qué le pasó a Kevin. Fuiste policía…

—Deja de buscar respuestas y no vuelvas a meterte con esa gente si quieres seguir con vida. Mírame, me ha faltado poco para terminar como mi amigo. —Su voz sonó triste y temerosa.

—No puedo quedarme quieto. Creo que murió por mi culpa.

—Murió porque se encontró con gente peligrosa. Hay ciertas personas que son intocables, como los de ese club de ricos. Vuelve a casa y no hagas nada durante un tiempo.

—No sé…

—Hazlo si quieres vivir.

Aiden apretó la mandíbula con fuerza y asintió de mala gana. Aquello no era el fin, no se iba a rendir tan fácilmente. Encontraría a Daniel y con su ayuda llevaría su venganza al final.

—Cuídate —dijo y dio la vuelta.

Cruzó la cafetería cabizbajo y salió a la calle sin detenerse a cerrar la puerta detrás de sí. El aire fresco de la tarde le golpeó la cara, pero no logró despejar la confusión que lo invadía. Cada paso que daba sonaba como un eco en su mente, recordándole la advertencia de John.

Mientras caminaba, sus pensamientos giraban en torno a Daniel. Sabía que debía encontrarlo, que tenía que saber la verdad detrás de la muerte de Kevin. La idea de rendirse le resultaba insoportable, pero también sabía que la línea entre la venganza y la autodestrucción era delgada.

La advertencia de John volvió a resonar en su mente: «Hay ciertas personas que son intocables». Pero no podía dejar que el miedo lo detuviera. Su búsqueda de justicia tenía que seguir a pesar de los riesgos.

Llegó a la esquina del edificio y se colocó al lado del semáforo que estaba en rojo. De pronto, una furgoneta negra estacionó junto al bordillo y dos hombres encapuchados se bajaron. Caminaron hacia él y lo agarraron con fuerza por los brazos.

—¿Qué demonios hacéis? —gritó a la vez que forcejeaba.

—Cállate —dijo uno de ellos.

Le propinó un fuerte golpe en la cabeza con la culata de la pistola y lo metieron en la furgoneta a punta de patadas.

Mareado, Aiden intentó soltarse. Pero sus esfuerzos fueron en vano, su cuerpo se lo impedía. Sus movimientos eran torpes y descontrolados, así como sus pensamientos. Demasiado débil para resistirse, cerró los ojos y permaneció inerte. Intentó concentrarse en su respiración, en encontrar un hilo de control en medio del caos. Pero cada vez que lo intentaba, una oleada de pánico lo inundaba, y la realidad se desvanecía, dejándolo atrapado en un limbo de desesperación. Al poco tiempo, perdió el conocimiento y se sumió en un sueño profundo, donde la confusión y el miedo se transformaron en una especie de calma engañosa.

# Capítulo 32

Aiden abrió los ojos, confuso y desconcertado. Sintió dolor en las muñecas y mucha debilidad en el cuerpo. Estaba sentado en una silla con las manos atadas en la parte trasera. Tenía la boca y los labios resecos, sentía una necesidad incontrolable de beber agua. El sitio era oscuro y olía a tierra y a humedad. Miró alrededor alterado y comprobó que se trataba de un sótano, vacío y fresco.

Comenzó a retorcer las manos para medir la fuerza de las ataduras, pero fue en vano y resultó más que doloroso. Después de varios intentos, se dio por vencido.

Escuchó pasos y se mantuvo quieto, a la espera.

De repente, la puerta se abrió con un chirrido, revelando una figura en la penumbra. Su corazón latía con fuerza, y se preguntó quién sería y qué querían de él. La figura avanzó lentamente, y él contuvo la respiración, preparado para lo que viniera.

—No me he fijado en ti hasta ahora —dijo una voz conocida.

Se acercó a él y se agachó para quedar a su altura. Tenía una mirada feroz y fulminante.

—Hans…

—Sí, chaval. Soy Hans.

Levantó una mano en el aire y Charles, el militar, se acercó a ellos y colocó un bate de béisbol en su palma abierta.

Hans apretó los dedos con fuerza alrededor del mango de madera y torció los labios con disgusto.

—Nos has traicionado. Debería castigarte como es debido.

Le propinó un fuerte batazo en el hombro que hizo que cayera al suelo de lado. Aiden gruñó y se quedó pasmado, aquello lo pilló desprevenido. Además, tampoco podría hacer mucho para defenderse. Estaba atado.

—Voy a matarte a golpes —espetó Hans.

—Hazlo, no tengo miedo.

—¡¿Miedo?!

—Lo único que te importa es la reputación y estar por encima de todos.

—Hablas como si me conocieras…

—Te conozco bastante bien.

—¿Ah, sí?

Colocó la punta del bate béisbol debajo de su barbilla y con un movimiento brusco lo obligó a levantar la cabeza. Había una ferocidad en su mirada que Aiden nunca había visto antes, una mezcla de rabia y desdén que lo atravesaba como un cuchillo afilado.

—Sigo esperando a que me digas algo interesante. ¿Por qué lo hiciste? —dijo Hans, inclinándose hacia él, su aliento caliente mezclándose con el sudor que cubría la frente de Aiden.

—Eres un cobarde —dijo a pesar del nudo en su estómago. Su mente estaba llena de pensamientos oscuros, pero mantenía la compostura.

El bate apretó más su barbilla, y Aiden sintió una punzada de dolor que lo sacudió. Pero se mantuvo firme y no mostró debilidad.

—Estoy delante de ti, listo para desquitar mi ira. No creo que sea un cobarde.

—Te aprovechas de tu poder para abusar de los débiles.

—Son palabras que no tienen fundamento. ¿Qué quieres? ¿Una paliza rápida o un espectáculo digno de recordar?

—Hazlo rápido —dijo Aiden con una calma que lo sorprendió incluso a él mismo—. No tengo tiempo para tus juegos.

En un instante, la sonrisa de Hans se desvaneció, dio un paso atrás y soltó el bate. Aiden se sintió aliviado, aunque el peligro no había desaparecido.

—Tú lo has pedido. Has firmado tu sentencia.

—¿Me vas a matar como lo hiciste con Kevin?

—Ah, el periodista… ¿Era tu amigo?

—Eso no importa. ¡Lo has matado! —bramó, insuflando toda la rabia posible en su voz.

—¿Estás seguro? ¿Tienes pruebas? Dicen que se suicidó.

—¡Eres un desgraciado!

Trató de lanzarse hacia él, pero lo único que consiguió fue hacerse más daño. Dejó escapar un gruñido rabioso y dio varias patadas con los pies.

—Estoy seguro de que tu ausencia no se notará. No hay nadie que venga a buscarte, nadie que se preocupe. ¿Verdad?

—¿De qué hablas?

—Tu suegro me ha contado tu situación. Que solo te casaste con su hija para esconder que ella es lesbiana.

—¿Solo eso?

—Ah, ya… Ahora lo recuerdo.

Volvió a agarrar el bate de béisbol y lo colocó en su pecho, dándole pequeños golpes.

—Tienes el corazón de su hijo. —Sonrió de lado—. ¿Crees que eso te salva? Es solo un órgano, Zain está muerto.

—El gobernador piensa todo lo contrario.

La risa burlona del hombre resonó en la habitación, un eco que parecía amplificarse en el vacío.

—No tienes idea de quién soy yo.

—Creo que sí.

Con un último esfuerzo, se arrojó hacia adelante, pero su cuerpo fue detenido por las cuerdas que lo mantenían prisionero. El dolor lo atravesó, y se dio cuenta de que cada intento solo lo debilitaba más.

—¿Vas a rendirte? —preguntó el hombre, acercándose lentamente, disfrutando del espectáculo.

—Nunca —contestó, desafiando la agonía que lo consumía.

El aire se volvió denso, y la sensación de inminente desesperación lo envolvió. Respiró hondo, intentando calmar la tormenta que latía dentro de él. Las palabras de Hans resonaban, burlándose de su dolor, pero algo en su interior le decía que no podía rendirse.

—He vivido en tu casa bastante tiempo como para saber quién eres.

Los ojos de Hans se agrandaron tanto que parecía que iban a salir de su órbita.

—¿Qué dices?

—No sabes quién soy, ¿verdad? No sabes porqué filtré la información a la prensa.

Hans se agachó y lo miró fijamente a los ojos. Sus manos temblaban mientras la tensión en el aire se volvía palpable, un hilo delgado que podía romperse con la más mínima provocación.

—¿Sabes algo, Charles?

El militar dio un paso hacia adelante y contestó:

—Se llama Aiden Brent, tiene veintiséis años y está casado con la hija del gobernador. Su madre es cocinera y se llama…

—Lily —dijo Hans y soltó una carcajada que le puso los pelos de punta a Aiden—. Eres el hijo de esa maldita mujer.

—No le faltes al respeto, imbécil.

—¿Qué es esto? ¿Una venganza?

Levantó el bate de béisbol en el aire y le dio un golpe seco al suelo, levantando polvo y fragmentos de tierra. Aiden se puso en guardia, sintiendo cómo la tensión llenaba el ambiente.

—Yo no lo llamaría venganza, sino justicia.

—¿Justicia? No me hagas reír. La gente pobre no debería tener voz o poder, y mucho menos tú.

Aiden apretó los dientes, sintiendo la indignación crecer en su interior.

—Todos merecen ser escuchados.

Hans dio un paso hacia adelante, el bate aún en mano, como si cada palabra pudiera ser un golpe.

—¿Y qué pensabas hacer? ¿Pretender ser un héroe?

Aiden tomó aire, intentando calmarse.

—Eres un monstruo —replicó, cada palabra cargada de determinación—. Has manipulado a todos a tu alrededor, haciendo que crean en tus mentiras. Pero yo sé la verdad.

Hans retrocedió un paso, como si las palabras fueran un veneno que comenzaba a calar hondo.

—¿Así es como me ves? ¿Como un monstruo? ¿Y solo porque os eché a la puta calle? Tenía que hacerlo, tenía que alejaros

de mi familia, de mi hija. Sois unos parásitos…

—¿Tu hija? ¿Cuándo fue la última vez que le dijiste algo bonito? Recuerdo que siempre le hablabas mal, que la tratabas con frialdad y la culpabas de todo.

—No me des lecciones de vida. Cuando eres padre….

—¿Por qué me has traído aquí? ¿Para matarme? Hazlo ya y deja de hablar.

—Entonces, ¿estás listo para lo que viene? —preguntó Hans, levantando el bate de nuevo.

—Sí. No tengo miedo.

Con una fuerza renovada, se lanzó hacia adelante, intentando liberarse de las ataduras que lo mantenían prisionero. El sudor perlaba su frente, y la rabia alimentaba su resistencia.

El primer golpe fue potente y directo, el bate impactó contra el costado de Aiden con un horrible crujido.

—¡Maldito mamón!

Con un giro rápido, volvió a alzar el bate, esa vez apuntando hacia su cara.

El segundo golpe conectó contra la mandíbula de Aiden, haciéndolo girar bruscamente, incapaz de defenderse. Sintió dolor, como una descarga eléctrica que duró unos cuantos segundos. Luego sacudió la cabeza para despejar la confusión. Sus pensamientos se nublaron, pero una chispa de determinación brilló en su interior. No podía rendirse.

Hans disfrutaba del control que tenía y lo observaba riéndose con desprecio.

El joven se esforzó por mantenerse erguido, aunque su cuerpo temblaba. Pero Hans no le dio tregua. Con un movimiento veloz, descargó el bate contra Aiden una vez más, golpeando en su hombro, haciendo que el dolor ardiera como fuego.

—¡No tienes idea de lo que has desatado! —exclamó Hans.

Cada golpe era más fuerte que el anterior, una sinfonía de dolor que parecía no tener fin. Aiden trató de protegerse, pero fue inútil. La brutalidad del ataque lo mantenía en un estado constante de desesperación.

Los golpes continuaron, uno tras otro. El bate encontraba su camino hacia Aiden una y otra vez: en su costado, en su pecho, en su cara. Con cada contacto, la visión de Aiden se volvía más borrosa, y el mundo a su alrededor se desvanecía.

Hans le lanzó otro golpe, pero esa vez Aiden hizo un esfuerzo supremo. Con un movimiento inesperado, rodó hacia un lado, esquivando el bate que pasaba zumbando a su lado. Con un último resquicio de energía, se incorporó, volviendo a encarar a Hans.

—¿Esto es todo lo que tienes? —dijo, su voz temblando, pero firme.

—¡Maldito loco!

Levantó el bate de béisbol en el aire listo para golpearlo de nuevo, pero Charles lo detuvo.

—Es suficiente, señor.

—Lo voy a matar —rugió con una ira primitiva.

—Dijiste que solo querías darle una lección.

—Eso fue antes de saber quién es.

Aiden, aun recuperándose del ataque, observó la escena, sintiendo una mezcla de temor y esperanza.

—Su muerte repentina levantaría sospechas. Déjalo encerrado aquí por un tiempo.

—Esto no acaba aquí… —murmuró Hans, pero el desafío en su voz había perdido fuerza.

—No, no acaba. Pero depende de ti decidir cómo continuará —respondió Aiden, preparado para lo que viniera.

—Continuará contigo fuera de la ecuación.

Le dio un último golpe, más fuerte que los anteriores, destrozando la resistencia de Aiden. El bate salió volando de su mano, mientras el joven se desplomaba en el suelo, incapaz de levantarse.

Hans se detuvo, respirando con dificultad y con el rostro bañado en sudor. Con un último vistazo, se dio la vuelta y se alejó del lugar. Salió del sótano acompañado por Charles, dejando a Aiden en un estado de dolor y confusión, tendido en el suelo frío. Cada

respiración era un recordatorio del impacto devastador que había recibido; el cuerpo le ardía y la cabeza le retumbaba.

Aiden sintió que el mundo se desvanecía a su alrededor, pero en medio del caos, había una chispa de claridad que comenzó a surgir. Aunque Hans había dejado el sótano, el tormento que había causado no podría despojarle de su determinación.

Con esfuerzo, se giró y se sentó, tratando de recomponer los pedazos de su voluntad. El eco de las palabras de Hans aún vibraba en su mente, y con cada latido, la rabia y la frustración se transformaban en un nuevo propósito.

—Llevaré mi venganza al final —murmuró para sí mismo, luchando por levantarse.

Mientras sus músculos protestaban y el dolor se intensificaba, Aiden recordó las razones por las que había luchado. Su madre, Kevin y todos los que habían sido afectados por la mala voluntad de Hans.

Miró hacia la puerta por la que Hans había salido y supo que esa no era la última confrontación. Tendría que levantarse y enfrentar sus miedos, no solo por él, sino por todos aquellos que ya no podían.

—No tengo miedo —dijo en voz alta.

Estaba decidido a no rendirse y a llevar a cabo su venganza. La imagen de Megan lo llenaba de fuerza, recordándole que cada momento sin ella era un día más que la vida le había robado. Había dejado que su amor se convirtiera en un susurro apagado, una sombra del pasado, pero ahora sabía que debía luchar por lo que realmente quería.

Regresaría a donde todo había comenzado, a cada rincón donde sus risas resonaban, a cada rincón donde el amor floreció antes de ser destruido.

—Haré que sufras, Hans. —murmuró con los puños apretados—. Por cada lágrima que le causaste a mi madre, te haré pagar.

# Capítulo 33

Megan salió de su cuarto y bajó a la cocina para desayunar. Vio a Hans entrando y se quedó clavada en el suelo del salón, observándolo con atención. Sentía una mezcla de confusión y rabia al mirar a ese hombre que había sido su figura paterna durante toda su vida, pero que en realidad era un desconocido. Siempre le había temido y esa sensación de temor había crecido con los años, alimentada por las discusiones constantes entre ellos.

La figura de su padre, aunque era la única que conocía, a menudo se transformaba en una sombra oscura en su mente.

Megan intentó recordar momentos felices, pero la imagen de él siempre la había intimidado de alguna forma. Su mirada severa, sus expectativas inalcanzables, y la forma en que dominaba la casa con su presencia, todo ello creaba un ambiente opresivo que le dificultaba ser ella misma.

—Hola —dijo al cabo de un rato.

—Ah, estás en casa. Pensé que tenías clases.

—Acabé la universidad. He aprobado todos los exámenes.

—Me alegro. Necesito descansar, voy a la habitación. Que nadie me moleste.

Pasó por su lado y Megan arrugó la nariz. El hombre desprendía un olor desagradable, una mezcla de humedad y sangre. ¿Sangre? Sintió un escalofrío que la recorrió desde los pies hasta la cabeza. La mezcla de olores la había golpeado con una claridad inquietante. Su instinto le decía que había algo más oscuro detrás de esa fachada cotidiana.

Había pasado años intentando ignorar los detalles extraños, pero ahora todo parecía cobrar sentido de una manera aterradora. Mientras él se alejaba, su mente empezó a divagar, recordando momentos que había considerado insignificantes.

Cada vez que había visto hombres extraños en la casa, viajes en mitad de la noche o la forma en que él evitaba hablar de

su pasado, todo encajaba en un rompecabezas que no había querido ver. Sin embargo, la idea de confrontarlo la llenaba de ansiedad.

Tomó una respiración profunda y decidió que no podía dejarlo así. Con el corazón en la mano, se armó de valor y lo siguió. Necesitaba respuestas, necesitaba saber por qué había cometido tal crueldad con ella y con sus verdaderos padres.

—¿Tienes algo que ocultar? —preguntó con voz trémula.

Él se detuvo y se giró para mirarla.

—¿Ocultar? No sé a qué te refieres.

—Hace poco hablé con un matrimonio muy interesante. Se llaman James y Diana.

—¿Qué pretendes, Megan?

Se acercó a ella y la agarró con fuerza por el brazo. Su agarre era doloroso y las puntas de sus dedos se hundían en su piel mientras una oleada de pánico la invadía. Permaneció rígida como una estatua a la espera.

—No quiero que te metas en asuntos que no te conciernen —dijo él, apretando su agarre aún más, como si su vida dependiera de ello—. No hagas caso a las mentiras…

—¿Mentiras? —Tragó saliva—. No creo que ellos mientan.

Él la soltó de inmediato, como si su toque lo hubiera quemado.

—¡No hables de cosas que no entiendes! —gritó, su voz resonando en el salón.

Megan dio un paso atrás asustada. Su corazón latía con fuerza y sus piernas apenas la podían sostener.

—No voy a dejar que me sigas engañando. Necesito saber quién eres realmente. ¿Por qué me robaste? —Su voz temblaba, pero estaba decidida.

—¿Robado? —Soltó una carcajada. Ellos te abandonaron, esa es la verdad. Y ahora que has crecido y te has convertido en una señorita refinada, con buenos estudios y un futuro prometedor, quieren aprovecharse de ti. Es que hueles a dinero…

—Así que admites que no soy tu hija.

—Eres mi hija. Te he criado con mi apellido…

—Y te doy las gracias por eso, pero te odio por haberme separado de mis verdaderos padres.

—Ellos te abandonaron, Megan. Han contactado contigo porque quieren dinero.

—Fui yo quien los buscó.

Hans elevó una ceja a modo de sorpresa.

—¿Ah, sí?

—Encontré el certificado de nacimiento…

—¿Has buscado entre mis cosas?

Se acercó a ella y la volvió a agarrar por el brazo.

—No fue esa mi intención. Fui a buscar un libro para leer y…

—¡Has tocado mis cosas! —rugió a la vez que la sacudía.

—Me haces daño.

Forcejeó para que la soltara.

—¿Qué son estos gritos? ¿Qué pasa aquí? —preguntó Ginger mientras bajaba las escaleras.

Llevaba puesto un pijama de seda de color rosa y tenía cara de pocos amigos.

Hans soltó a Megan y rechinó los dientes.

—Ahora que sabes la verdad, puedes irte de esta casa.

—¿Qué dices?

Ginger se paró al lado de su marido y lo miró a la cara.

—No te metas, vuelve a la habitación —dijo él con voz firme.

—No me des órdenes y dime qué pasa. ¿Por qué le dices a Megan que se vaya de casa?

—Porque es una entrometida, porque…

—No puedes tomar decisiones sin consultarlo conmigo. Es mi hija también.

—¿Tu hija? —soltó una carcajada irónica—. A ver si ella piensa lo mismo.

Ginger frunció el ceño durante un momento, procesando las palabras de su marido. En su interior, una tormenta de emociones comenzaba a formarse. Sabía que su matrimonio pasaba por un momento crítico, pero nunca lo había visto tan fuera de sí.

—Vamos a calmarnos —dijo, intentando suavizar la atmósfera—. Hablemos de esto como una familia, sin gritos ni acusaciones.

—¿Familia? —replicó Hans—. Esto se ha vuelto un circo…

Dio la vuelta y se encaminó hacia la biblioteca.

—¿Hans? Espera, tenemos que terminar de hablar.

—Déjalo —dijo Megan. Se acercó a ella y le cogió la mano —. Necesito saber algo.

—¿Qué pasa, hija? ¿Por qué tu padre… ?

—¡¿Mi padre?!

—Claro, tu padre.

—Ese hombre no es mi padre.

—Megan…

Ginger se acercó a ella y le agarró las manos. Le dio un par de caricias suaves y prosiguió, con voz temblorosa.

—Nosotros, bueno… Eres adoptada, pero eso no significa…

—¿Adoptada? —Dio un paso hacia atrás, con un nudo en la garganta—. ¿Cómo puedes decir eso? Sabes perfectamente que me habéis robado.

—Nadie te ha robado, Megan. No sé de dónde sacas eso. Yo quería tener más hijos, especialmente otra niña. Cuando la criada de la casa dio a luz me alegré. Pensaba mimarte y darte todo lo que quisieras. Me sentí muy triste cuando te abandonaron. Te encontramos en la cuña, con una nota que decía que te cuidásemos como si fueras nuestra hija. Así que hicimos los papeles de adopción…

—No mientas, sé la verdad. Hans amenazó a mis padres e hizo todo lo posible para que ellos renunciaran a mí.

—No, Megan. Estás equivocada.

—Así que a ti también te engañó —dijo al cabo de un rato.

—No…

—No tiene sentido quedarme viviendo aquí. Él me ha echado y…

—Hija, por favor. No te vayas. ¿Qué van a decir tus hermanos? ¿Y tu hermana? Sabes que Ana te quiere mucho.

Ginger enseguida la abrazó. Megan se quedó paralizada por un momento, sintiendo el calor del abrazo de la mujer, pero su mente estaba dividida entre el deseo de salir y la incertidumbre de dejar todo atrás.

—¿Por qué no me dijiste la verdad desde el principio?

Ginger se separó un poco, intentando mirarla a los ojos. Tenía los labios crispados y sus manos temblaban.

—Lo hice para protegerte, nunca fue mi intención hacerte daño.

—No puedo quedarme aquí y pretender que todo esté bien —suspiró.

—¿A dónde vas a ir?

—No te preocupes por mí. —Tomó sus manos entre las suyas y les dio un fuerte apretón—. Hablaré con Sarah.

—Esta es tu casa. Quédate, por favor.

—Gracias por todo.

Sus ojos se humedecieron al acabar de decir eso.

—Hija… —Se llevó las manos a la boca sollozando—. Lo siento. Hablaré con tu padre y…

—No voy a volver.

Se miraron durante un largo momento, cada una buscando respuestas en los ojos de la otra. El silencio se volvió abrumador, como si el tiempo se hubiera detenido entre sus corazones desgarrados.

—Eres muy cruel —dijo Ginger.

—Lo siento. Necesito estar a solas y pensar. Esto es demasiado para mí.

—Está bien. Entonces haz eso, pero no nos olvides. Siempre serás mi hija.

Megan se dio la vuelta y subió las escaleras, dejando a la mujer con el eco de su voz resonando en el aire. Su mirada estaba firme aunque llena de lágrimas. Fue muy difícil decir aquellas palabras y tomar la decisión de irse.

En su habitación, cerró la puerta y se sentó en la cama, sintiendo el peso de aquella situación difícil sobre sus hombros. Las lágrimas comenzaron a arder detrás de sus ojos y dejó caer la barbilla sobre su pecho.

El hogar donde había jugado y reído, donde había pasado momentos de felicidad y amor, ahora estaba vestido con una sombra profunda. La revelación de que sus padres adoptivos eran, en esencia, unos ladrones, la dejó con una amarga sensación de traición. No solo le habían ocultado su origen, sino que el amor que siempre creyó incondicional ahora se sentía empañado por la duda y el miedo; ¿qué más habían ocultado?

Con un profundo suspiro, comenzó a recoger algunas de sus pertenencias. Sabía que el camino por delante no sería fácil, pero estaba lista para enfrentarlo.

# Capítulo 34

Megan salió de la casa y arrastró la maleta hacia el taxi que estaba estacionado frente a la acera. Cada paso que daba sobre el camino de grava resonaba como un eco de su vida anterior, una vida que ahora parecía una construcción de mentiras. La familiaridad de las paredes que la habían acogido desde pequeña se desvanecía, y con ella, la sensación de seguridad que había sentido durante años.

Mientras sus pies la llevaban lejos, se dio cuenta de que mientras dejaba atrás ese lugar, también se llevaba consigo un pedazo de su inocencia. La calidez de los abrazos de Ginger, el consuelo de la risa familiar, los juegos con sus hermanos, todo se había vuelto agridulce.

—Buenos días. Voy a guardar la maleta —dijo el chófer, sacándola de sus pensamientos.

—Sí, muchas gracias.



Media hora más tarde, el taxi estacionaba frente a la casa de Sarah. Megan miró por la ventana y soltó un breve suspiro. Tenía dinero para ir a un hotel, pero necesitaba compañía, un abrazo, necesitaba llorar…

Pagó al chófer y se bajó. Cogió la maleta y la arrastró hasta la puerta. Llamó al timbre y se preparó para el encuentro con su amiga.

La puerta se abrió con un suave chirrido, y Sarah apareció con una expresión de sorpresa en su rostro. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a Megan y sin pensarlo, la abrazó con fuerza.

—¡Megan! ¿Qué haces aquí?

Megan se dejó llevar, sintiendo el calor y la familiaridad del abrazo.

—¿Puedo quedarme aquí unos días?

Al escuchar aquello, su amiga se apartó para mirarla.

—Por supuesto. Pero ¿qué ha pasado?

—Es una larga historia.

—Vamos, pasa. Mis padres están en casa de mis tíos. Vendrán esta noche.

—Gracias.

Sarah la condujo al interior y se sentaron en el sofá. Megan comenzó a desahogar su corazón, compartiendo cada fragmento de su angustia y de su descubrimiento. Mientras hablaba, se sintió un poco más ligera, como si cada palabra fuera un paso hacia la sanación.

—Menuda historia. No me lo puedo creer —murmuró su amiga.

Se pasó una mano por el cabello, de un rubio dorado, que caía en suaves ondas sobre sus hombros. Sarah siempre había tenido una luz especial en sus ojos, una mezcla de comprensión y calidez que hacía que las personas se sintieran cómodas a su alrededor. Aquella mañana vestía una camiseta sencilla y unos *jeans* desgastados.

—Ya, yo también estoy en *shock*.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a vivir con tus verdaderos padres?

—No, ellos están… Bueno, viven en unas chabolas debajo del puente de Manhattan. Así que, no. Buscaré un apartamento. Tengo dinero en la cuenta.

—Entiendo…

—Echaré currículum y buscaré trabajo.

—Te ayudaré.

Sarah la abrazó con fuerza y luego le dio un beso en la cabeza, lista para ofrecer no solo consuelo, sino también la perspectiva que solo una verdadera amiga podría brindar.

—Gracias, amiga.

—Cuando te vi, pensé que le había pasado algo a tus padres.

—¿A qué te refieres? —preguntó Megan a la vez que se alejaba para mirarla.

—Esta mañana dijeron que el periodista que publicó un artículo relacionado con el club de tu padre se había suicidado.

—¿Qué periodista?

—¿No has visto las noticias? —Sarah frunció el ceño, contrariada—. Han publicado cosas muy fuertes relacionadas con la organización que dirige tu padre.

—No, no he visto nada…

—¿En serio? ¿En qué mundo vives?

—La verdad es que no salí de mi cuarto estos días. Todo lo que he descubierto me ha entristecido bastante.

Sarah la miró con preocupación.

—Entiendo.

Megan se llevó las manos a la cabeza, sintiendo cómo la ansiedad comenzaba a apoderarse de ella.

—¿Qué han dicho exactamente?

—Que hay acusaciones muy graves sobre irregularidades en el club, que en realidad es una secta satánica que realiza rituales paganos con sangre de bebés recién nacidos, que…

—¿Qué?

Megan sintió un escalofrío recorrer su espalda.

—Eso dicen, no sé si es verdad o no.

—¿Sangre de bebés?

—Mhmmm…

—Después de lo que he descubierto, me di cuenta de que no conocía de nada al hombre que fue mi padre.

—¿Crees que es verdad?

—Todo es posible.

Se miraron un breve momento.

—Bueno, ¿tienes hambre?

—Sí.

—Bien, voy a pedirle a María que cocine algo para las dos.

Sarah se puso de pie y se fue a la cocina. Mientras, Megan se quedó sentada en el sofá, mirando a su alrededor con atención. Los padres de su amiga eran adinerados y su casa era tan lujosa como la de sus padres. ¿Sus padres? Debería dejar de llamarlos así. Después de lo que había averiguado, no eran más que unos extraños para ella.

Soltó un suspiro tembloroso y sus pensamientos cambiaron de rumbo. ¿Qué estaría haciendo Aiden? De pronto, su mente se llenó de recuerdos de los momentos que habían compartido. Esa cercanía ahora se sentía como un espejismo en medio de la tormenta.

Un ruido en la cocina la devolvió a la realidad. Se puso de pie y agarró la maleta. Cruzó el salón y se encontró con su amiga al pie de la escalera.

—Ven conmigo. Te enseñaré la habitación.

—Gracias.

—Mañana te acompañaré a buscar trabajo. Tengo un par de contactos.

—Genial. Necesito ganar dinero rápido. Quiero buscarme un apartamento.

Subieron juntas los escalones y, a medida que se acercaban al piso superior, el eco de sus pasos resonaba en el silencio de la casa. La amiga abrió una puerta y reveló una habitación sencilla pero acogedora, con paredes pintadas de un suave color azul y una ventana que dejaba entrar la luz del atardecer.

—Está al lado de la mía —dijo, sonriendo—. Puede que no sea mucho, pero es tuya por ahora.

Ella dejó la maleta en el suelo y dijo con una sonrisa:

—Es perfecta. Gracias.

—Baja en media hora. Comeremos juntas.

Sarah cerró la puerta detrás de sí, dejándola sola.

Se quedó de pie un momento, absorbiendo el ambiente de su nueva habitación. Las paredes azules le recordaban al cielo despejado, y la luz dorada del atardecer le brindaba una sensación de calma. Se acercó a la ventana y miró hacia afuera; las calles

comenzaban a llenarse de vida, con gente paseando y niños jugando.

Con un suspiro, se dio cuenta de que había muchas cosas que debía hacer: deshacer la maleta, organizar sus pensamientos y, sobre todo, dejar atrás el peso del pasado.

# Capítulo 35

Al día siguiente, Megan y Sarah se subieron en un taxi rumbo a la ciudad. Se habían despertado temprano y prepararon el currículum revisando cada detalle para asegurarse de que todo estuviera perfecto, y luego desayunaron tortitas con sirope de arándanos, las favoritas de Sarah.

La luz del sol comenzaba a filtrarse entre los edificios, iluminando las calles con un cálido resplandor. El coche avanzaba a paso lento debido al tráfico matutino, y ambas amigas intercambiaban nerviosas miradas mientras escuchaban una conocida canción que sonaba en la radio. El sonido de la melodía les resultaba familiar y, aunque las letras eran un susurro lejano, le daban un aire nostálgico a aquel momento. Recordaban noches de risas y conversaciones profundas, mientras compartían sueños y anhelos bajo el mismo cielo estrellado.

—¿Te acuerdas de esta canción? —preguntó Megan.

—¡Claro! La escuchábamos todo el tiempo en nuestra última escapada a la playa —respondió Sarah, eufórica—. Me hace pensar en aquella fogata y en lo mucho que nos reímos esa noche.

El taxi se detuvo en un semáforo, lo que les permitió disfrutar del ambiente de la ciudad. Gente apresurada caminaba por las aceras, algunos con café en mano, otros inmersos en sus pensamientos.

El semáforo se puso en verde, y el taxi reanudó su marcha.

—¿Estás lista para encontrar trabajo? —preguntó Sarah, mirando por la ventana mientras el tráfico se movía lentamente.

—Sí. Pero antes quiero encontrarme con mis padres.

—Oh, ¿dónde? Dijiste que viven debajo del puente…

—De Manhattan, pero espero verlos en una cafetería que está cerca del lugar.

—Ah, está bien. Estoy deseando conocerlos.

El taxi giró en una esquina, y pronto fueron rodeados por el bullicio de la ciudad. Lo que antes era un murmullo lejano de vehículos y personas, ahora se convertía en un jaleo vibrante que les llenaba de energía.

Cuando llegaron a su destino, las dos bajaron del vehículo y se miraron en el reflejo del cristal de un edificio cercano, ajustando su ropa y sonriendo.

—Bueno, ¿dónde está la cafetería?

Megan giró sobre los talones y señaló con el dedo el lugar.

—Ahí, pero… ¿Está cerrada?

—Eso parece.

—¿Cómo voy a encontrarlos ahora?

—Dijiste que sabes dónde viven.

—Es un lugar peligroso. No podemos entrar solas.

—Oh, vaya. Mmmm… —Miró a su alrededor con curiosidad—. Hay otra cafetería. Podemos preguntar allí.

—Vamos.

Entraron juntas y después de dar unos cuantos pasos, Megan se quedó clavada en el lugar. El ambiente era extraño y un tanto inquietante. Las luces tenues iluminaban las mesas de madera oscura, y el aroma a café recién hecho se mezclaba con el de un suave incienso. Un murmullo bajo llenaba el aire, como si todos los presentes compartieran secretos.

—¿Pasa algo? —preguntó Sarah.

—No lo sé. Este lugar es extraño.

—Tienes razón. Mira ese rincón.

Megan miró hacia el lugar y vio un grupo de personas con miradas furtivas. Sus rostros eran sombríos, y sus risas eran demasiado altas, como si intentaran ocultar algo.

—Sí, parece que no son muy amigables —respondió, sintiendo una punzada de ansiedad en el estómago.

—Debemos ser discretas.

Se acercaron a la barra y el camarero levantó la mirada. Megan se sobresaltó cuando vio su rostro magullado, pero intentó mantener la calma.

—¿Qué desean? —preguntó él.

—Dos cafés con leche —contestó en voz baja, con el corazón latiendo más rápido.

—Tomen asiento.

—Eh, ¿puedo preguntarte algo?

El hombre asintió.

—¿Ha venido por aquí una pareja de mediana edad? Viven… Bueno, viven debajo del puente…

—¿James y Diana?

—Sí —contestó, sonriendo.

—Estuvieron aquí ayer y dejaron un número de teléfono para Megan.

—¡Soy yo!

—Toma, aquí tienes.

La joven cogió el papelito y lo guardó en su bolso.

—Gracias.

El camarero asintió con la cabeza y Megan cogió a su amiga por el brazo y se sentaron en una mesa. Se miraron con una mezcla de emoción y nerviosismo durante un largo momento y luego decidieron hablar para romper la tensión.

—¿Vas a llamar a ese número de teléfono? —preguntó Sarah.

—Sí, pero cuando lleguemos a tu casa. No quiero usar una cabina telefónica.

—Entiendo, es mejor tener privacidad.

—Mhm…

Megan se obligó a sonreír, aunque en su interior se sentía abrumada. Miró alrededor, asegurándose de que nadie prestara atención. El camarero seguía ocupado preparando los cafés y los demás clientes charlaban animadamente, ajenos a la emoción que se acumulaba en su mesa.

—Deberíamos salir a echar el currículum —dijo Sarah—. La amiga de mi padre dijo que estaría trabajando por la mañana.

Megan no pudo evitar morderse el labio mientras reflexionaba.

—Sí…

El camarero se acercó con dos humeantes tazas de café, interrumpiendo la charla. Ella agradeció y esperó a que se marchara antes de continuar hablando.

—Gracias por echarme una mano con esto. Me siento un poco perdida.

—Somos amigas y haré lo que pueda para ayudarte.

—Voy un momento al servicio.

Megan se puso de pie y serpenteó entre las mesas hasta que llegó al baño, donde se miró en el espejo. La luz fluorescente reveló las ojeras que había estado tratando de ocultar con corrector. Se lavó las manos y respiró hondo, intentando calmar la ansiedad que le apretaba el pecho.

Al salir, notó que la cafetería había ganado un aire más bullicioso; un grupo de jóvenes reía a carcajadas en una esquina. Se sintió un poco fuera de lugar.

Dio un paso hacia adelante y vio a un hombre vestido completamente de negro hablando con el camarero. Parecían muy nerviosos, como si estuvieran discutiendo algo de suma importancia. Megan se sintió atraída por la escena y dio otro paso hacia adelante.

El hombre, con una expresión intensa y ojos que parecían clavarse en el camarero, gesticulaba con las manos mientras hablaba en voz baja.

—¿Te acuerdas de ese joven que le dio la información del Círculo Dorado a Kevin?

—¿El yerno del gobernador?

Megan tuvo que tragar forzosamente al escuchar aquellas palabras y contenerse para no intervenir en la conversación. ¿Estaban hablando de Aiden?

—Sí, ese mismo.

—¿Qué pasa con él? Mataron a Kevin por eso, seguramente están vigilándolo…

—Se lo llevaron.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Cuando salió de la cafetería, había una furgoneta en la esquina. Salieron unos encapuchados y lo metieron en el interior a la

fuerza.

—Mierda… Sabía que eso iba a pasar. Le advertí de que tuviera cuidado.

—¿Crees que lo matarán?

—Sin duda.

—Pero es… —Se agachó para susurrar—. Es el yerno del gobernador.

—Harán que parezca un suicidio.

Un sudor frío cubrió el cuerpo de Megan, causándole un miedo horrible. Aquello no era posible, no estaban hablando de Aiden. Dio un paso hacia atrás y sus pies chocaron con las patas de una silla, haciendo ruido. Los hombres giraron las cabezas para mirarla y ella cerró los ojos con fuerza. Su corazón retumbaba, alterado, y su aliento quedaba atrapado en la garganta.

Cuando los volvió a abrir, los hombres seguían mirándola.

—Lo siento, no quería…

—Será mejor que vuelvas a tu mesa —habló el camarero.

—Sí, sí…

Caminó rápidamente, mirando por encima del hombro. Se sentó en la silla y tomó un sorbo de café.

—¿Megan? ¿Qué pasa? Estás muy pálida.

—No lo sé, no lo sé… —murmuró con voz trémula—. Voy a averiguar.

Dio otro sorbo al café y se puso de pie. Necesitaba más información, necesitaba saber si se trataba de Aiden y si su vida corría peligro. Estaba temblando como un flan, pero se obligó a tomar una respiración profunda. No podía dejar que el miedo la dominara.

Caminó hacia la barra y apretó los puños, sintiendo la determinación crecer en su interior.

—No quiero ser una entrometida…

—Entonces no lo seas —dijo el camarero, interrumpiendo su discurso.

—Hace un rato estaban hablando del yerno del gobernador, ¿verdad?

—No es asunto tuyo, jovencita —habló el hombre vestido de negro.

—Lo es, él… —Se mordió los labios, no podía decir la verdad—. Él es mi mejor amigo.

—Mucha suerte, entonces.

—¿Lo han secuestrado?

El camarero respiró hondo y se inclinó sobre la barra, colocando las palmas en la superficie de madera con determinación.

—Vuelve a la mesa o terminarás cómo él.

—¿Q…? Qué?

La voz de Megan salía a trompicones, aterrada.

—Sí eres su mejor amiga deberías saber en qué asuntos turbios se había metido.

—No lo entiendo…

—Has visto las noticias, ¿verdad?

—Eh, sí… —Frunció el ceño, pues no sabía que tenía que ver con Aiden.

—Entonces ya lo tienes.

—Dime más, por favor. ¿Cómo puedo encontrarlo?

—No volverás a verlo con vida. Ese malnacido de Hans Wells se encargará de hacerlo desaparecer.

—¿Es alemán? —preguntó el hombre vestido de negro—. Siempre me he preguntado si es un maldito nazi.

La garganta de Megan se cerró y fuertes palpitaciones de corazón la sacudieron cuando escuchó el nombre de su padre. ¿Él había secuestrado a Aiden? ¿Por qué? Sintió un repentino mareo y náuseas. Resopló con fuerza como si saliera de un oscuro pozo buscando aire para respirar y se agarró con fuerza a la barra.

—Necesito salvarlo… —murmuró para sí misma.

—¿Qué dijiste? —preguntó el camarero.

Megan alzó la mirada y negó con la cabeza.

—Nada, nada. Gracias.

Regresó a la mesa y cogió la mano de su amiga.

—Necesito ayuda. Tengo que salvar a alguien.

—¿A quién? Me estás preocupando. Desde que has vuelto del baño te estás comportando muy raro.

—Te lo explicaré. Ahora vamos. Necesito contactar con mis padres.

—¿Y el trabajo?

Su amiga dio el último trago a su café y la miró con curiosidad.

—Tiene que esperar. Esto es más importante.

—Ah…

—Voy a pagar y nos vamos.

Se puso de pie y sacó dinero de su bolso. Miró las tarjetas del banco y soltó un breve suspiro. Seguro que Hans las había cancelado para que no tuviera acceso al dinero de la cuenta familiar. Se acercó a la barra y dejó el billete encima de la superficie de madera.

—Nos vamos.

—No hagas nada estúpido —dijo el camarero—. Esa gente es peligrosa.

—Haré lo que haga falta para salvarlo.

—Oye, niña…

Megan se dio la vuelta y caminó hacia la salida con determinación. La vida le había dado otra oportunidad y no podía desperdiciarla. Si su destino era estar con Aiden, nadie podría impedírselo. Ni siquiera Hans…

Salieron juntas a la calle y se encaminaron hacia la fila de taxis. No solo necesitaba encontrar a Aiden, sino también descubrir cómo Hans había conseguido involucrarlo en todo esto.

# Capítulo 36

*Tres días más tarde*

Aiden parpadeó despacio para acostumbrarse a la luz y soltó un quejido apenas audible. Sentía tanto dolor en la cara y alrededor de los ojos que notaba como se estaba asfixiando por momentos. Hans no había regresado, pero sus matones volvían cada hora para darle una paliza. La falta de oxígeno y el dolor le hacían desear su propia muerte.

Pensaba en qué sucedería ahora con él… Con él y Megan… Volvieron a reencontrarse después de diez años y fueron muy valientes; se dejaron llevar por lo que sentían dejando que el amor se asentara en sus almas. Ansiaba tanto volver a verla.

Pensaba en lo que le diría, en la excusa que inventaría para ocultarle la terrible verdad sobre su padre.

Gimió. ¿Aquello era el fin?

Su corazón latía más rápido que nunca, como si fuese a salirse de su pecho, o más bien como si fuese a estallar ahí dentro. Trató de moverse, pero su cuerpo estaba entumecido. ¿Cuántos días aguantaría en ese estado? ¿Sin agua, sin comida, sin medicamentos?

El sonido de varios pasos dirigiéndose hacia él retumbó por el pasillo. Eran más de uno los que se acercaban. Pasos firmes y sonoros, rollo desfile militar.

La puerta se abrió y Aiden hundió la cabeza entre los hombros, sabiendo lo que iba a pasar a continuación.

—¿Preparado para otra paliza? —dijo uno de los hombres que se alinearon frente a él.

Levantó la barbilla y le miró en silencio, sabía que no le quedaba otra que aguantar los golpes, que poco podía hacer para defenderse.

—Dame todo lo que puedas —murmuró con los dientes apretados.

—A este ritmo no aguantarás mucho más.

El hombre colocó un puño de acero en la mano derecha y se lanzó hacia adelante. El primer golpe lo recibió en el estómago, haciendo que todo su cuerpo se doblase en un acto de dolor. No le dio tiempo a levantar la cabeza cuando un otro golpe en la cara lo tiró al suelo, vio los pies del hombre deslizarse y retroceder justo antes de que lo levantaran para sentarle un fuerte puñetazo en la cara que aún le dolió más que los anteriores. De nuevo en el estómago y otro fuerte revés que lo devolvió al suelo. Intentó incorporarse, pero notó el fuerte sabor a óxido en su boca y escupió la sangre en las botas de uno de ellos.

—¿Qué mierda haces? —rugió el hombre.

Lo levantó y contó con su implacable asalto. Los golpes eran cada vez más seguidos, pero ya apenas le dolía. Era como si su cuerpo hubiese creado una barrera de protección contra el dolor.

En lo único que Aiden pensaba era en cerrar los ojos y descansar, acabar con todo aquello lo antes posible y si tenía que morir, quería hacerlo ya. Poco le importaba su vida, sin Megan a su lado nada tenía sentido.

Lo mejor era acabar con todo cuanto antes y aquellos matones parecían dispuestos a darle esa última voluntad.



Aiden despertó de golpe, tenía la cabeza a punto de estallar. Desorientado, miró a su alrededor, todo estaba borroso. Lo último que recordaba era la brutal paliza que los matones de Hans le habían propiciado. Le costaba respirar y le dolía el costado.

Intentó afinar la vista, pero solo uno de sus ojos respondió, el otro estaba tan hinchado y magullado que era imposible abrirlo.

Estaba agotado física y mentalmente, y un único pensamiento colmaba su malherida cabeza: Megan. Cansado de todo, cerró los ojos.

Escuchó voces y gritos, voces femeninas que provenían desde el pasillo. Gimió bajito y trató de moverse. Un constante zumbido le estaba taladrando la cabeza.

Justo entonces la puerta se abrió de par en par y varias personas entraron, iluminando brevemente la oscuridad que lo envolvía. Levantó la cabeza y se quedó mirando, apenas identificando los rasgos de la joven que estaba frente a él.

—Aiden… Dios mío.

Una mezcla de esperanza y miedo se entrelazó en su pecho al reconocer la voz de Megan.

—¿Qué…?

Se le quebró la voz y empezó a toser. Su boca se llenó de sangre y tuvo que escupir al suelo.

—Aguanta, por favor.

Megan se arrodilló delante de él y le cogió la cara magullada en sus manos con mucho cuidado para no hacerle daño. Le dolía en el alma ver lo que ese monstruo de Hans había hecho con él, con el amor de su vida.

—No te preocupes, estoy aquí. Todo ha terminado —dijo ella con voz temblorosa.

—Debes irte, Megan. Ellos…

—Esos salvajes han huido. No van a volver.

Aiden suspiró y durante unos segundos se perdió en los ojos de su amada.

—¿Cómo has llegado aquí? ¿Quién…? —Tomó una profunda respiración antes de proseguir—. ¿Quién te dijo dónde estaba encerrado?

—No hables más. La ambulancia está de camino.

Aiden cerró los ojos un momento, tratando de concentrarse en su respiración. Sentía que el mundo a su alrededor se desvanecía, pero la voz de Megan lo mantenía anclado a la realidad.

—Gracias —susurró.

Con un esfuerzo sobrehumano, Aiden alzó su mano, intentando tocar la mejilla de Megan, agradecido por su presencia.

—Siento haber llegado tan tarde… Mira lo que te hicieron esos salvajes. Estaba asustada, pensé que… —Le dio un beso en los labios agrietados y cerró los ojos—. Te quiero. Siempre te he querido.

—Yo también, Megan. Y te lo puedo demostrar.

—Oh…

—Pero antes, tienes que decirme cómo me has encontrado y si sabes quién es tu padre en realidad.

—Ese bastardo no es mi padre.

# Capítulo 37

*Un día antes*

Megan revisó una vez más el plano del edificio y entrecerró los ojos. Estaba preocupada, tan asustada que su vista se nublaba cada vez que miraba el cuadrado de la primera planta. Allí tenían encerrado a Aiden, allí estaba él aguantando cada segundo para seguir con vida.

—Deberías descansar un poco. Estoy segura de que todo saldrá bien mañana —dijo Diana, mirando a su hija con angustia.

—¿Y sí…? —tragó saliva antes de continuar—, ¿llegamos demasiado tarde?

—Llevamos vigilando el lugar desde ayer y hay movimiento. Entran y salen matones cada hora —habló James.

La joven levantó la mirada y soltó un suspiro tembloroso.

—¿Qué crees que le están haciendo? Dios, no quiero ni imaginármelo.

—Tienes que ser fuerte.

Ella asintió con la cabeza y se sentó en la silla. Cuando volvió a casa de Sarah después de hablar con el camarero en la cafetería, lo primero que hizo fue llamar al número de teléfono que Diana y James le habían dejado. Contestó el jefe de James, él estaba en el trabajo.

Cuando escuchó su voz por primera vez se emocionó y durante unos segundos no fue capaz de articular palabra. Era su padre, escuchaba hablar por primera vez a su padre.

Después de haberse tranquilizado le contó con detalles todo lo que le dijo el camarero y el hombre enseguida se ofreció para ayudarla a rescatar a Aiden. Con el dinero que tenía ahorrado, pagó unos cuantos hombres y siguieron los pasos de Hans y sus secuaces hasta que dieron con un edificio en obras, a su nombre.

Llevaban dos días vigilando el lugar y planeando un rescate con la ayuda de un exmilitar, compañero de trabajo de James.

—No puedo creer que el gobernador no haga nada para ayudar a Aiden —dijo Megan—. Es su yerno.

—No le conviene involucrarse. Es uno de los fundadores del Círculo Dorado —contestó James—. Recuerdo que invirtió mucho dinero en ese club.

La joven lo miró y asintió con la cabeza.

—Es así, pero…

—Para personas como él, el dinero es más importante que la familia. También está el miedo, Hans es capaz de hacer cualquier cosa.

—Sí, incluso de hacer desaparecer a la gente para siempre. ¡Cómo si no fueran seres humanos! —Se llevó las manos a la cabeza, a veces parecía imposible soportar tanta carga de pensamientos.

—Tienes razón. Utiliza todo el poder que tiene para hacer daño, sin importar cuál sea su víctima.

Los ojos de Megan se llenaron de lágrimas. Le parecía imposible que el hombre que la había criado pudiera llegar a ser tan cruel. Le parecía imposible que existiera alguien tan malvado en el mundo.

—Con tanto poder y dinero podría haber hecho mucho bien. Pero es un completo monstruo.

James, con su expresión serena, se inclinó ligeramente hacia ella, como si su cercanía pudiera ofrecerle algo de consuelo. Su cabello, ligeramente canoso, caía desordenado sobre su frente, y Megan notó cómo sus manos, callosas y fuertes, se movían con gestos naturales mientras hablaba.

—Él y los demás hicieron cosas horribles, incluso mataron a personas para quitarlas de en medio. Y las ceremonias que organiza Hans… —Se pasó una mano por la cara, irritado—. En sus rituales satánicos lleva bebés recién nacidos para ofrendas. Les extraen sangre y luego les marcan con una cruz invertida.

Megan enseguida se tocó el brazo izquierdo. A ella también la utilizaron y la marcaron como si fuera ganado.

—No puedo creer que he estado viviendo con ellos, ajena a todo esto, que fui parte de los rituales…

—Han sabido ocultarlo bien. No te culpes por ello.

Megan sintió que el peso de la frustración se aligeraba un poco. Miró a su padre, notando los destellos de sabiduría en sus ojos. No era solo un hombre de trabajo duro; era un hombre que había aprendido a navegar por las dificultades de la vida con paciencia y empatía.

—Todo saldrá a la luz mañana. Me he asegurado de ello —habló Diana—. Habrá reporteros cubriendo el rescate en directo. No podrán negarlo por más tiempo.

Megan sentía su corazón lleno de gratitud. Sus padres, con su gran corazón, estaban ahí para guiarla, recordándole que la perseverancia y la bondad podían abrir puertas incluso en las situaciones más difíciles.

—¿Por qué lo secuestraron? ¿Será por… ? —Dejó de hablar un momento para pensar y luego negó con la cabeza—. No, no puede ser solo por eso.

—¿En qué piensas?

Diana se sentó a su lado y la miró con cariño.

—La madre de Aiden trabajó como cocinera para nosotros y durante ese tiempo vivió con su hijo en casa. Aiden y yo nos volvimos cercanos y por eso Hans los echó. ¿Será que él aún le guarda rencor? ¿Por eso lo han secuestrado?

—Por ahí no van los tiros. —Tomó su mano—. Creo que Aiden habló con el periodista que se suicidó.

—¿A qué te refieres?

—Piénsalo. Aiden es el yerno del gobernador, uno de los fundadores del Círculo Dorado. Tiene acceso a mucha información comprometedora para Hans. Y por lo que ha pasado, yo diría que alguien de ese club se ha chivado.

—¿Fue Aiden? ¿Por qué?

Frunció el ceño, un poco confusa.

—Dijiste que Hans echó a su madre y…

—Fue hace diez años. ¿Por qué querría vengarse?

—Su orgullo fue herido, y su madre… Se quedó sin recursos para cuidarlo. Sé lo que se siente, Megan, y te aseguro que es algo que no se pasa con el tiempo. Al contrario, se vuelve más profundo, como una herida que nunca sana del todo. Cada año que pasa, ese resentimiento puede transformarse en algo más oscuro. Aiden pudo haber crecido con el peso de esa injusticia, sintiéndose incapaz de hacer algo al respecto mientras veía a su madre luchar por sobrevivir.

Megan la miró con preocupación, considerando la posibilidad.

—Entonces, ¿crees que Aiden quería exponer a Hans de alguna manera?

—La rabia puede llevar a decisiones imprudentes. Si habló con el periodista, tal vez encontró alguna pista que lo llevó a este lío. Precisamente el tipo de información que Hans no quería que saliera a la luz.

La joven soltó un suspiro pesado, llena de ansiedad.

—Si eso es cierto, necesitamos rescatarlo antes de que Hans o alguien en su círculo vean la oportunidad perfecta para deshacerse de él. Tenemos que actuar rápido.

—Lo haremos. No te preocupes más e intenta descansar un rato.

—Gracias por ayudarme. No sé qué haría sin vosotros.

—Somos tus padres y de ahora en adelante, siempre estaremos aquí para ti. Cueste lo que cueste. Fuimos unos cobardes y no pudimos defenderte entonces, pero ya no. Lucharemos con todo para mantenerte segura y lejos de ese monstruo.

Ella miró a su padre y vio que asentía con la cabeza.

Por primera vez en mucho tiempo se sentía querida, escuchada y comprendida. No le había faltado nada, pero el amor y el cariño que había anhelado durante tanto tiempo la envolvieron como un abrazo cálido. Era como si todas las sombras de su pasado comenzaran a disiparse, dejando espacio para una nueva esperanza.

Por primera vez en mucho tiempo, tenía un propósito claro y una familia dispuesta a apoyarla en la batalla que se avecinaba.

Estaban juntos en eso, y con esa fuerza, sabían que podían enfrentarse a cualquier adversidad.

—Voy a echarme un rato —dijo Megan a la vez que se ponía de pie.

—Haces bien —contestó Diana—. Dile a tu amiga que nos iremos enseguida. No queremos molestar más.

—Os podéis quedar a dormir aquí.

Sarah entró en el salón y los miró a todos con detenimiento antes de volver a hablar.

—Mis padres no están y es muy tarde. Así aprovechamos para cenar juntos y ponernos un poco al día.

—Gracias, señorita —dijo Diana.

—Bueno, voy a llevarme a Megan. Me aseguraré de que descanse un rato antes de la cena.

Sarah cogió la mano de su amiga y le sonrió.

—Gracias, amiga.

Megan le devolvió el gesto y juntas subieron las escaleras hacia la primera planta.

—Tus padres son geniales. Me alegro de que os hayáis reunido. Ya verás como mañana todo saldrá bien. Tú y ese apuesto joven hacéis una bonita pareja.

—Ya… Es que… Ya sabes. Está casado.

—¿Y qué problema hay? Después de todo esto, estoy segura de que querrá divorciarse de su mujer. Su suegro no ha movido un dedo para salvarlo.

—¿Tú crees? —La miró brevemente y se aferró a su brazo.

—Estoy segura. Si él te quiere…

—No creo que esté enamorado, Sarah. Sería imposible. Llevamos diez años sin vernos.

—Si estuvo una vez enamorado de ti… —Le dio un codazo —. No creo que esos sentimientos se esfumen tan fácilmente. A veces el amor se queda latente, esperando el momento adecuado para resurgir.

Megan suspiró, sintiendo una mezcla de esperanza y escepticismo.

—Quizás…

Sarah se acercó más, con brillo en los ojos.

—Si él nunca se atrevió a dar un paso, ¿no es hora de que tú lo hagas?

Megan miró hacia el suelo, intentando procesar lo que su amiga decía.

—¿Y si las cosas no salen como espero? ¿Y si me llevo otro chasco?

—No lo sabrás hasta que lo intentes. A veces hay que arriesgarse por lo que realmente queremos.

Megan se quedó en silencio, pensando en las palabras de su amiga. Una parte de ella deseaba creerlo, pero la otra temía el dolor que podría venir si todo salía mal otra vez.

—No dejes que el miedo te detenga.

—Lo intentaré.

# Capítulo 38

Aiden abrió los ojos y lo primero que vio fue el rostro cansado y preocupado de su madre. Enseguida se dio cuenta de que estaba en el hospital y soltó un suspiro ahogado. Le dolía la cabeza de un modo que nunca había experimentado antes y las heridas que tenía le ardían, como si alguien les hubiera prendido fuego a las vendas. Recordó lo sucedido y agradeció a Dios que aún estuviera vivo. Ni siquiera él mismo se lo podía creer. Pero ¿qué había pasado? ¿Cómo lo habían encontrado? ¿Qué había sido de Hans? ¿Y el gobernador?

Un sinfín de preguntas rondaban de manera vehemente en el cerebro de Aiden, haciéndolo revivir ese momento una y otra vez.

—Mamá… —Luchó por respirar.

—Hijo, estás despierto —suspiró con alivio—. ¿Te duele algo?

—Me duele todo —admitió con voz ronca.

La puerta de la habitación se abrió en ese momento y entró Megan, acompañada por el médico.

Sus miradas se cruzaron y Aiden sintió como si algo perdido hacía ya mucho tiempo encontrara por fin su lugar.

—Ya estás despierto —dijo el médico—. Voy a informarte de tu situación.

—Dime, doctor…

—Tienes varias fracturas y hematomas por todo el cuerpo. Pero lo que más nos preocupa es tu corazón. Debido a los golpes hay problemas con las arterias. Ya habías tenido antes varios episodios asmáticos, por así decirlo, lo que son síntomas de rechazo.

Aiden no dijo nada, ya sabía que algo malo estaba pasando con su corazón.

—El rechazo lo vamos a tratar con medicamentos inmunosupresores, pero los tienes que tomar de por vida. Hay

solución, pero si lo ignoras… —Tomó una breve pausa—. Puedes morir.

Aquellas palabras cayeron como un balde de agua fría y la dejaron tiesa. Algo dentro de ella se quebró y se negaba a creer que lo que decía el médico era cierto. Toda la información era nueva para ella, jamás se había imaginado que Aiden hubiera pasado por un trasplante de corazón.

—Haremos más pruebas, por lo que tienes que quedarte ingresado un tiempo. Tu situación es delicada.

—Entiendo… —Miró a su madre y luego a Megan.

Las dos parecían desesperadas y al borde del llanto. Quería consolarlas, decirles que todo iba a estar bien, pero sabía que las palabras eran insuficientes. La angustia en sus rostros le partía el corazón.

—Voy a luchar —dijo Aiden, intentando infundirles un poco de esperanza—. No me voy a rendir.

Su madre se acercó a la cama y tomó su mano.

—Lo sé, y lo vas a conseguir.

Megan se quedó en silencio, pero su mirada transmitía un torrente de emociones. Aiden sintió que debía ser fuerte por ellas, aunque en su interior la preocupación crecía como una sombra.

—¿Cuánto tiempo tendré que estar aquí? —preguntó, tratando de mantener la voz firme.

—No podemos determinarlo con exactitud —respondió el médico—. Dependerá de cómo respondas a los tratamientos. Pero lo más importante es que sigas las indicaciones.

Aiden asintió, aunque su mente se llenaba de dudas.

—¿Y si no funciona? —preguntó su madre, su voz temblando.

El médico la miró con empatía.

—Haremos todo lo posible. Esta no es una batalla que se luche sola. Tienen que estar a su lado, como lo están ahora.

Aiden sintió un nudo en el estómago. Quería ser el héroe de su historia, pero la realidad lo enfrentaba con la fragilidad de su vida.

—Bueno, voy a dejar que descanses —prosiguió el médico —. Espero que ustedes también lo hagan.

—Sí, sí —contestó la madre.

Megan solo asintió con la cabeza. Se sentía un poco incómoda, Aiden estaba en ese estado por culpa de Hans, el hombre que fue su figura paterna desde que nació. El hombre que echó a la calle a la mujer que estaba a su lado sin remordimientos.

El médico abandonó la habitación y ella dio unos cuantos pasos hacia atrás con la intención de salir por la puerta.

—Espera… —dijo Aiden—. No te vayas, por favor.

—Descansa.

—Por favor, quédate. Quiero que estés aquí.

Los ojos de Aiden se llenaron de lágrimas y durante un instante se quedó sin aire. El dolor era insoportable, pero verla alejarse lo aterraba. No quería volver a perderla. Sabía que su situación era crítica y que nada bueno podía ofrecerle, pero la quería con locura.

—Está bien —contestó con voz trémula.

Miró a la mujer y al ver que ella no decía nada, se acercó a la cama.

—Mamá, quiero hablar con Megan. ¿Nos dejas un momento solos?

—Sí, pero solo un momento. El médico ha dicho que tienes que descansar.

—Sí… Gracias.

La mujer salió de la habitación y Megan se acercó un poco más a la cama. Tomó la mano de Aiden y apretó con fuerza los labios.

—Debes odiarme —dijo mirándolo.

—¿Odiarte? ¿Por qué?

—Todo ha sido por mi culpa…

—Ni siquiera lo pienses. Tú no eres culpable de nada, Megan. Me lo he buscado yo solo —confesó—. Siéntate, voy a contártelo todo.

Megan obedeció y arrastró una silla. Tomó asiento y se preparó para escuchar con atención las palabras de Aiden.

—Todo empezó hace diez años, cuando Hans despidió a mi madre. Verla tan decaída y tan acobardada, me hizo sentir que tenía que hacer algo para defenderla. En ese momento, tenía pocas posibilidades para plantarle cara a ese desgraciado, así que decidí esperar. Pasaron los años, pero jamás olvidé la humillación que sufrió mi madre. Me carcomía por dentro. —Se relamió los labios agrietados y secos, y prosiguió—. Con el tiempo las cosas empezaron a ir bien y estaba deseando volver a encontrarme contigo.

Megan frunció el ceño durante un momento.

—¿Conmigo?

—Claro, habíamos hecho una promesa.

—La promesa… —susurró ella.

—Ese día, salí corriendo para verte. Pero justo sufrí un infarto y mi vida cambió de la noche a la mañana. Mi madre trabajaba para el gobernador y mientras estaba ingresado en el hospital, el hijo pequeño de él tuvo un accidente de moto. Nada pudieron hacer para salvarle la vida.

—Así que donaron su corazón…

—Sí, pero con la condición de casarme con Amy. Querían ocultar su orientación sexual con el matrimonio.

—Ahora entiendo todo.

—Siento que hayas tenido que esperar en vano ese día, siento haberte decepcionado. No fue mi intención.

Megan tragó saliva, pero no dijo nada.

—Vi aquel matrimonio como una oportunidad de escalar en la sociedad y tener mi propia venganza. Me hicieron miembro del Círculo Dorado y una vez que tuve acceso a información comprometedora, decidí actuar. Hablé con Kevin, el periodista que… —Se aclaró la garganta y miró hacia un lado—. El periodista que asesinaron. Luego no tardaron en darse cuenta de que fui yo el chivato.

—Entiendo…

—Gracias por rescatarme. Estaba al borde la muerte.

—No tienes que darme las gracias. Me alegro de haberlo conseguido. No podría haberlo hecho sin la ayuda de mis padres.

—¿Así que la pareja que buscabas en el refugio eran tus verdaderos padres?

—Mhm…

—La marca que tienes en el brazo…

—Ahora sé lo que significa —dijo Megan—. Sé por qué la tengo y lo que hicieron conmigo.

—Lo siento.

Aiden cerró los ojos durante un momento, el dolor que sentía era insoportable. Respiró hondo y volvió a hablar.

—¿Qué pasó con Hans y los demás?

—Están todos detenidos. El rescate fue transmitido en directo.

—Me alegro, es lo que quería. Merecen estar encerrados y ser castigados. Espero que les hayan arrebatado toda la riqueza que habían acumulado y se queden sin nada.

Sentía paz interior al saber que aquellos que habían causado tanto dolor y sufrimiento se enfrentaban a las consecuencias de sus actos.

—Agáchate, por favor —pidió.

Megan asintió y él estiró una mano. Le acarició la mejilla, temeroso. Era la mujer más fascinante que había conocido.

—Si no estuviera en la cama, te habría besado.

—Lo haré yo.

—Ya estás tardando.

Sintió los labios de Megan sobre los suyos y varios escalofríos atravesaron su piel, haciéndolo sentirse completamente vivo. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para apartar la boca de la de ella, pues quería decirle algo que consideraba que era importante.

—Quiero pedirte algo.

—Dime.

—Quiero que traigas la cápsula que enterramos hace diez años. Quiero que leas mi carta.

—Lo haré. Ahora descansa.

Se quedaron mirándose a los ojos durante varios segundos, hasta que Aiden se quedó dormido. Megan dejó salir un suspiro

cargado de emoción. Sintió alivio y tuvo que repetirse en más de una ocasión que aquello no era una ilusión. Mientras Aiden se dejaba atrapar por un sueño profundo, le tocó el pecho con la mano para poder sentir los latidos de su corazón. Cerró los ojos y permaneció quieta. No quería perturbar su sueño, necesitaba recuperarse por completo.

# Capítulo 39

La luz brillante iluminaba la habitación del hospital, reflejándose en las paredes blancas y creando sombras que danzaban suavemente. Aiden intentó abrir los ojos, pero el dolor punzante en su cabeza lo hizo desistir. El zumbido de las máquinas a su alrededor era constante, un recordatorio de que, contra todo pronóstico, estaba vivo. Aunque su cuerpo no lo sintiera en su totalidad.

Poco a poco, el caos de sus recuerdos comenzó a cobrar sentido, y las imágenes del rescate inundaron su consciencia con una claridad dolorosa.

Recordaba los golpes, cada lágrima derramada, cada grito ahogado y los rostros de sus atacantes, pero lo que más lo atormentaba era la sensación de impotencia. ¿Cómo había terminado así?

Una enfermera entró, rompiendo el silencio. Con una sonrisa amable, revisó los monitores y luego se despidió con una inclinación de cabeza.

Cuando la puerta se cerró, Aiden se incorporó un poco en la cama y cogió el periódico que había dejado su madre antes de bajar a la cafetería. El titular lo llenó de satisfacción, pues decía:

*Desmantelada la mayor organización de blanqueo de capitales, el Círculo Dorado*

Leyó por encima el artículo y luego sus ojos se posaron en la fotografía que llenaba toda la primera página. En ella aparecían Hans, el gobernador y el ministro de exteriores, todos esposados.

La imagen de aquellos hombres en posición de desamparo, rodeados de agentes de policía y con los rostros tensos, le hizo sentir una extraña mezcla de justicia y liberación. Durante mucho tiempo habían sido intocables, disfrutando de su poder a expensas de otros, pero ahora eran ellos quienes estaban en la mira.

Aiden se sintió impulsado a leer más, sus manos temblorosas recorrían las líneas del artículo. Cada párrafo narraba cómo el rescate se hizo viral en los medios de comunicación, cómo el mendigo, Daniel, había aportado evidencias de la conexión de Hans con el blanqueo de capitales y sus crímenes, cómo el pediatra confesó que a menudo robaban niños recién nacidos para sus rituales satánicos.

—La avaricia no tiene límites —murmuró para sí mismo.

El artículo continuaba detallando las próximas acciones legales que se tomarían contra ellos y la confiscación de sus bienes. Una satisfacción profunda le invadió; sabía que esa noticia tendría un efecto dominó para el resto de sus vidas, para aquellos que habían sufrido tanto bajo el yugo de su opresión.

De repente, la puerta se abrió de nuevo y Aiden levantó la mirada. Frunció el ceño cuando vio a Amy acercarse a la cama y dijo con cierta intriga:

—¿Qué haces aquí?

—Madre mía. Estás peor de lo que pensaba —susurró ella a la vez que se quitaba la capucha que cubría su cabeza.

Llevaba puesta una sudadera negra y unos pantalones de chándal un poco desgastados. No llevaba maquillaje y su cabello corto caía desordenado sobre su frente.

—Hay periodistas en todas partes, me estoy escondiendo —dijo ella.

—Y has venido aquí, a molestarme…

—Eres mi marido.

—Amy, no estoy de humor para discutir contigo.

—Necesito dinero —dijo rápidamente, mirando hacia la puerta—. La policía se lo ha llevado todo, todo… Y las cuentas están bloqueadas. No tengo acceso a nada.

—No es mi problema. Búscate un trabajo.

—Por favor. —Bajó la cremallera de la sudadera y sacó unos papeles—. Te doy esto a cambio.

—¿Qué es?

Aiden cogió los papeles y después de leer las primeras palabras, levantó la mirada.

—El divorcio…

—Lo he firmado —dijo con voz chillona—. Por favor, ayúdame. La libertad a cambio de tus ahorros.

—No voy a decir que no porque esto es lo que quería desde hace tiempo. Pero no sé si puedo sacar dinero del banco, al fin y al cabo soy el yerno del gobernador y fui miembro del Círculo Dorado.

—Ahhh…

—Abre el primer cajón de la mesita, dentro está la llave de mi trastero. Allí tengo una caja fuerte, no hay mucho dinero, pero…

—¡Gracias! —chilló y se apuró a coger la llave.

—La clave es la dos, ocho, nueve, tres. Espero no volver a verte.

—¿Qué hago con la llave?

—Al lado hay una ferretería, dásela al dueño. Es un amigo mío.

Amy se acercó a la cama y le cogió la mano.

—Espero que te recuperes pronto y cuida de tu corazón. Siento que las cosas hayan terminado de esta manera, aún me cuesta asimilar lo que hizo mi padre.

—Él y los demás…

—Adiós.

Se colocó la capucha y salió de la habitación apurada.

Aiden cogió los papeles del divorcio y los dejó encima de la mesilla. Cerró los ojos y suspiró, cada movimiento le recordaba los dolores que viajaban por su cuerpo. Le dolía todo, nunca imaginó que el dolor podría ser tan insoportable.

Al poco rato, se quedó dormido plácidamente como un niño.

Se despertó horas después y su madre estaba sentada a su lado.

—Mamá, ¿qué haces aquí? Te dije que fueras a casa a descansar. Además, tienes que ir a trabajar.

—Iré, iré… Antes quiero asegurarme de que estás bien.

—Me cuidan bien.

—Sí, pero…

—Ve a descansar.

La mujer se puso de pie y se agachó para darle un beso en la frente.

—Vendré esta noche, hijo. Come bien.

—¿Me das el mando del televisor?

—Sí.

Aiden encendió la televisión y después de meter el código de la habitación, la pantalla cobró vida. Bajó el volumen y dejó el mando a su lado.

—Descansa tú también, hijo.

—Sí, mamá.

La puerta se cerró y Aiden echó la cabeza hacía atrás. Odiaba estar en la cama y no tener fuerzas para hacer todas las cosas que solía hacer. Odiaba sentirse indefenso e inútil. Odiaba los hospitales, el olor que desafiaba a la muerte y cualquier cosa que le recordara a la enfermedad. Estuvo un buen rato sin moverse, sumido en sus pensamientos. La luz tenue de la habitación le hacía sentir aún más atrapado en su propia mente. Se preguntaba si alguna vez volvería a correr por el parque, a sentir el frescor del viento en su rostro…

Alguien tocó su mano y abrió los ojos.

—Megan…

Todos sus miedos y preocupaciones se desvanecieron en un instante. No podía ignorar que se alegraba de verla. Deseó abrazarla y decirle que la había echado de menos, que no podía dejar de pensar en ella. Pero no podía moverse. En cambio, estiró la otra mano y le acarició la mejilla con ternura. Le pasó el pulgar por el labio inferior e instintivamente cerró los ojos también, dejándose llevar. Sintió un impulso irrefrenable de reemplazar su dedo por sus labios.

Megan gimió de placer, había echado de menos su contacto. Aquello era una agónica súplica de sentir más, su cuerpo había tomado el mando.

—Aiden, no.

—Megan.

Él se estremeció y apartó el dedo.

—No podemos hacer esto ahora.

—No, tienes razón.

Aiden trató de mantener el control, su respiración se había acelerado.

—Bueno, ya tengo la cápsula del tiempo. —Esbozó una sonrisa contagiosa—. Estoy deseando leer tu carta.

—Y yo la tuya.

# Capítulo 40

Megan abrió la cápsula del tiempo y sacó las cartas. Había pasado toda la mañana cavando agujeros alrededor del cerezo que fue testigo de aquella despedida tan inesperada y triste.

—Qué emoción —dijo a la vez que le entregaba a Aiden la carta que ella escribió.

—Así es. Estoy deseando saber qué pensabas entonces —contestó Aiden. Ladeó una sonrisa y prosiguió: —¿Me parece a mí o te has sonrojado?

—Que no… —Apartó la mirada.

Se sentó en la silla y desdobló con cuidado la carta de Aiden. Sonrió al ver su letra desordenada y empezó a leer.

*Para mí yo del futuro,*

*Si lees esto significa que sigues vivo. Espero que hayas tenido valor para confesar tus sentimientos a Megan. Estás tan enamorado de ella que no has podido evitar soñar con un futuro a su lado. Si no lo has hecho, significa que eres un cobarde.*

*Megan,*
*Me haces soñar despierto, me haces desear verte cada hora, me haces sentir el más feliz del mundo. Desde el primer momento en que te vi supe que eras la persona perfecta para mí. Me he enamorado hasta las trancas…*
*Sé que somos jóvenes y que este amor que siento puede parecer inmaduro, pero es verdadero y puro.*

*Te quiero y te querré para siempre.*
*Tu beso, aunque fuera inocente, lo sentí hasta el alma. Te dije que te faltaba práctica, pero para que la cogieras conmigo.*

*Aiden*

Megan alzó la mirada y tragó saliva antes de hablar. Se había emocionado tanto que las palabras se entrelazaron en su garganta, formando un nudo que apenas dejaba pasar el aire. Su confesión de amor la golpeó de lleno.

—Tú… Tú estabas enamorado.

—Y al parecer, tú también. —Levantó la carta de Megan en el aire—. Veamos.

*Megan, si no lo has hecho, hazlo. Dile a Aiden que estás enamorada de él antes de que sea demasiado tarde. Antes de que se eche novia y se olvide de ti.*

*Aiden, siempre he pensado que soy valiente, pero cuando se trata de ti y de lo que siento por ti, me siento una cobarde.*

*He intentado varias veces confesarte mis sentimientos, pero cada vez que me encontraba frente a ti y a tu mirada, me quedaba sin habla. Apareciste de la nada y cambiaste mi destino. Abriste la invisible jaula y me liberaste.*

*Cada vez que me miras el mundo deja de existir. Lo confieso: Estoy totalmente enamorada de ti.*

*P. D. Prometo no besar a otro chico.*

Aiden soltó una breve carcajada y agarró a Megan por la muñeca para atraerla hacía él. Contempló el brillo magnético de sus ojos y sintió el poder que tenían sobre él. Bajó la vista a su boca y ardió en deseos de besarla y sentir sus labios.

—¿Has mantenido tu promesa?

—¿Mhm?

—¿Has besado a otro chico?

—No —negó con la cabeza vehemente.

—Así me gusta.

Estiró la mano y le agarró un mechón de pelo. Lo enredó alrededor de su dedo índice y lo arrastró con la intención de

acercarla aún más.

Megan sintió el leve y sensual tirón en el cuero cabelludo como una llamarada de lujuria. Cerró los ojos para apartar de su mente la tentación de mirar sus labios, pero sin darse cuenta se dejó caer hacia abajo. Quería que la tocara, ansiaba la emoción de sus caricias más que cualquier otra cosa.

Sin darle tiempo a protestar, Aiden la besó con tal ardor que parecía un lunático.

Totalmente aturdida, Megan colocó las palmas abiertas a cada lado de sus hombros para recibir el beso. Era incapaz de hacer otra cosa. Los labios de Aiden se movían sobre los de ella a un ritmo repetitivo, provocándole unas placenteras sensaciones en lugares que no sabía ni que existían.

Rompió el beso y lo miró.

—Alguien puede entrar.

—Lo que hacemos no es nada malo ni vergonzoso.

—No, pero tienes que estar tranquilo. Tu corazón…

—Mi corazón puede aguantarlo. —Ladeó una sonrisa traviesa. Estaba feliz porque parecía que iban a lograr tener por fin una relación de verdad.

—Aiden…

—Megan…

Se quedaron un instante contemplándose.

—¿Quieres ser mi novia?

—Has tardado mucho. Sí.

La sonrisa se negaba a abandonar el rostro de Megan. Estaban unidos por un vínculo que iba más allá del deseo y la lujuria. Se amaban y nada ni nadie podría volver a separarlos.

—Espera… —Se alejó un poco—. ¿Y tu esposa?

—Me ha traído el divorcio firmado. Soy libre.

Tomó su mano y le dio un ligero apretón. No podía creer que después de haberla mentido, ella lo mirara con tanto cariño. Era demasiado buena para él y se merecía el amor de un hombre honesto.

—Jamás voy a hacerte daño. Y si lo hago, seré el primero en alejarme. Te quiero —susurró con los ojos clavados en ella.

—Te quiero. Eres mi sueño hecho realidad.

# Epílogo

## *Un año más tarde*

Aiden se cruzó de brazos y miró hacia el restaurante con orgullo. La inauguración había sido un éxito rotundo. Las risas y charlas animadas de los clientes que abandonaban el lugar llenaban el aire y la alegría que se leía en el rostro de su madre mientras se despedía de ellos, era contagiosa.

Recordaba los días de incertidumbre, las horas interminables de planificación y las decisiones difíciles que habían tomado juntos. Pero en ese momento todo parecía haber valido la pena.

El sueño cumplido de su madre no solo era un restaurante, sino un hogar para aquellos que buscaban un lugar donde conectarse.

Con una sonrisa, se giró hacia Megan y le tomó la mano. Sus padres se acababan de ir, trabajaban como camareros, y ella se quedó para ayudar a recoger los carteles y los adornos de la inauguración.

—Estás muy callada. ¿Pasa algo?

—Estaba pensando en cómo hacer para que el restaurante tenga más éxito. Sabes que mi especialidad es la publicidad.

—Gracias por tu ayuda. Ver a mi madre tan feliz es un regalo que no tiene precio.

—Me alegro de que hayas decidido dejar la política. Ser gerente de un restaurante te pega más. Además, necesitas tomarte las cosas con tranquilidad. El tratamiento para el rechazo ha funcionado, pero tienes que seguir cuidando el corazón.

—¿Tú crees?

—Mhm… Pero creo que hay que cambiar el nombre. *La cápsula del tiempo* suena un poco raro. ¿Qué pensarán los clientes?

—Pensarán que es original y único. Como nuestro amor.

Se inclinó y le plantó un beso largo en los labios. Luego la abrazó, emocionado por lo que sentía. No pensaba que hubiera un momento más perfecto.

